

ORIGENES DEL HOMBRE

Los Israelitas (II)

32

TIME
LIFE
folio

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

ORIGENES DEL HOMBRE

Los Israelitas (II)

TIME
LIFE
folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé

Consultores: Baruch A. Levine, James Bennet Pritchard
y Julián Viñuales

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology, London)

Coordinación técnica: Pilar Mora

Diseño de la cubierta: STV Disseny

Publicado por:

Ediciones Folio, S.A.

Muntaner, 371-373

08021 BARCELONA

© Time-Life Books Inc. All rights reserved

© Ediciones Folio, S.A., 1993

Distribución exclusiva para España y América:
Editorial Rombo, S.A.

Distribuye para España:

MIDESA

Ctra. de Irún, Km 13,350

28049 MADRID

Suscripciones y petición de números atrasados:
(sólo para España)

P.E. Ediciones Folio, S.A.

Apartado de correos, 4

08940 Cornellà (Barcelona)

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)

84-7583-471-X (volumen II)

Impresión:

Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Depósito Legal: B-10694-93

Printed in Spain

Índice de materias

VOLUMEN II

Capítulo cuarto:

Una nueva vida en Canaán 78

Secuencia gráfica: Ritos sagrados de alborozo y gratitud . . . 93

Capítulo quinto:

Los primeros Reyes 100

Secuencia gráfica: Un modo de vivir común a los amigos
y enemigos 117

Capítulo sexto:

Al largo exilio 126

Secuencia gráfica: Tres grandes soberanos que hicieron
una nación 145

Procedencia de las ilustraciones, agradecimientos . . . 154

Bibliografía 155

Índice 156

Capítulo Cuarto: Una Nueva Vida en Canaán



Durante un período de más o menos 200 años —desde antes del 1200 a. de J. hasta poco tiempo después del 1050 a. de J.—, los israelitas pasaron en Canaán por el repetido proceso humano de asentamiento, del nomadismo a la vida agrícola y urbana. La conversión no fue fácil. Los israelitas, que eran una aglomeración poco cohesiva de tribus, se habían vuelto tan difíciles de manejar que resultaba imposible mantenerlos bajo el gobierno de las cabezas patriarcales de familia; y como su comunidad se hacía más numerosa y más compleja, se enfrentaron con nuevos problemas sociales, políticos y religiosos.

Las soluciones requerían un mando de un orden nuevo y diferente. El período de adaptación de los israelitas a la vida en Canaán fue, esencialmente, la era bíblica de los jueces, una nueva especie de hombres que no eran patriarcas ni reyes, sino caudillos de transición que ocupaban un puesto intermedio entre los dos. No eran jueces en el sentido exclusivo y legal de la palabra. Eran consejeros carismáticos que estaban dotados de los talentos del sabio, el sacerdote y el comandante militar. En épocas de perturbación, los jueces ponían a los israelitas en el camino recto, ora movilizando una fuerza de combate, ora por el consejo sabio, o con ambas cosas. Sus papeles no eran hereditarios ni traían consigo la sanción legal; se suponía que su sabiduría venía como bendición de su dios.

A pesar de todo, con el advenimiento de los jueces los israelitas comenzaron a avanzar en una di-

rección imprevista: hacia la monarquía. Durante siglos habían visto con desconfianza la idea de un soberano único y todopoderoso, sentimiento que era consecuencia natural de su existencia de nómadas, independiente y confiada en sí misma. Para los primeros israelitas, errantes y fragmentados, el poder era un concepto doméstico que residía en el patriarca como cabeza de la unidad familiar, grande o pequeña. Mas ahora, en las comunidades que cada día se asentaban en Canaán, el viejo sistema no daba resultado. Cuando se vislumbraban dificultades, una tribu amenazada buscaba la ayuda de un hombre sabio, un juez. A veces la influencia del juez sólo se extendía sobre una tribu; a veces, sobre varias.

Los jueces más famosos fueron los que, por la fuerza de las armas, salvaron a los israelitas de sus enemigos. Estos hombres de acción aparecen en la Biblia como los héroes de los cuentos de aventuras más conocidos. Entre las figuras imponentes están Josué, a cuya orden se derrumbaron las murallas de Jericó; y Sansón, quien tenía fuerza suficiente para despedazar leones miembro a miembro hasta que Dalila, a traición, le cortó las guedejas de su cabello y le robó sus fuerzas. Estos personajes —todos ellos de los libros de Josué, los Jueces y Samuel— han sido celebrados en cantos y poemas, pinturas y esculturas durante 3.000 años.

Si estos héroes no son reales, en el sentido de que algunos libros de la Biblia constituyen compilaciones escritas de antiguas leyendas, a pesar de todo el espléndido tapiz de fábulas que resulta de ellas se apoya en una vigorosa trama real. Sus exageradas proezas se ensalzan en el contexto de temas más vastos: premio y castigo, derecho contra fuerza, ingenio contra músculo, y músculo contra riqueza. Los temas mismos, evidentemente, se dirigían a problemas reales que tenían que ser resueltos por personas reales. En este sentido, Josué y Sansón, y todos los otros hombres valerosos a los

Dos figurillas cananeas, de menos de 30 cm. de alto, hechas hacia la época de la conquista israelita de Canaán, ayudan a comprobar la exactitud de los relatos bíblicos. El vestido de la noble de marfil, del año 1200 a. de J., confirma la afirmación de los Jueces de que las cananeas usaban túnicas lujosamente bordadas que las cubrían desde el cuello; la figura masculina es una deidad cananea, probablemente Baal, a quien menciona a menudo la Biblia como un dios falso.

En el siglo XV, los relatos bíblicos se tomaban al pie de la letra; el suceso fundamental en la conquista israelita de Canaán —la toma de Jericó— no fue la excepción. Las escrituras dicen que Josué y sus tropas derribaron las murallas haciendo sonar las trompetas. El florentino Lorenzo Ghiberti esculpió el milagro en un panel de bronce de 75 cm., con muchos anacronismos: Josué (centro) y sus hombres llevan trajes del Renacimiento; las mujeres y los niños usan vestidos romanos clásicos. Y Jericó se parece mucho a Florencia.



que se glorifica en los episodios bíblicos dedicados a la era de los jueces, representan héroes —tal vez compuestos por varias figuras— que vivieron realmente. Y al realizar sus hazañas, ayudaron a producir cambios en el estilo de vida y en la estructura del poder de las tribus israelitas.

La Biblia dice que, después del Éxodo y de muchos años de andar errantes en el desierto, “todo Israel pasó” el río Jordán bajo la dirección del heredero nombrado por Moisés, Josué, “para entrar a poseer la tierra que os ha dado el Señor Dios de vuestros padres”. Habiendo cruzado el Jordán, sigue diciendo la narración, el pueblo asaltó y tomó las ciudades-estado cananeas, primero Jericó y subsecuentemente otras 31. Logrado esto, Josué reunió a los israelitas en Silo, donde adoraron a su dios en el arca. Luego, las tribus echaron suertes para decidir qué territorios debían ocupar y se dispersaron a los lugares que les tocaron en el sorteo.

El fantástico relato de la caída de las murallas de Jericó, aunque nunca documentado por los historiadores, pese a ello simboliza con bastante exactitud el derrumbe del poder cananeo aproximadamente en la época en que los israelitas se asentaron allí, si bien en modo alguno debe pensarse que toda la ocupación fue acompañada por la guerra. Y tampoco es probable que los israelitas llegaran con un solo golpe rápido y decisivo, con un jefe único a la cabeza de un pueblo unido.

Sin duda, los arqueólogos han encontrado numerosas señales de que a fines del siglo XIII y principios del XII a. de J., a varias ciudades cananeas, entre ellas Laquís, Betsamés, Hazor y Lais, las sorprendió la destrucción por el fuego. Con el tiempo, sobre las ruinas de las viejas poblaciones cananeas surgieron nuevos poblados controlados por los israelitas. Estas ciudades israelitas diferían de sus antecesoras cananeas; por una parte, los artefactos israelitas eran mucho menos refinados: hoces de



sílex en vez de metal, por ejemplo, y cerámica tosca; esto es lo que sucedería en las ciudades de un pueblo que sale del nomadismo para entrar en una nueva tierra y un nuevo estilo de vida.

Pero los arqueólogos han encontrado también cimientos de aldeas en lugares que nunca habían estado ocupados antes del año 1200 a. de J. Estos descubrimientos indican que probablemente los israelitas no entraron en Canaán en un solo conjunto, como dice la Biblia, atacando las ciudades en su camino. Más probablemente, llegaron de tribu en tribu, o incluso de clan en clan, y se unieron después de su llegada, y tal vez al principio produjeron pocos disturbios entre los cananeos y otros pueblos que residían en la tierra. Se establecieron en las partes despobladas del campo, en torno de las ciudades y fuera de ellas. Los recién llegados dismantlaron los bosques y se asentaron para labrar la tierra, tejer y hacer piezas de cerámica. No fue sino hasta después cuando chocaron con los pueblos locales, en

una época en que las ciudades-estado cananeas estaban decayendo y los israelitas se habían establecido tan firmemente que tenían intereses creados que proteger, y se sentían lo bastante seguros para aventurarse a hacer conquistas por su cuenta.

Los israelitas se asentaron más o menos en agrupamientos entre enclaves de pueblos no israelitas, y en cuatro regiones diferentes: al oeste del río Jordán —de norte a sur— estaban Galilea, Efraín y Judá; al este del río se hallaba Transjordania. Estas separaciones geográficas explican la afirmación bíblica de que no todas las tribus participaban en las confrontaciones con un enemigo común y también por qué, de vez en cuando, las propias tribus estaban en pugna una con otra. Pero, a pesar de estas separaciones, durante los siglos XII y XI a. de J. se estaba creando en Canaán una cultura que habría de surgir siendo singularmente israelita.

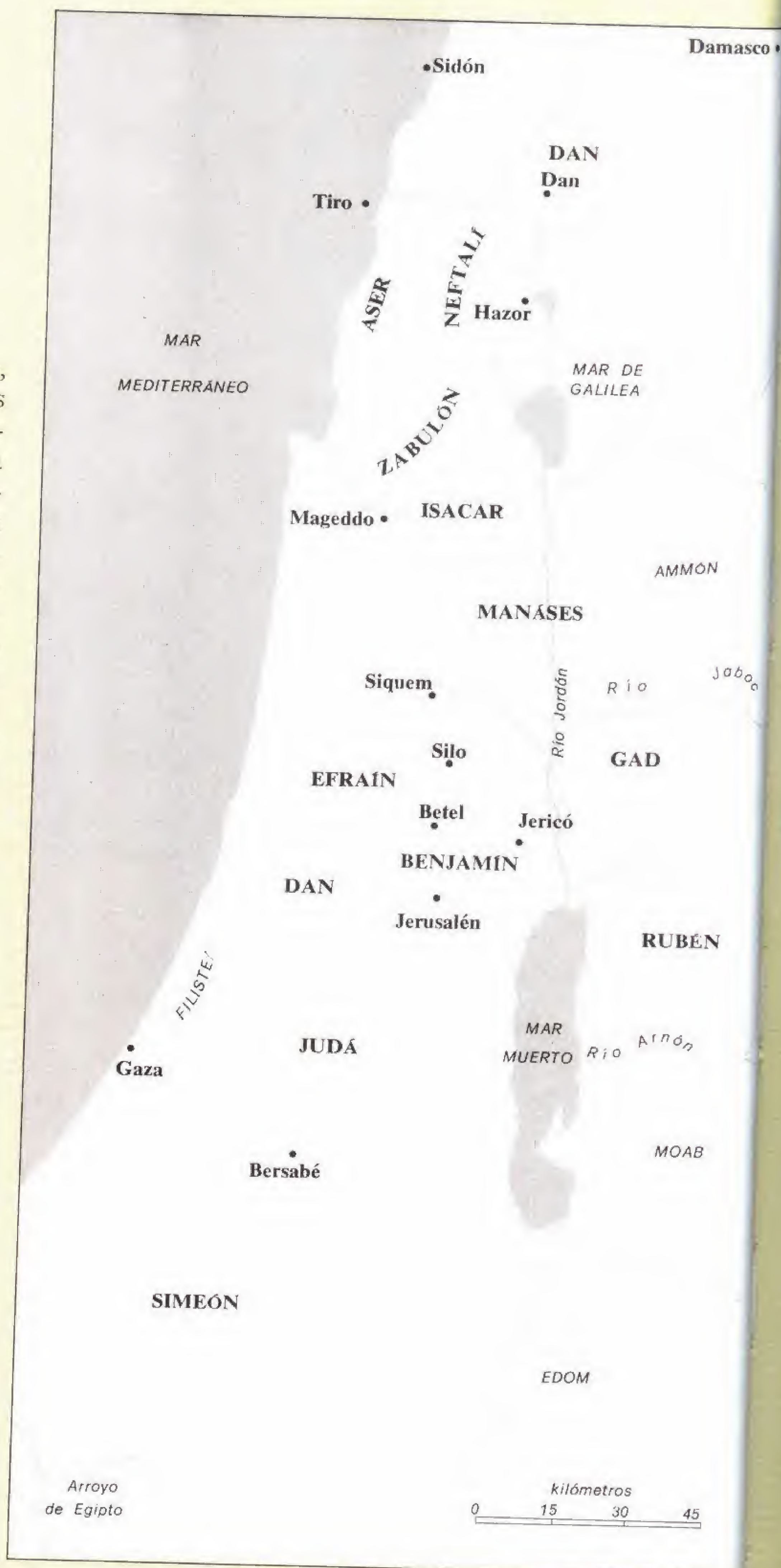
Nuevamente, los testimonios de fuentes arqueológicas coinciden con los indicios accidentales que

Según el Libro de Josué, Canaán —que estaba al oeste del Jordán— y algunas zonas del este se repartieron entre las 12 tribus israelitas (negritas), diez de las cuales recibieron los nombres de los hijos de Jacob, y dos, de sus nietos Manasés y Efraín. Los danitas vivieron primero cerca de la costa, y luego se fueron muy al norte. Había muchas ciudades que desempeñaron un papel vital en la historia de Israel, como lo desempeñaron también los pueblos hostiles de Ammón, Edom, Moab y Filisteia.

los confirman en la Biblia. Un pasaje, por ejemplo, se refiere a “los clanes del gremio de trabajadores del lino” entre la tribu de Judá; y en la parte meridional de Canaán —la región que la Biblia asigna a la tribu de Judá—, las excavaciones han descubierto telares y cubas de colorantes en Tell Beit Mirsim, que muy bien puede ser la antigua ubicación de Dabir. Los arqueólogos creen que la tribu de Judá, fuerte y numerosa, se asentó sin mucha dificultad, y que su sólido arraigo preparó el camino para el papel sobresaliente que habría de representar más tarde entre las tribus israelitas.

En la región septentrional de Canaán, tal vez varias tribus se asentaron en tierras que se apartaron para ellas a cambio del vasallaje voluntario al soberano que reinaba en la región. Algunos historiadores indican que uno de esos grupos fue la tribu de Isacar, que vivía cerca de la ciudad de Mageddo. El nombre mismo de Isacar se deriva tal vez de una antigua palabra semítica que significa “criado a sueldo”. Un pasaje bíblico anterior describe a la tribu de Isacar como “un asno castrado”, lo cual difícilmente es un cumplido, incluso en lenguaje bíblico, mas no tan injurioso como sería semejante descripción en el lenguaje actual. La expresión alude a quienes trabajan en tareas ingratas, pues los asnos eran las bestias de carga de la época. El relato bíblico sigue diciendo que Isacar “consideró que el reposo o sosiego era una cosa buena, y que su terreno era excelente; y arrimó su hombro al trabajo, y se sujetó a pagar tributos”.

En los archivos de Egipto hay un documento que sirve de vínculo entre el pueblo de la región de Mageddo y la descripción que se hace de ellos como siervos. En el siglo XIV a. de J., el príncipe de Mageddo se comunicó con su señor, el faraón Akhenatón, para darle cuenta de una construcción que se estaba haciendo. “He aquí”, escribió, “que traigo hombres para el trabajo forzado”. Durante dos si-



glos, Mageddo había sido vasallo del Imperio egipcio. El hecho, comprobado por los archivos, de que la región hubiera estado dominada por los faraones ayuda a explicar cómo es que los semitas que vivían fuera de Egipto y nunca habían sufrido realmente la esclavitud podían tener un recuerdo tradicional común de la tiranía egipcia.

En todo caso, historiadores, arqueólogos e investigadores ven dos temas principales en las narraciones bíblicas que constituyen la crónica de la era de los jueces. El primero de ellos es la unión de una serie de tribus israelitas haciendo frente a varios adversarios: los cananeos, que estaban en la Tierra Prometida antes que ellos; los edomitas, moabitas y ammonitas en reinos contiguos a Canaán, formados apenas poco tiempo antes de que llegaran los israelitas; los nómadas que iban siguiendo a los israelitas a Canaán y estaban envidiosos de su progreso; y los filisteos, rama de los Pueblos del Mar que se asentó en la costa cananea y de allí avanzaba al este, hacia el interior.

El otro tema trata de la manera en que la concepción que de su dios tenían los israelitas y el culto que le rendían sufrieron sutiles acomodamientos a medida que pasaban de la vida pastoral a la vida agrícola. En las cuestiones del rito, el cambio los llevó a adoptar algunas prácticas cananeas, como, por ejemplo, las fiestas estacionales con que se celebraban las cosechas de la uva y la cebada (*páginas 96-99*). El fenómeno era lógico; en sus nuevas actividades agrícolas, se vieron por primera vez ligados a los ciclos de la siembra y la cosecha, y por eso su culto se acomodó al ritmo de su trabajo. Estos ritos no estaban forzosamente en pugna con el celo por las leyes de Yavé, si bien es cierto que los dioses cananeos, representados por ídolos, atraían a algunos israelitas a pesar de que estaba proscrito el culto idólatra.

De importancia más perdurable que este coque-

teo con las antiguas deidades fue una concepción más madura de su dios y una incipiente manera de ver la historia como un proceso continuo en el que estaban destinados a ejercer una influencia. La historia, según la veían los israelitas, era cíclica, y con el transcurso del tiempo dieron a los jueces papeles importantes que regulaban el ciclo. No dudaban de que Yavé les hubiera concedido la Tierra Prometida a cambio de su adoración; pero, a pesar del pacto, de vez en cuando se despreocupaban y se olvidaban de los Mandamientos. Según acabaron concibiendo los acontecimientos, les parecía que, como justo escarmiento por ese olvido, su dios los castigaba enviándoles tribulaciones en forma de vejámenes a que los sometían sus enemigos. Entonces, si los israelitas se arrepentían e imploraban al Señor que los salvara, él contestaba a sus oraciones. "Y suscitó el Señor jueces que los librasen de las manos de sus opresores", dice la Biblia.

Después de que los jueces los hacían tomar de nuevo el camino recto —llevándolos a la batalla para destruir al enemigo o aconsejando a los más valientes y fuertes sobre la manera de hacerlo—, el pueblo se enmendaba en acción de gracias, y durante varios años reinaban la paz y la prosperidad. Pero, siendo olvidadizos, pasado algún tiempo el pueblo reincidía. La Biblia sigue diciendo: "El furor del Señor se inflamó contra Israel, y dijo: Esta gente ha invalidado el pacto que yo había hecho con sus padres, y se ha desdeñado de escuchar mi voz." Y de esta manera se repetía el ciclo.

Esta concepción del Señor como un protector cíclico se hace evidente en el Cántico de Débora, del Libro de los Jueces. Es uno de los relatos más antiguos que acabaron incorporándose en la Biblia. El cántico, un himno de alabanza al Señor por la victoria sobre los cananeos, al parecer fue compuesto no mucho después del episodio que conmemoraba, lo cual hace de él uno de los primeros ejemplos de

Prototipos Cananeos del Templo de Salomón

Los israelitas del Exodo deben de haber visto numerosos templos cananeos. En la página siguiente se presentan las ruinas de dos de ellos; están en el yacimiento de la ciudad de Hazor, al norte del mar de Galilea. Estos santuarios del siglo XIII a. de J. se dividían en tres secciones: una antecámara, una sala interior y, en el extremo opuesto, un lugar sagrado donde se guardaban imágenes de un dios y ofrendas votivas. El gran Templo de Jerusalén, que mandó hacer el rey Salomón a mediados del siglo X a. de J., seguía en su construcción este mismo plan familiar fundamental.

En opinión de los cananeos, en cada santuario habitaba realmente un dios. Pero como el dios de los israelitas no tenía forma física, no necesitaba esa morada terrena. El rey Salomón erigió su templo como albergue para el Arca de la Alianza, y así confirmó la supremacía de Jerusalén como centro espiritual —y político— de la vida israelita.

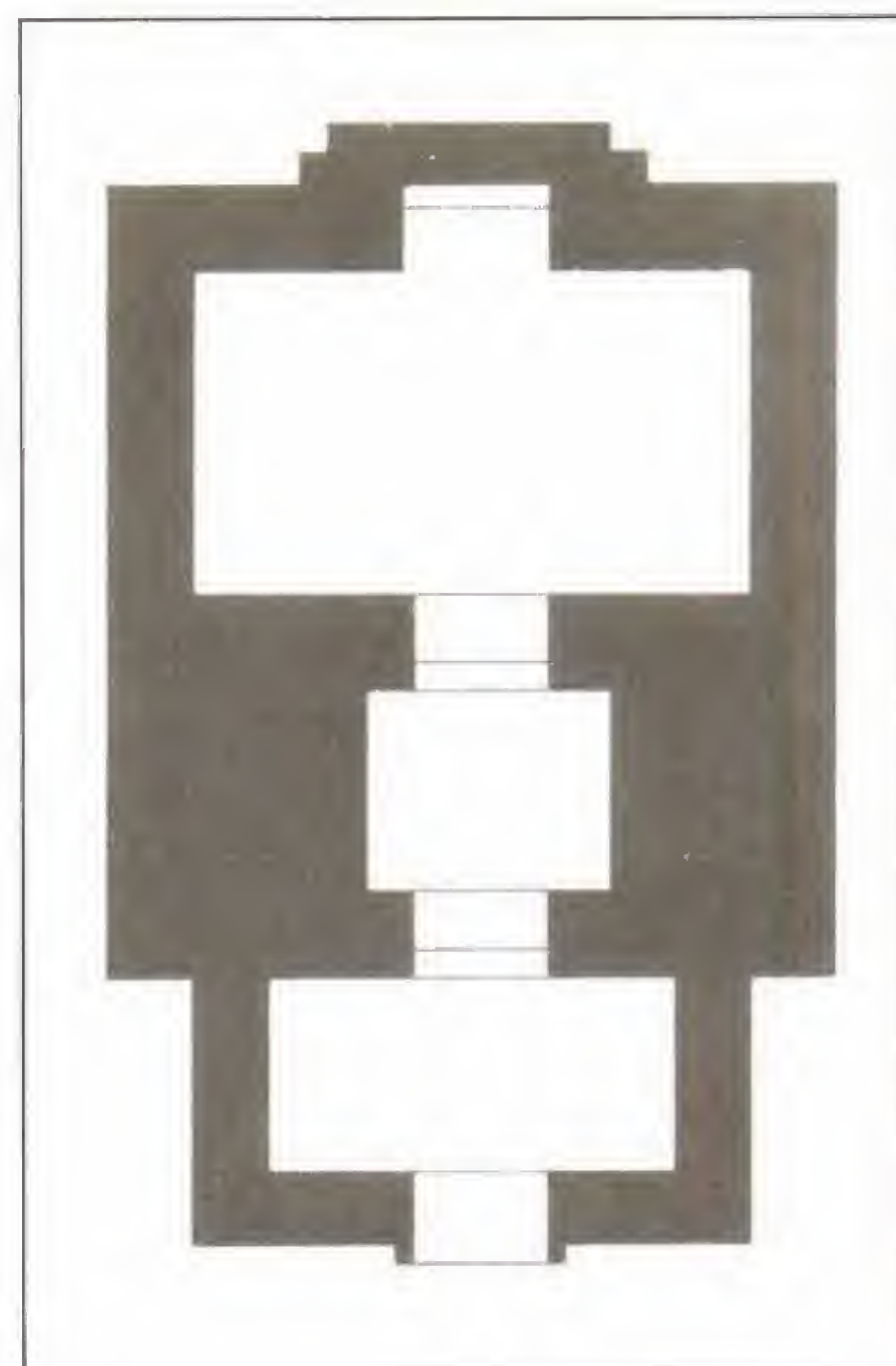


Esta deidad masculina entronizada —quizá un dios de la luna o del sol— fue desenterrada en el templo que aparece en la página siguiente, abajo. Labrada en basalto, la figura tiene 18 cm. de alto.

Como la religión de los israelitas proscribía las imágenes de su deidad, la cámara más interior de su santuario contenía un par de querubines de madera de olivo, cuyas alas extendidas pretendían abrazar al inefable dios.



En Hazor, los arqueólogos hallaron en un templo un singular tesoro de losas de basalto y una escultura sobre una plataforma. La figura de la izquierda, que sostiene un cuenco, tal vez es una deidad cananea de la luna. La losa del centro tiene unos brazos que se alzan, con una luna creciente y un disco, lo cual indica que posiblemente representa a la consorte del dios de la luna.



Un segundo santuario, cuya planta se representa en diagrama arriba, seguía la disposición cananea común de las tres cámaras. El edificio era un prototipo modesto del monumental templo del rey Salomón, erigido unos 300 años después. Tenía 23 metros de longitud; el santuario de Salomón medía más de 40 metros. Pero las técnicas de construcción fueron las mismas: cada pared consistía en dos hileras de pesadas piedras, y el espacio intermedio se rellenaba con cascajo.

narración histórica casi contemporánea. Y por curioso que parezca, en una sociedad tan dominada por los varones, en este caso el juez era una mujer.

Débora era, según el relato bíblico, valerosa; también era profetisa, y se le creía dotada de una sabiduría especial. “Tenía su asiento debajo de una palma”, cuenta la Biblia, citando un viejo lugar sagrado cerca de Betel, “y los israelitas acudían a ella en todos sus litigios”, es decir, a solicitar consejo juicioso además de orientación profética. Así, cuando los israelitas que vivían en las inmediaciones de Hazor le pidieron consejo para defenderse del rey del lugar, Débora mandó llamar a Barac, prudente guerrero de la tribu de Neftalí, y le ordenó matar a los cananeos de Hazor.

Era una tarea formidable; el cántico de Débora agrega que el general del ejército del rey, Sísara, tenía “900 carros herrados”, y entre los israelitas “no se veía lanza ni escudo”. Nuevamente, la desigualdad del armamento se basa en la realidad histórica de que los israelitas, a diferencia de sus contemporáneos, aún no habían adquirido la tecnología de la Edad de Hierro.

Así pues, Barac pidió voluntarios de su tribu y de la tribu vecina de Zabulón —los voluntarios eran el único recurso de un pueblo que no tenía ejército permanente— y obtuvo 10.000 impacientes reclutas. Los reunió en el monte Tabor, que dominaba la planicie. Sísara, enterado de que los israelitas se estaban reuniendo, juntó su ejército y sus carros de guerra y los condujo a la batalla. Entonces, con la oportuna ayuda de Yavé, “las nubes descendieron en torrentes” y anegaron la planicie con agua de lluvia, y probablemente los 900 carros se atascaron en el lodo. Barac, que había previsto la divina intervención, “bajó del monte Tabor, y con él los 10.000 soldados”. El cananeo Sísara, saltando de su carro, echó a huir a pie, dejando que sus hombres y caballos se las arreglaran como pudieran.

En esta coyuntura del relato aparece una segunda mujer que ayuda a afianzar la victoria. Sísara buscó refugio en la tienda de un hombre llamado Haber, al que consideraba su aliado; pero Haber estaba ausente, y su mujer, Jahel, invitó a Sísara a entrar para tomar un poco de leche, le dio luego un manto, lo tranquilizó hasta que se quedó dormido y entonces, inspirada súbitamente por un cambio de parcialidad que complació mucho a los israelitas, le traspasó el cráneo con una estaca de la tienda. Después de eso, dice la Biblia, los israelitas “cobraron cada día más bríos contra ese rey de Canaán hasta que lo destruyeron enteramente”, y “estuvo el país en paz cuarenta años”.

La liquidación del rey probablemente entrañó el saqueo de Hazor. Y aunque no debemos olvidar las contradicciones que plantean otros episodios bíblicos, los arqueólogos han hallado indicios de que, efectivamente, Hazor fue destruida hacia el año 1200 a. de J. Sobre esa base, su caída muy bien pudo haberse producido después de una victoria como la que conmemora el Cántico de Débora.

Ciertamente, existen sólidas razones históricas para explicar por qué los israelitas pudieron derrotar a los cananeos, no sólo en Hazor, sino también en otras partes de la región. Las ciudades-estado cananeas habían sido siempre débiles; contaban con el Imperio egipcio al oeste y el reino hitita al norte para que las protegieran contra otros agresores. Pero a partir de fines del siglo XIII a. de J., ambos protectores tuvieron que enfrascarse en repeler las violentas embestidas de los Pueblos del Mar y descuidaron las ciudades cananeas. Los israelitas llenaron el vacío de poder.

Estuvieron seguros por algún tiempo, mas muy pronto se enfrentaron con la invasión de las madianitas, confederación nómada que vagaba por la región del desierto colindante con Canaán, como habían hecho los israelitas en tiempos anteriores.



Estas armas de guerra pertenecieron a los filisteos, marinos de misterioso origen que invadieron el Próximo Oriente hacia el año 1200 a. de J. y —hasta que los derrotó el rey David unos 200 años después— disputaron a los israelitas el dominio de Canaán. Los objetos reproducidos aquí, hallados en las guarniciones filisteas de la costa, son un mango ornamental de lanza en forma de U, un cinturón y una daga, cuya hoja es de hierro; pero todo lo demás es de bronce. (Tal vez la lanza era de madera, y se desintegró hace mucho.)

Los filisteos tenían el monopolio local del hierro, más barato y abundante que el bronce de casi todas las armas israelitas, lo cual les dio una gran ventaja inicial.

Los madianitas no se contentaban con apacentar sus rebaños; hacían incursiones periódicas en el territorio israelita del oeste del Jordán, llevaban su ganado a pastar en los campos sembrados, robaban cuanto cosa podían y reaparecían el año siguiente en cuanto iba a comenzar la recolección. Muy apropiadamente —ya que lo que más les importaba perder eran los productos del campo—, el héroe bíblico que apareció en este caso para salvar a los israelitas, llamado Gedeón, era hijo de un agricultor.

Gedeón estaba sacudiendo y limpiando trigo en el lagar de su padre para esconderlo de los incursores, cuando se le apareció una visión. “El Señor es contigo, oh tú el más valeroso de los hombres”, oyó Gedeón que decía la voz. “Ve con ese tu valor y libertarás a Israel del poder de los madianitas”.

A diferencia de Barac en el Cántico de Débora, Gedeón no tuvo que enfrentarse con un adversario que avanzaba en un arrollador torbellino de carros de guerra; los madianitas carecían de esas complicadas armas tanto como los propios hombres de Gedeón. Pero los madianitas eran mil veces más numerosos: “yacían tendidos en el valle como una muchedumbre de langostas”. Y tenían un nuevo medio de locomoción: el camello domesticado.

No obstante, al igual que Barac antes que él, Gedeón compensaba con estrategia lo que le faltaba de tecnología. Escogió a los 300 mejores hombres de las tribus de Manasés, Aser, Zabulón y Neftalí, vecinos con cuya valentía, obediencia y cautela podía contar. Ordenó a cada uno que se proveyera de una trompeta hecha de cuerno de carnero, y una tea oculta en una vasija de barro.

Gedeón dividió su pequeña fuerza en tres cuerpos y los apostó en lados diferentes del campamento de los madianitas. Luego, a la medianoche, cuando los madianitas estaban ocupados con el cambio de guardia, los 300 israelitas tocaron sus trompetas a una señal de Gedeón, quebraron unas vasijas con

Un molde de piedra labrada permitió a un fundidor cananeo producir en serie efigies metálicas de esta deidad femenina, cuya representación moderna en bronce aparece aquí. El tocado consistía en un sombrero cónico y un par de cuernos. Los arqueólogos hallaron en este yacimiento del siglo XVII a. de J. dos cuernos de plata que ajustaban en la forma original.

otras, convirtieron el campo en una llamarada de luz, y gritaron: “¡La espada del Señor y de Gedeón!” Es de presumir que también prendieron fuego al campamento y provocaron la dispersión y huida de los camellos. Los enemigos, confundidos, huyeron, tomando al amigo por adversario. “En el campamento, el Señor hizo que los enemigos tirasen de sus espadas unos contra otros”, mientras las fuerzas de Gedeón no hacían más que mirar.

Cuando Gedeón volvió a su pueblo después de este triunfo, le expresaron su gratitud con un acento nuevo para los israelitas, acento que habría de resonar quedamente, casi sin efecto perceptible, durante algún tiempo después de esto. Lo instaron a ser su rey. “Sé tú nuestro príncipe”, exclamaron, “y después de ti, tu hijo y tu nieto, ya que nos has librado del poder de los madianitas”. Pero Gedeón replicó: “No seré yo príncipe vuestro, ni tampoco lo será mi hijo; sino que el Señor será quien domine y reine sobre vosotros.”

Después de Gedeón, el deseo de ser gobernados por un rey no habría de desaparecer, aunque se mantendría latente por algún tiempo. Mientras tanto, en muchos relatos subsecuentes como el de Gedeón se repite un constante estribillo: “En aquellos días no había rey en Israel, sino que cada cual practicaba lo que le parecía mejor.”

En un mundo como el del Próximo Oriente, que giraba en torno al concepto central del gobierno de un rey, la actitud de los israelitas destaca en claro relieve. Para este pueblo de espíritu independiente, que aún se aferraba a una estructura tribal que no tenía mucha cohesión y cuyo centro lo constituía una deidad a la que cada israelita tenía acceso directo, la sumisión a un soberano terrenal era una intromisión en esa relación tradicional y muy personal, y la contradecía.

Sin embargo, estaban cambiando todas las circunstancias de sus vidas, como indica la oferta de

un trono a Gedeón; y con esos cambios venían alteraciones en las actitudes, costumbres y organización social. Inevitablemente, las ideas cananeas sobre el gobierno y la religión habían sido una influencia vigorosa en todos los pueblos que habitaban entre ellos, inclusive los israelitas.

Los israelitas habían abandonado en gran parte su existencia nómada. Vivían en casas de piedra en lugar de tiendas. Habían adquirido la cerámica. Las tribus estaban más unidas por los intereses mutuos, la proximidad y el contacto más frecuente. Su sociedad era más estratificada. En pocas palabras, su nueva prosperidad y estrecho contacto con los cananeos tuvieron gran influencia en su cultura. La historia de un miembro de la tribu de Efraín, llamado Micás, según la cuenta la Biblia, merece cuidadoso estudio por lo que nos permite inferir sobre la evolución de la civilización israelita.

Evidentemente, muchos israelitas prósperos de la era de los jueces construían altares en sus casas para adorar a su dios. La narración bíblica nos dice que Micás tenía una capillita que era parte de su casa de piedra; tal vez el altar estaba en una habitación separada, o quizá se hallaba en un patio. Nadie criticaba a Micás por tener la capilla; el culto familiar dirigido por el padre en el hogar, por humilde que fuese, era una costumbre venerable que se remontaba, por lo menos, hasta Abraham, y la costumbre persistió hasta mucho después de la época de Micás. Pero Micás dio otro paso, violando el Segundo Mandamiento, que prohibía el uso de imágenes talladas o fundidas: adornó su altar con dos estatuillas, las cuales había hecho fundir con 200 monedas de plata que le dio su madre. Era fácil mandar hacer las imágenes, pues los cananeos eran muy hábiles en los trabajos de metalistería.

No se describen las imágenes de Micás en la Biblia, la cual, significativamente —al admitir en sus páginas este episodio popular—, no critica al hom-



bre por un acto que en generaciones anteriores se habría considerado una grave transgresión religiosa. Algunos historiadores suponen que, dado que en los israelitas influían las culturas que ahora los rodeaban, uno o los dos ídolos pudieron haber tenido la forma de un toro, animal deificado con mucha frecuencia en el Próximo Oriente. Pero, por otra parte, Micás contrata a un sacerdote para atender el altar, diciéndole: "Te daré todos los años diez siclos de plata, vestidos y el sustento necesario." El relato pone en claro que ya en la era de los jueces había aparecido entre los israelitas un sacerdocio, sacerdotes profesionales cuyos servicios usaban personas particulares como Micás y en los lugares de culto público.

Desafortunadamente para Micás, el sacerdote lo dejó para ocupar un puesto de más prestigio en la tribu de Dan y se llevó con él los ídolos de plata. Según el relato, la tribu de Dan "andaba buscando más tierra donde habitar", probablemente porque unos invasores les habían arrancado la que les pertenecía. Para los investigadores, la importancia de este pasaje del relato estriba en la confirmación de que fue un período de expansión para los israelitas. También pone en claro que las comarcas originales de asentamiento no eran siempre permanentes, que de tiempo en tiempo las tribus o clanes cambiaban el lugar de su residencia cuando tropezaban con dificultades en la Tierra Prometida.

Los hombres de la tribu de Dan convencieron al sacerdote de que debía robarse los ídolos de plata de Micás, que admiraban y querían usar como adornos de su altar. Su método de persuasión fue hábil: "Ven con nosotros, que te tendremos por padre y sacerdote", le dijeron. "¿Qué es mejor para ti, ser sacerdote en casa de un particular, o en toda una tribu y familia de Israel?" "Esto complació al sacerdote", advierte la Biblia, y el director espiritual, eminentemente práctico, acompañó a los danitas

Unos guerreros filisteos, cuyos característicos cascos emplumados se sujetan con barboquejos, blanden lanzas y espadas en este detalle de un relieve egipcio del siglo XII a. de J. El relieve conmemora la victoria de Ramsés III contra una coalición de marinos, entre ellos los filisteos, que invadió a Egipto y llegó al delta del Nilo. Contenidos por los ejércitos del faraón, los filisteos se dirigieron a Canaán, donde se opusieron al asentamiento de los israelitas.



a la ciudad fenicia de Lais, a más de 150 kilómetros de distancia. Los danitas atacaron la ciudad, la tomaron y le dieron el nombre de Dan, detalle de la narración que pone de relieve hasta dónde habían progresado los israelitas, tanto en poderío material como en actitud psicológica, desde los años de la esclavitud. Los danitas, sigue diciendo la Biblia, construyeron un nuevo lugar de culto para los ídolos de plata, y prosperaron. Los arqueólogos y expertos en la Biblia han podido relacionar los hallazgos hechos en las excavaciones del lugar con el período a que se refiere la historia de Micás, confirmando que la ciudad fue saqueada.

A mediados del siglo XI a. de J., los pueblos israelitas dispersos se enfrentaron con un enemigo común: los filisteos. La amenaza fue un nuevo estímulo para la consolidación —más aún, la hizo esencial— y trajo la aparición de un juez prototípico. El juez fue Samuel, y con él, el curso de la historia de los israelitas tomó un nuevo rumbo.

Samuel era un sacerdote que viajaba de población en población y hacía un recorrido anual de los altares de Betel, Gálgala y Masfat. Pero era algo más que un sacerdote; hombre de profunda sabiduría y previsión, ejercía gran influencia entre los israelitas. Se combinaban en él los papeles de vidente, profeta, juez y gobernante; y aunque no era hombre de armas, los guerreros acudían a él para que los bendijera y orientara.

Los filisteos habían llegado a Canaán a principios del siglo XII a. de J., después de que, a las puertas de Egipto, Ramsés III los hizo retroceder. Como eran marinos, al principio se contentaron con ocupar la costa cananea y no molestaron a los israelitas. Se dedicaron al comercio, instalaron un gobierno militar en la ciudad de Gaza —una antigua capital provincial egipcia— y en Ascalón, Get, Azoto y Accarón, confederando a los pueblos de

estas ciudades en una alianza que no tardó en dominar la costa meridional de Canaán.

Al igual que los cananeos, los filisteos tenían una tecnología de la Edad de Hierro que aventajaba mucho a las groseras aptitudes de los israelitas y su limitado acceso a los metales, y estaban resueltos a conservar esa ventaja. “En toda la tierra de Israel no se hallaba un herrero”, relata la Biblia, “porque los filisteos habían tomado esta precaución para que los hebreos no forjasen espadas ni lanzas”: explicación que augura el conflicto.

Las dificultades comenzaron con escaramuzas una vez aquí, otra vez allá; pero conforme aumentaban la frecuencia y gravedad de la violencia y se extendía sobre un territorio más amplio, las tribus israelitas comenzaron a sentir cada día más la necesidad de esa acción coordinada contra los filisteos que sólo podía darles un fuerte gobierno central.

Para entonces, los israelitas habían recorrido un largo camino; habían pasado unos 200 años desde que dejaron su vida nómada del desierto para dedicarse a la agricultura en Canaán. Se aferraban a las viejas tradiciones tribales y a la arrogancia de vivir separados de los demás, como armonizaba con la fidelidad a la tribu; pero habían quedado atrás las realidades de la vida del desierto que hicieron nacer esas convicciones. Ahora tenían tierras que proteger, producción de alimentos que mantener, hogares que salvaguardar y negocios que sostener. También habían creado una identidad mutua que, si no era completamente nacional, se extendía ahora mucho más allá de la propia tribu.

En los primeros choques —con los cananeos, con los reinos vecinos y con los nómadas— sólo participaban pocas tribus a la vez, mas la derrota o la emigración de un adversario tras otro había dejado un mayor territorio para los israelitas, y reducido las distancias que separaban a las tribus.

Para aferrarse a todos sus intereses creados, no

era ya suficiente el viejo gobierno patriarcal de la familia; tampoco era suficiente el gobierno de un juez sobre un puñado de tribus, ni tan siquiera ejercido por un juez del renombre de Samuel. La solución lógica parecía ser un rey, y sobre la cuestión se consultó con Samuel.

La Biblia describe la ocasión: "Por lo que, juntándose todos los ancianos de Israel, vinieron a Samuel y dijéronle: Constitúyenos un rey que nos gobierne, como lo tienen otras naciones. Pero este lenguaje desagradó a Samuel, e hizo oración y consultó al Señor. Y el Señor contestó a Samuel: Escucha la voz de este pueblo y todo lo que te pide; no te han desechado a ti, sino a mí, para que no reine sobre ellos. Hazles presente y anúnciales el poder del rey que gobernará sobre ellos.

"Refirió, pues, Samuel al pueblo que le había pedido un rey todas las palabras del Señor, y dijo: Esta será la potestad del rey que os ha de mandar. . .

Tomará vuestros hijos, y los destinará para guiar sus carros y para ser guardias de a caballo. . . Os quitará también lo mejor de vuestros campos y viñas. . . Diezmará asimismo vuestros ganados, y todos vendréis a ser esclavos o servidores suyos. . . Pero el pueblo no quiso escuchar las razones de Samuel, sino que dijeron: No, no; ha de haber un rey sobre nosotros, y nosotros hemos de ser como las otras naciones. . . Oyó Samuel todas las palabras del pueblo, y las hizo presentes al Señor; y el Señor dijo a Samuel: Haz lo que te piden, y nómbrales un rey."

Y así, por esa necesidad que sentían tan profundamente, los israelitas se unieron por primera vez en una unidad política gobernada por un monarca. Volverían a obsesionarlos los recelos que había despertado la monarquía, pero durante los cien años siguientes ésta daría a los israelitas gloria terrenal y un lugar formidable entre las potencias internacionales de sus días.

Ritos Sagrados de Alborozo y Gratitude

Desde tiempos muy antiguos, los israelitas reservaron días especiales para la observancia religiosa. Tres de esas fiestas —la Pascua, el Shavuoth y el Succoth— destacan todavía en el calendario judío actual. Las fiestas judías más felices son también las que se celebran hace más tiempo.

Las ceremonias de contrición y expiación no aparecieron sino tardíamente en la historia de los israelitas. El Yom Kippur, el rito más santo y sombrío de los judíos, que dura 24 horas durante las cuales ayunan y piden perdón por sus pecados, tuvo su origen como rito de purificación; adquirió nueva significación y nuevas formas después de que los israelitas fueron desterrados por los babilonios en el siglo VI a. de J. El Rosh Hashanah, cauto anuncio del año nuevo acompañado por un profundo examen de conciencia y del comportamiento personal durante el año que acaba de terminar, se inició más tarde aún.

Pero las tres fiestas jubilosas, algunos de cuyos ritos aparecen ilustrados en estas páginas, siguen observándose anualmente, y conservan la exuberancia de los espíritus y el recuerdo inmemorial de los primeros años pasados en la Tierra Prometida.

La víspera de la Pascua, tres chicos miran cómo su padre rocía el dintel de la puerta de su casa con un manojito de mejorana mojado en sangre de cordero, lo cual recuerda el día en que, en Egipto, el dios de los israelitas dio muerte a los primogénitos de todas las casas, menos las marcadas como israelitas.



La Pascua: Recuerdo de la Liberación Divina

Los acontecimientos centrales de la Pascua en Canaán —el sacrificio de un cordero, seguido por un banquete nocturno— nacieron de un rito de acción de gracias observado por los antepasados nómadas de los agricultores israelitas recientemente asentados. Los pastores habían señalado la llegada de la primavera ofrendando a su dios un cordero o un macho cabrío para agradecer la fecundidad de sus rebaños. Se asaba el animal y se le consumía completamente la misma noche. Después de establecerse en Canaán, esta ceremonia —para recibir la estación en que la Naturaleza parecía renacer— adquirió un nuevo significado. La Pascua pasó a conmemorar el renacimiento de los israelitas como pueblo, después de su fuga de Egipto. Por eso, la comida —con pan ázimo y hierbas amargas— simbolizaba aspectos de los años de opresión y la huida a la libertad.



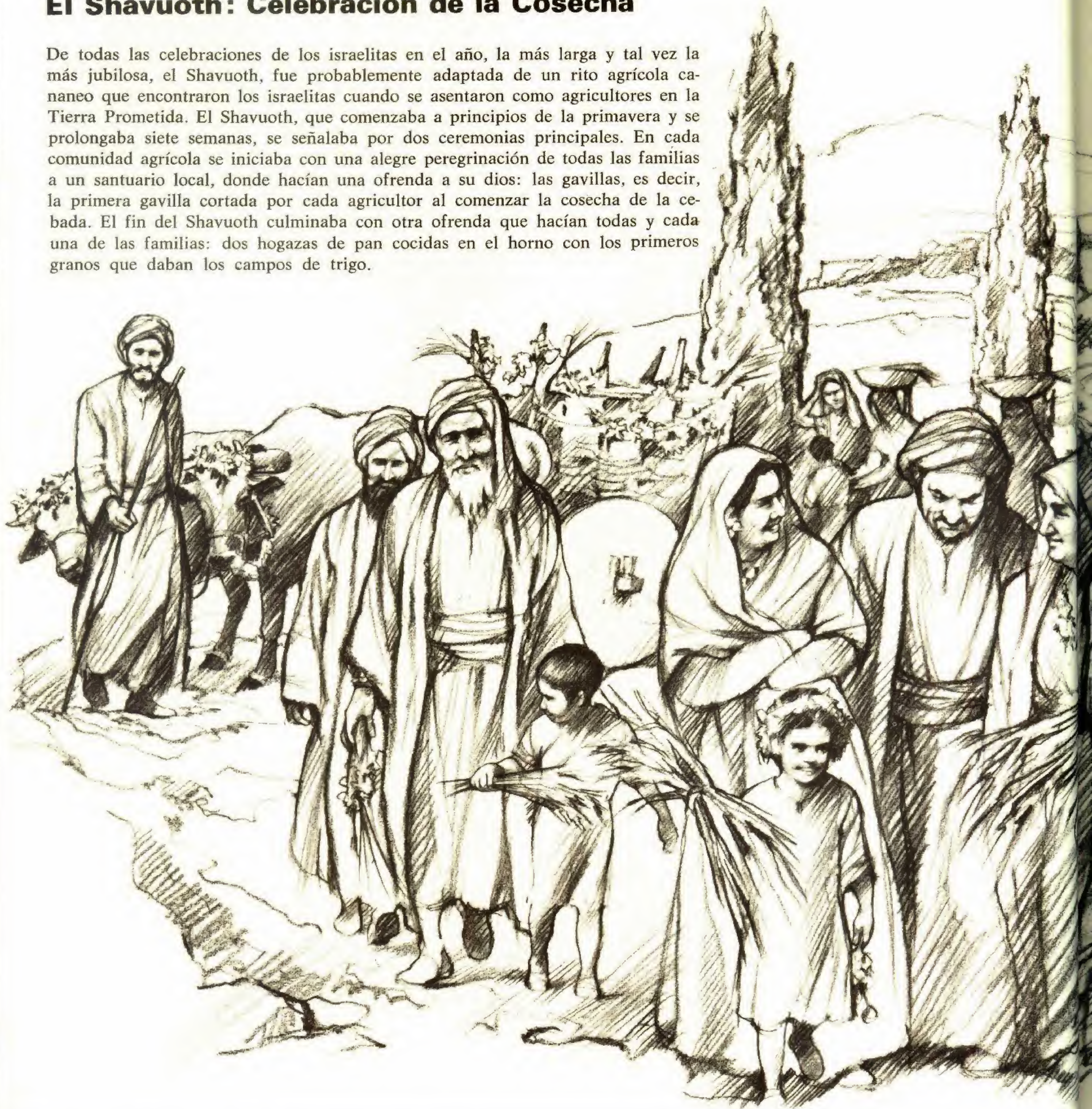
Mientras el hijo, arrobado, lo observa, un padre israelita asa el cordero sacrificado que comerá la familia esa noche en la fiesta de la Pascua. El cordero es un añojo elegido por ser sano y sin tacha; antes de cocinarlo, se recoge la sangre en un cuenco para marcar el dintel (página anterior). La manera de prepararlo sigue las reglas prescritas en el Exodo: no hay que romper los huesos ni partir los miembros, y no debe hervirse, pues la escritura dice: "Nada de él comeréis crudo, ni cocido en agua, sino asado en el fuego."



Todos los miembros de la familia se reúnen en torno a la mesa para comer el cordero asado en una fuente común. Las raciones de pan sin levadura recuerdan la precipitada salida de Egipto, cuando no hubo tiempo para dejar que el pan subiera antes de meterlo en el horno. Los hombres usan largas túnicas y llevan los cayados de pastor a la mesa para rememorar los tiempos de sus antepasados nómadas. El texto bíblico ordena tomar rápidamente la comida de la Pascua y no dejar nada del cordero ni de los condimentos.

El Shavuoth: Celebración de la Cosecha

De todas las celebraciones de los israelitas en el año, la más larga y tal vez la más jubilosa, el Shavuoth, fue probablemente adaptada de un rito agrícola cananeo que encontraron los israelitas cuando se asentaron como agricultores en la Tierra Prometida. El Shavuoth, que comenzaba a principios de la primavera y se prolongaba siete semanas, se señalaba por dos ceremonias principales. En cada comunidad agrícola se iniciaba con una alegre peregrinación de todas las familias a un santuario local, donde hacían una ofrenda a su dios: las gavillas, es decir, la primera gavilla cortada por cada agricultor al comenzar la cosecha de la cebada. El fin del Shavuoth culminaba con otra ofrenda que hacían todas y cada una de las familias: dos hogazas de pan cocidas en el horno con los primeros granos que daban los campos de trigo.





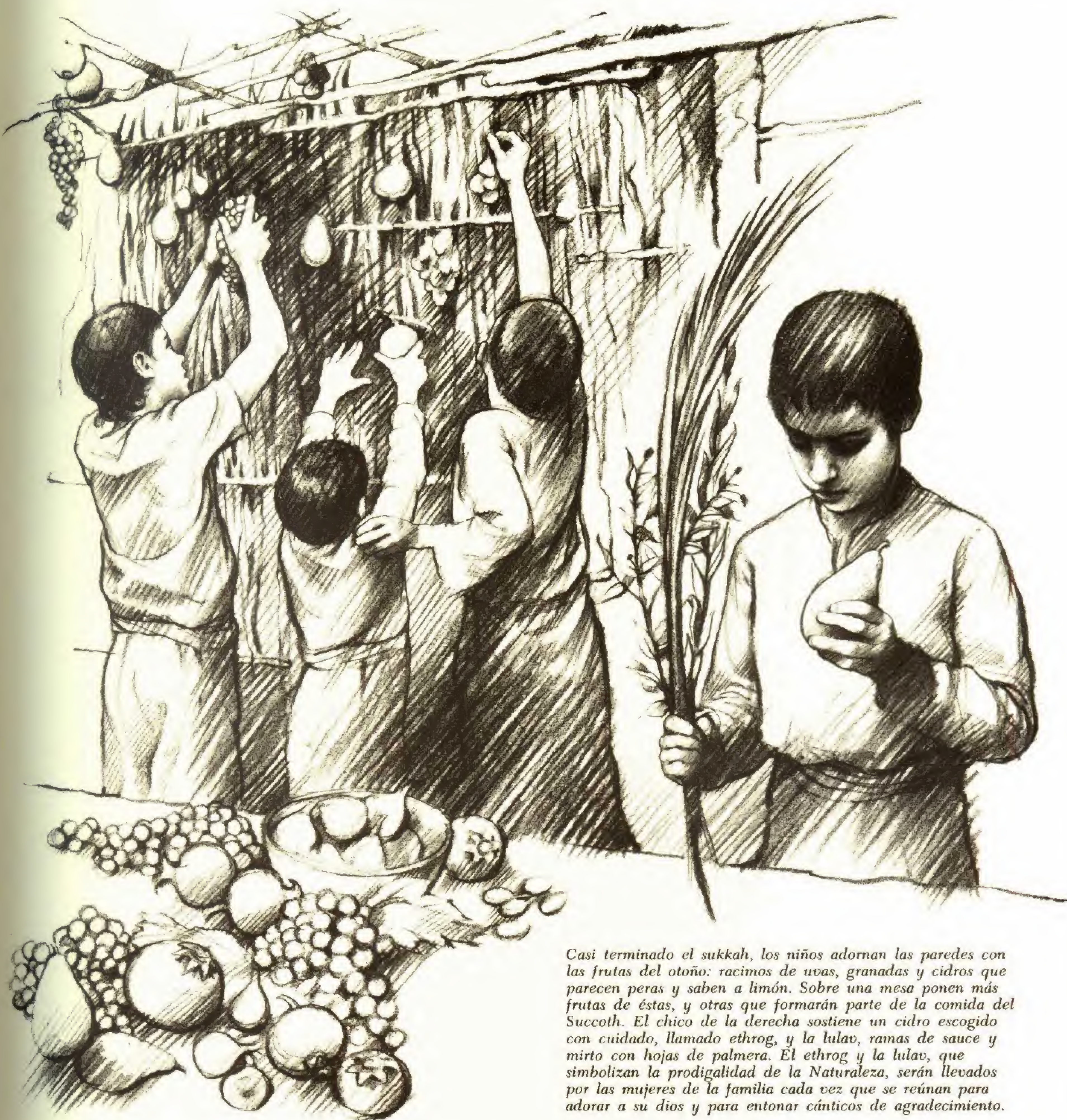
Alborozados por la buena cosecha de la primavera, los aldeanos emprenden la marcha con sus ofrendas de gavillas. Algunos llevan las mieses recién cortadas en las manos, otros en cestas sobre las cabezas, y uno conduce una carreta tirada por bueyes, llena de cebada. En su alegría, algunos se han adornado —y han adornado a los bueyes y la carreta— con flores cortadas de la profusión que alfombra el campo. La escena se sitúa unos años después de que los israelitas se asentaron en Canaán, después del año 1200 a. de J. Unos 300 años más tarde, la peregrinación del Shavuoth llevaría a los devotos a la ciudad de Jerusalén, donde ofrendarían las gavillas en el templo recientemente erigido por Salomón.

El Succoth: En Loa de los Dones del Otoño

La fiesta otoñal del Succoth —llamada también Fiesta de la Recolección— tenía una doble significación. Se celebraba después de que se había levantado la última cosecha del otoño, y era una época de gratitud por la fertilidad de la tierra. Al mismo tiempo, servía de un recuerdo más a los israelitas del viaje de sus antepasados para salir de Egipto, cuando —en el desierto de Sinaí— vivieron en tiendas o cobertizos temporales. Los dos significados encontraban expresión durante el Succoth en una choza improvisada, llamada *sukkah*, que construía cada familia y adornaba con los frutos maduros de la estación. En estas chozas rústicas, erigidas en huertos y viñedos, las familias israelitas vivían durante la semana que duraba la fiesta: comiendo opíparamente, gozando de la compañía de los amigos y cantando alabanzas a su dios.

Para construir su sukkah (abajo), los hombres y niños de una familia ponen ramas de sauce en los postes de ciprés o acacia. Terminada, la barraca sólo tendrá tres lados, con paredes de hojas de palmera que los chicos ponen en su lugar. El techo estará cubierto sueltamente, lo que permitirá atisbar el cielo como recuerdo de la vida nómada y de que el hombre depende del Todopoderoso. Por el lado abierto, la familia invitará a los vecinos a unirse a ellos para comer y beber.





Casi terminado el sukkah, los niños adornan las paredes con las frutas del otoño: racimos de uvas, granadas y cidros que parecen peras y saben a limón. Sobre una mesa ponen más frutas de éstas, y otras que formarán parte de la comida del Succoth. El chico de la derecha sostiene un cidro escogido con cuidado, llamado ethrog, y la lulav, ramas de sauce y mirto con hojas de palmera. El ethrog y la lulav, que simbolizan la prodigalidad de la Naturaleza, serán llevados por las mujeres de la familia cada vez que se reúnan para adorar a su dios y para entonar cánticos de agradecimiento.

Capítulo Quinto: Los Primeros Reyes



Los israelitas entraron en una era decisiva de su historia hacia fines del siglo XI a. de J. Acudieron a un soldado llamado Saúl, y con él se inició una monarquía como su nueva forma de gobierno. Durante su agitado reinado, Saúl contuvo las incursiones de los extranjeros —señaladamente de los filisteos— y con ello aseguró la posesión de la tierra. Sus sucesores, David y Salomón, que fueron hombres más brillantes y ambiciosos, usaron el trono para transformar a los israelitas en una fuerza política rica y cada vez más integrada.

En opinión de los investigadores, hay un alto grado de exactitud histórica en los libros bíblicos que relatan las crónicas de estos tres primeros reyes, aunque, inevitablemente, sus fastos son, en parte, racionalizaciones de autores que recogieron por escrito recuerdos populares de sucesos ocurridos mucho antes de su época. Esta conclusión se basa en la pauta regular de correlación entre los indicios arqueológicos y la lectura detenida de los textos bíblicos, la cual proporciona considerables pruebas internas de su veracidad.

Así, los historiadores están bastante seguros de que los israelitas tenían un rey hacia el año 1000 a. de J., aunque nadie puede estar cierto de cuánto tiempo reinó. Según el relato bíblico, Saúl se estableció en una capital fortificada, en la población de Gabaá, y los arqueólogos han desenterrado los cimientos de una fortaleza en esa ciudad. Con el tiempo, Saúl tuvo a su mando dos tenientes de

tiempo completo: su hijo Jonatás y su primo Abner; algunos expertos interpretan este detalle de organización como indicio de que Saúl tenía un ejército permanente, señal de una monarquía pujante.

Los indicios arqueológicos del reinado de David son escasos, pero los historiadores han hallado pruebas materiales de que ciertos acontecimientos en los que intervinieron Saúl y David ocurrieron donde lo indica la Biblia. Así, por ejemplo, se han encontrado los restos de un gran pozo de piedra en Gabaón; la Biblia alude a un “estanque” en ese sitio cuando describe un encuentro entre los seguidores de David y los de Saúl por la sucesión.

La mejor comprobación de que realmente existió David proviene del examen de los pasajes que cuentan su vida. Surge de las páginas como una personalidad acabada, completamente humana. Junto con el relato de sus hazañas se narran objetivamente las fechorías de David —entre ellas, la seducción de Betsabé, mujer de un subordinado— sin intentar disimularlas. Vista en conjunto, es una imagen equilibrada del rey, que parece auténtica.

Al reinado del tercer monarca israelita, Salomón, lo relaciona la investigación arqueológica con los depósitos en ruinas de Mageddo, Hazor y otras ciudades que llevan su sello como constructor. Y las excavaciones hechas en el norte de Jerusalén han dado pruebas de que, como asevera la Biblia, Salomón extendió los límites originales de la ciudad durante el tiempo que estuvo en el poder.

Junto con la expansión política y militar lograda por estos primeros monarcas, su ascensión al trono hizo indudablemente llegar a los israelitas las galas y complejidades de la civilización superior: templos y palacios monumentales, comercio exterior con el cual proveyó el capital para estas y otras construcciones, y un ejército permanente para guardar la seguridad de todos. De particular importancia fue el fomento del arte de escribir, el

En Gabaón, al norte de Jerusalén, una escalera de caracol descubierta en 1956 baja a un estanque, parte del antiguo abastecimiento de agua de la ciudad, en el que se hallaron fragmentos de cerámica del año 600 a. de J. con el nombre de Gabaón, los cuales confirmaron que era el sitio donde el Antiguo Testamento dice que David triunfó sobre quienes le disputaban el trono israelita y derrotó a los filisteos.

cual extendió su dominio, a partir de los anales de la corte, hasta abarcar prosa y poesía de asombrosa plenitud y profundidad literaria, gran parte de ella inspirada por la institución de la monarquía; como creadores literarios, los israelitas tuvieron pocos iguales en el mundo antiguo.

Mas el precio de esta riqueza, germinación cultural y seguridad fue la sumisión a una autoridad centralizada. Las prerrogativas de la tribu y de su jefe paternal fueron suplantadas —al igual que las de los jueces populares, a quienes conocían personalmente todos, ya fuera el labrador que araba su campo o el pastor que cuidaba sus rebaños— por una corte real alejada e impersonal. Igualmente significativo fue el hecho de que la nueva estructura fiscal que sostenía el esplendor material de la monarquía produjo una sociedad que toleraba las faltas de equidad entre el poderoso y el humilde, entre el rico y el pobre.

Para los israelitas, estos cambios representaron un abandono radical de la costumbre; aunque habían anhelado la monarquía, su advenimiento ocasionó varias presiones y conflictos. Durante el siglo siguiente, la lucha por resolver esos conflictos, comprendiendo el problema de la sucesión real, habría de constituir un tema principal en el desarrollo de los israelitas como pueblo.

Cuando las tribus se unieron para proclamar rey a Saúl, los israelitas actuaron por primera vez como cuerpo político, aunque lo hicieron en un marco religioso. El texto bíblico dice que a Saúl lo escogió el Señor por medio de Samuel, juez y sacerdote cuyos sabios consejos le ganaron el afecto y la fidelidad entre las tribus. Saúl era hijo de un agricultor acomodado de la tribu de Benjamín, un joven de conducta modesta y llamativa apariencia: “era más alto que todos los demás lo que va de hombros arriba”. Samuel vio por primera vez al futuro rey

cuando Saúl se le acercó para pedirle consejo sobre lo que debía hacer para encontrar unas pollinas de su padre que se habían perdido.

Movido por la voz del Señor, quien antes había dicho a Samuel que éste era el hombre que “salvará a mi pueblo de las manos de los filisteos”, Samuel retuvo al joven. “No estés con cuidado por las pollinas”, dijo, y le aseguró que ya las habían encontrado. Luego informó a Saúl sobre su sagrado llamamiento a la grandeza, colocó al atónito y reacio candidato real a la cabecera de su mesa y lo tuvo bajo la vigilancia de un criado durante la noche. Al día siguiente, Samuel ungió a Saúl derramando sobre su cabeza una redomita de óleo, rito que solemnizaba la participación divina en la elevación de Saúl a la monarquía. Poco después los israelitas, convocados por Samuel, aclamaron a su nuevo soberano, quien se ocultaba tímidamente de su vista y tuvo que ser traído para agradecer los jubilosos gritos de “¡Viva el rey!”

Sin embargo, la conciencia de su nuevo papel no impidió a Saúl reanudar sus actividades agrícolas, al menos por algún tiempo. Mas su actitud y proceder cambiaron notablemente cuando se enfrentó con su primera tarea militar. “Venía a la sazón Saúl del campo en pos de sus bueyes”, relata la Biblia, cuando advirtió que sus vecinos dejaban escapar lamentos; los israelitas habían sido atacados al norte. “Quedó arrebatado del espíritu del Señor”, sigue diciendo la narración. “E irritado sobremanera, tomó los dos bueyes, y los hizo trozos; los que envió por todos los términos de Israel por medio de unos mensajeros que dijese que así serían tratados los bueyes de todos” los que no lo siguieran al campo de batalla. Pocos desatendieron el llamado, y el ejército mandado por Saúl mató a los agresores.

En la Biblia no se explican claramente las razones por las que el Todopoderoso escogió a Saúl para convertirlo en monarca. Pero es evidente que los

filisteos, con su ejército profesional, su tecnología del hierro y su solidaridad política, constituían una creciente amenaza para los israelitas, por lo que existía la necesidad práctica inmediata de un jefe militar. Subsecuentemente, las fuerzas sociales y políticas obraron para hacer de ese jefe un rey. Estas realidades aparecen delineadas claramente entre líneas en el texto bíblico.

Vistas así, las experiencias que vivieron Saúl y sus sucesores hacen resaltar problemas que surgían de la presión ejercida por las arraigadas costumbres tribales sobre las instituciones y actitudes dinámicas de la realeza. Así, por ejemplo, la aclamación de Saúl es una manifestación de la democracia tribal en acción; esta democracia era una fuerza poderosa, y los futuros reyes israelitas tendrían que luchar con ella constantemente.

En efecto, los reyes israelitas tenían una relación muy singular con sus súbditos. Los monarcas reinaban sobre otros pueblos del Próximo Oriente mediante una especie de privilegio del derecho no legislado, que surgió en los primeros tiempos de su historia política. En esos países, la realeza era más antigua que la escritura, así que no había documentos para demostrar que había tenido un comienzo. Su fin era inconcebible, y los súbditos reales consideraban que la institución había sido prescrita por la divinidad, era sagrada y no se podía impugnar. Los aspirantes a reyes podían impugnar a quienes ocupaban el trono, pero la realeza como tal se consideraba una cosa sobre la que no cabía discutir. En cambio, para los israelitas la realeza era una institución que habían buscado deliberadamente. Según racionalizaban la situación los israelitas, lo que habían pedido al Señor que les diera, podían pedirle que se los quitara; aquello en lo que habían tenido voz para aclamar, podían también darlo por terminado.

En estas circunstancias, Saúl tenía ante sí una



Entre las armas más mortíferas de la antigüedad figuraba la honda, bolsa de cuero que colgaba de dos largas correas. Los buenos honderos —como los asirios del relieve de arriba, del siglo VII a. de J., o los soldados israelitas de la tribu de Benjamín— podían arrojar piedras desde el fondo de un valle, al interior de una ciudad fortificada.



tarea poco envidiable. La timidez, que era tan atractiva en el mancebo Saúl, resultaba una desventaja en el rey Saúl, y los cambios de talante que puso de manifiesto antes de su primera batalla habrían de transformarlo en una figura trágica que labraría su propia perdición. Sin embargo, el peso de su cargo habría podido destruir a un hombre mucho más estable que Saúl. En una época de calamidades, fue elegido caudillo secular, papel que se hacía más complicado por el ímpetu religioso de la sociedad israelita. No tenía precedentes que lo orientaran ni apoyaran. La tarea exigía un hombre fuerte de ideas propias, cierto genio para la conciliación fortalecido por una voluntad resuelta.

Al empezar su reinado, las perspectivas de Saúl parecían bastante prometedoras. Lo apoyaba la mayoría del pueblo, y por lo pronto contaba con el importantísimo respaldo de Samuel. Tenía a su mando una leva entusiasta de soldados capaces, con los cuales ganó en seguida una sorprendente victoria militar. Además, cuando se dedicaba a su misión de defensa, por lo general tenía éxito. Atajó las invasiones de los moabitas, los edomitas y los amonitas, pueblos cuyos reinos se extendían al este de los israelitas. Expulsó a los merodeadores que llegaban del desierto. Y echó de los territorios israelitas a los filisteos, teniéndolos a raya en las ciudades costeras de las que habían salido, aunque sus tropas sufrieron algunas pérdidas.

En la victoria, el comportamiento de Saúl como jefe militar podía ser moderado; no era vengativo, a no ser que lo provocaran. Aún había ciudades cananeas en el territorio de los israelitas, y las dejó en paz mientras no lo incomodaron. No era codicioso; no agregó territorios que los israelitas no hubieran ya reclamado.

En general, los israelitas se sentían complacidos de que Saúl mirara por sus intereses; pero había entre ellos uno que tenía sus reservas, y era Sa-

muel. El primer indicio de antagonismo surgió con motivo de un sacrificio ritual que debería hacer Samuel para los israelitas antes de un avance contra los filisteos. Para llegar al campo de batalla, Samuel tuvo que emprender la caminata a campo traviesa, y llegó con siete días de retraso, apenas a tiempo para descubrir que Saúl se había adelantado y ofrecido el sacrificio por su mano, y había enviado a sus hombres al combate.

Samuel se sintió agraviado; estimó que esta iniciativa de Saúl era una usurpación de sus funciones sacerdotales. Considerando las cosas objetivamente, tal vez el acto estuvo justificado. Ofrecer un sacrificio sin la ayuda de un sacerdote era una prerrogativa reconocida de los caudillos israelitas. Además, Saúl tenía una razón práctica para actuar por su cuenta. Mientras esperaba al lento Samuel, el enemigo había congregado sus carros de guerra en la planicie que se extendía abajo del campamento israelita, y los excitados hombres de Saúl ansiaban entrar en batalla. La situación planteaba un problema de espíritu combativo potencialmente grave que Saúl hubo de tomar en consideración como jefe militar y como experto en táctica. Pero cuando Samuel llegó al campamento demasiado tarde para oficiar, no se encontraba en estado de ánimo para oír tales racionalizaciones; el anciano estaba indignado. "Has obrado neciamente", dijo a Saúl con acento ominoso.

Tal vez habría podido pasarse por alto semejante desavenencia, pero se producirían nuevas disputas. Los amalecitas, la tribu que cruzó el desierto al sudoeste de los israelitas, atacaron las tierras de labor de Judea; y Samuel, hablando en nombre del Señor, ordenó a Saúl exterminar a los incursores de una vez por todas. "Ve, pues, ahora y destroza a Amalec y arrasa cuanto tiene", dispuso Samuel; "mátalo todo, hombres y mujeres, muchachos y niños de pecho, bueyes y ovejas, camellos y asnos". Por eso, Saúl "destrozó a los amalecitas", persi-

guiéndolos sin parar hasta la frontera de Egipto. Pero, siguiendo su propensión a la clemencia, buscó la manera de no cumplir del todo las instrucciones de Samuel. Tomó cautivo al rey amalecita y permitió que los soldados israelitas se apoderaran del botín acostumbrado, "los mejores rebaños de ovejas y de vacas, y los carneros, y las mejores ropas, y en general todo lo bueno".

No tardó Samuel en enterarse de la desobediencia de Saúl. Lo visitó en el campamento, donde era evidente la presencia de los animales capturados. "¿Qué balido es este de rebaños que resuena en mis oídos y el mugido de bueyes que oigo?", preguntó Samuel. Con voz débil, Saúl contestó que los animales no se repartirían entre sus hombres, sino que se ofrecerían en sacrificio ritual. Samuel reprendió de nuevo a Saúl, y anunció: "Ya que tú has desechado la palabra del Señor, el Señor te ha desechado a ti, y no quiere ya que seas rey."

La súbita pérdida del apoyo del influyente Samuel era muy grave para un rey cuyo cargo de reciente creación no estaba aún reconocido firmemente. Pero a las dificultades en el trato con Samuel se agregó la rivalidad con el más talentoso de sus subordinados, David, el mancebo que se hizo famoso por su espectacular derrota de Goliat, el fornido filisteo. Cuando las tropas israelitas regresaron de haber presenciado esa hazaña y las batallas de limpieza de enemigos que siguieron, la noticia del triunfo personal de David había precedido al ejército. Entre el resonar de los panderos, cantando y bailando, "salieron las mujeres de todas las ciudades de Israel a mirar", dice la Biblia. Mas el alborozo fue música pesarosa a los oídos de Saúl, pues las mujeres cantaban: "Saúl ha muerto a mil; y David ha muerto a diez mil."

Saúl se había mostrado ya susceptible de emociones violentas, y ahora ese rasgo de su carácter le habría de hacer un flaco servicio. Los sentimientos

que se apoderaron de él al ver que crecía la fama de David fueron de celos, de despecho, de desconfianza. Se volvió contra David e intentó matarlo arrojando la lanza en su dirección mientras el joven tañía el arpa para distraer al rey. Saúl erró el tiro, David huyó y el rey envió a sus guardias en pos de su rival para darle muerte, mas no lograron alcanzarlo. El único efecto de esta persecución, con la que se obsesionó Saúl, fue el de despertar el sentimiento popular en favor del garboso joven, quien no mostró miedo ni rencor y parecía incapaz de equivocarse, salvo a los ojos de Saúl. David llegó a sus montañas nativas de Judá, a prudente distancia del rey, que cada día estaba más perturbado. Mientras tanto, Samuel, diciendo que obedecía las órdenes del Señor, ungió secretamente a David como el futuro rey de los israelitas, acto que habría exacerbado aún más los sentimientos de Saúl si se hubiera enterado de él. Como había previsto Samuel, Saúl perdió el carisma tan esencial para su autoridad de caudillo. Y mientras la fortuna del rey vacilaba, los filisteos vieron la ocasión de lanzar un ataque en masa contra los israelitas. Escogieron el valle de Jezrael, faja de territorio defendida débilmente. Saúl llevó precipitadamente sus tropas al escenario del ataque, mas era demasiado tarde; los filisteos se arrojaron sobre los israelitas y dejaron miles de muertos en el campo, entre ellos tres hijos de Saúl. El rey mismo recibió una herida de flecha en el vientre. No pudiendo huir, y despreciando la ignominia del cautiverio o la muerte infligida por una espada filistea, se suicidó.

Los filisteos tomaron cruel venganza. Cortáronle la cabeza a Saúl y clavaron su cuerpo, con los de sus hijos, en las murallas de la ciudad de Betsán. Fue un final irónico para un hombre al que Samuel había presentado triunfalmente al pueblo con estas palabras: "Ya veis a quién ha elegido el Señor, y que no hay en todo el pueblo uno semejante a él."

Adornado con dos bandas de oro labrado, este cuerno de marfil del siglo XIV a. de J. fue desenterrado en el palacio en ruinas de Mageddo. En el siglo XI a. de J., el juez Samuel usó un recipiente parecido para verter el óleo ritual con que ungió la cabeza de David, designándolo así rey de los israelitas.



Pero la historia de la administración de Saúl, según la recogieron escribas israelitas quizá no más de una o dos generaciones después de su reinado, no es una tragedia. Saúl dio a los israelitas lo que necesitaban en esa época: una figura de transición que merecía la adhesión de las 12 tribus de Israel. También constituye una espléndida crónica literaria, ya que Saúl es un héroe lleno de vida. En la literatura ya habían aparecido protagonistas humanos —distintos de los dioses como personajes principales—; uno de ellos fue el babilonio Gilgamés. Pero Gilgamés acompañaba a los dioses casi en un mismo pie de igualdad, arranque de la fantasía que lo separa de la vida real. Asimismo, Gilgamés y otras figuras literarias hasta esa época eran irreplicablemente buenos o irremediabilmente malos. La Biblia presenta a un Saúl de una especie muy diferente, lleno de debilidades y firmezas.

Seguramente Saúl sufrió tribulaciones que no se debieron a sus propios actos: el respetado juez Samuel aparece como un aliado poco constante; David resulta ser temerario y, sin duda, un oportunista; y a los israelitas, como súbditos, se les muestra veleidosos y obstinados a la vez. Pero esos hechos implícitos sirven de contrapesos al carácter de Saúl, quien, al enfrentarse con sus problemas, se transforma ante los ojos del lector, y de ser un héroe vencedor se convierte en un héroe atormentado, y el joven prometedor, aunque un tanto tímido, acaba siendo un hombre agotado. Como tal, el retrato del primer rey de los israelitas fue algo nuevo en los anales de la literatura, con el que los israelitas hicieron una notable aportación al descubrimiento que de sí mismo hace el hombre.

David huyó de los celos de Saúl y se fue al sur, a las montañas de Judá, donde moraba su pueblo, la tribu de Judá. Pero no era un hombre que pudiera quedarse quieto. Hizo repetidas expediciones por la

campiña, reunió una partida de seguidores en torno suyo, reprimió las incursiones de los nómadas, incluso celebró alianzas temporales con filisteos escogidos cuidadosamente. Con todas estas cosas, se hizo de renombre como protector local del pueblo y estableció la base de poder que más tarde le permitiría ascender al trono.

A la muerte de Saúl, el pueblo de David lo aclamó "rey de Judá"; significativamente, limitaron su jurisdicción a su propia tribu. No obstante, todas las demás tribus israelitas del norte tenían razones para sentir el deseo de darle su adhesión. En primer lugar, no se había ganado ninguna enemistad entre ellos. Si David guardaba algún rencor a Saúl, discretamente lo había guardado para sí. Más aún, públicamente deploró la muerte del rey. Por eso, los partidarios de Saúl entre las tribus del norte no encontraban nada que pudieran reprochar a David. Antes de que pasara mucho tiempo llegó al sur una diputación de ancianos para vistar a David en Hebrón, donde se había establecido. "Hueso tuyo y carne tuya somos", le dijeron, refiriéndose a la creencia de los israelitas en su linaje común. "Y a ti te ha dicho el Señor: Tú apacentarás a mi pueblo de Israel". Y así, sigue diciendo el relato, "capituló con ellos el rey David delante del Señor; después de lo cual lo ungieron por rey de todo Israel".

David inició su reinado con toda prontitud, empleando la fuerza militar y la perspicacia política a fin de sacar el máximo provecho de su cargo tanto para sí mismo como para su pueblo, al que se esforzó por unificar más firmemente que nunca. Hizo huir de una vez por todas a los filisteos, arrojándolos al oeste; en lo sucesivo, quedarían confinados en unas pocas ciudades de la costa meridional. En el interior, pasó por todas las ciudades cananeas que quedaban y las sometió a su autoridad.

Su siguiente paso estribó en hacer de Jerusalén su capital. Fue un paso sagaz. Para los fines de Da-

vid de reforzar la unidad de su pueblo, el lugar era casi perfecto. La ciudad se hallaba en las montañas, en territorio neutral ocupado por los jebuseos, rama de un clan cananeo; por lo tanto, los israelitas no lo asociaban con religiones o pueblos anteriores. A pesar de ello, Jerusalén estaba más o menos en el centro de las 12 tribus y cerca de la frontera que dividía las tierras ocupadas por la tribu de Judá, que era la de David, de los territorios de la tribu de Benjamín, que era la de Saúl.

Después de tomar Jerusalén y ocuparla, David, sin perder tiempo, proveyó a la ciudad del elemento religioso que sabía que era necesario para la unión definitiva de su pueblo. Llevó a la ciudad el Arca de la Alianza —recuperada de los filisteos, que se habían apoderado de ella en el año 1050 a. de J., antes de la época de Saúl— y la instaló en un santuario de la montaña. Para un pueblo que tenía muchos santuarios, pero carecía de templos y de imágenes sagradas, el arca —el santuario transportable que, según creían los israelitas, alojaba al espíritu del Señor— era un objeto tangible de veneración; al llevarla a Jerusalén, David daba santidad a su capital, una vigorosa indicación de que la divina presencia no se alejaba de la puerta de la casa real. Efectivamente, el llevar el arca a Jerusalén fue un gran paso hacia una monarquía secular libre del dominio de los sacerdotes y otros caudillos religiosos. La posesión del arca ayudaba a dar a David la seguridad de que los ancianos sacerdotes obedecerían al rey en lugar de darle órdenes, preeminencia que le habría servido de mucho a Saúl en sus tratos con Samuel.

Habiendo obtenido esa nueva base, David consolidó y amplió su poder mediante una diplomacia astuta y una política agresiva de conquista en los territorios que se extendían más allá de la Tierra Prometida. Celebró una alianza con Hiram, rey de Tiro, cuyo resultado más importante fue que los

israelitas tuvieron acceso al propio Tiro, uno de los puertos mediterráneos más ricos de ese entonces. Sometió a sus vecinos inmediatos y convirtió en provincias a los reinos de Moab y Edom, donde instaló guarniciones israelitas. Exigió tributos a Amón, a cuyo rey permitió seguir en su cargo en calidad de vasallo. También puso guarniciones en el territorio sirio que se extendía unos cien kilómetros al norte de la próspera ciudad de Damasco.

Al final, mediante esta combinación de guarniciones y vasallos que pagaban tributos en los territorios que rodeaban a la Tierra Prometida, David tuvo un imperio que se extendía desde la península de Sinaí al este, casi hasta el río Éufrates. Por primera vez, en lugar de vivir precariamente en pequeñas extensiones de terreno que servían de corredor de comunicaciones a las potencias imperiales extranjeras, los israelitas tenían un Estado integrado reconocido por las otras potencias.

Al sentar estos cimientos políticos, que quedaron terminados hacia el año 975 a. de J., David acrecentó el valor de la dignidad real, dándole la condición de un galardón envidiable, y así, irónicamente, creó el grave problema de la sucesión real. Los israelitas nunca habían tenido un procedimiento formal para la elección de sus caudillos. El acuerdo tácito entre los ancianos y la aclamación popular habían servido durante la era de los jueces, mas los jueces se estaban eclipsando; los israelitas no tenían ya un Samuel al que pudieran acudir como portavoz del Señor, y David eclipsaba ahora a los sacerdotes. Como pasaba el tiempo y el rey no hacía designación del futuro rey, sus numerosos hijos luchaban por obtener la ventaja.

El candidato más probable era Absalón, hijo preferido de David, que en muchos aspectos se parecía a su padre. La historia bíblica del fracasado intento de Absalón de arrebatar la monarquía a David arroja clara luz sobre la política primitiva

que se practicaba en esos tiempos. También señala otra refinada etapa más de desarrollo en la literatura israelita; por primera vez se describieron las atormentadas emociones de un soberano en términos claramente humanos.

Absalón tenía la sed de aventuras de su padre, y era impaciente. Muy bien habría podido heredar la dignidad real a la muerte de su padre, pero se sintió tentado a procurarse el poder lo más pronto posible. Al igual que había hecho David, Absalón recorría la campiña independiente y abiertamente, ganando partidarios personales. Luego, temerariamente, marchó sobre Jerusalén, resuelto a apoderarse de la ciudad y el reino por la fuerza.

No era un rival digno de David, quien se había enterado de la conjura y estaba muy lejos de renunciar al trono. Los fogosos partidarios de Absalón fueron fácil presa para los hombres del rey, un cuerpo experimentado al mando de oficiales que en todo momento conservaban la sangre fría. Su jefe era un general llamado Joab, sanguinario intrigante que ponía su parecer sobre la manera de sofocar la insurrección, por encima del de su soberano.

Tras una pelea inicial en la que parecía que Absalón llevaba la ventaja, David congregó su ejército, dio a los jefes la orden de sofocar la rebelión y se quedó en el campamento. Mientras salían las tropas, David dijo sus últimas palabras de advertencia a sus oficiales: "Tratad benignamente por mí al mozo Absalón", orden que quienes la oyeron interpretaron de una sola manera: traedme vivo al rebelde para imponerle el castigo que merece.

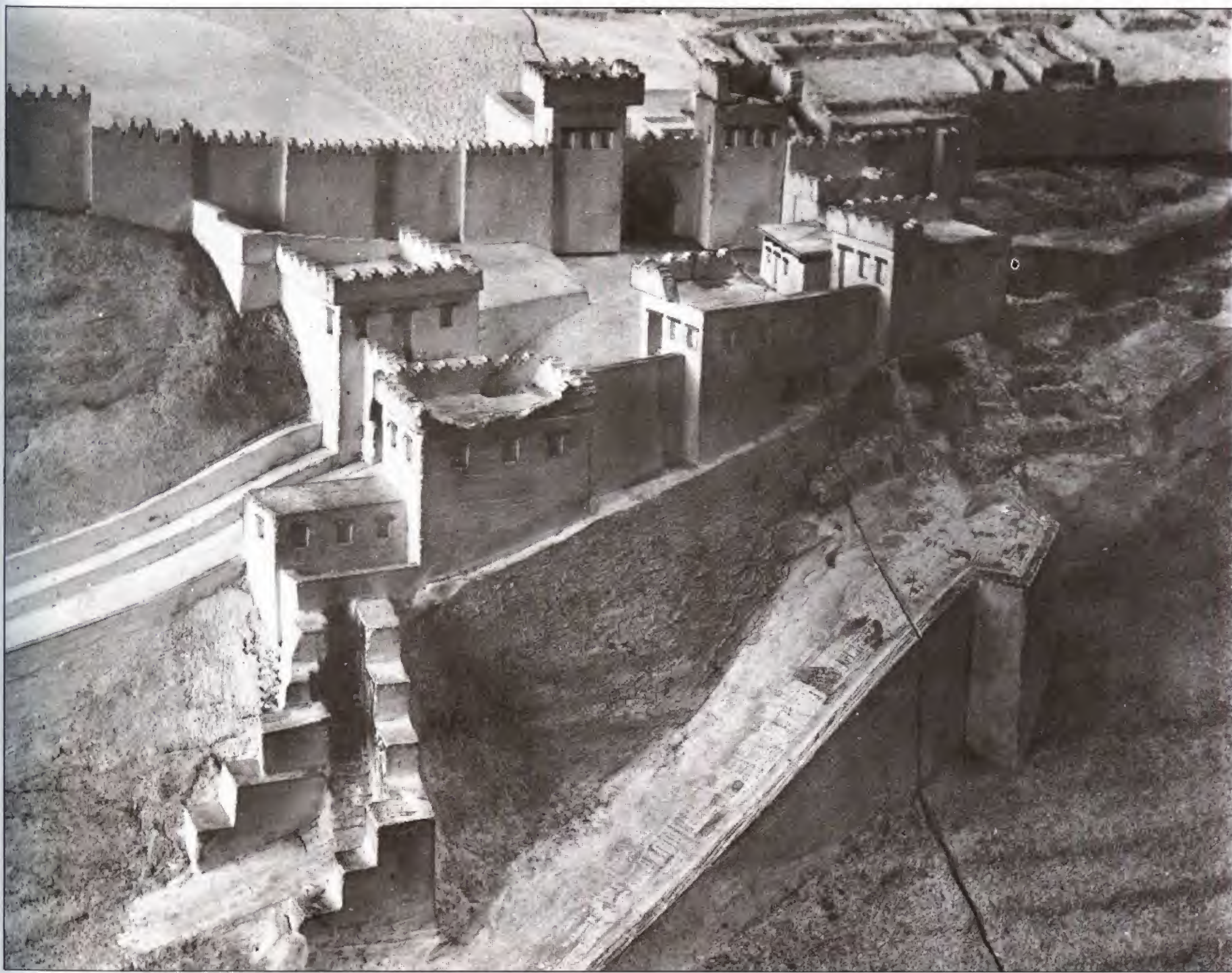
Los hombres del rey y la partida de Absalón quedaron frente a frente en el bosque de Efraín, región arbolada en las afueras de Jerusalén, donde las fuerzas del pretendiente fueron derrotadas. Extrañamente, los israelitas, quizá los únicos entre las naciones de su época, aún no habían adoptado el caballo y el carro de combate como armas de guerra;

El texto continúa en la página 112

El Fuerte de Salomón en Mageddo

Ocupando una situación estratégica a la entrada de un paso montañoso y guardando el acceso al norte desde la planicie central y Jerusalén, la ciudad de Mageddo tuvo durante mucho tiempo una gran importancia como fortaleza y centro comercial. Las excavaciones recientes confirman que la cima de la montaña donde se levantaba Mageddo dio abrigo a una serie de poblados durante casi 5.000 años, hasta que la ciudad cayó por fin en manos de los asirios en el año 733 a. de J. El estrato arqueológico más grande y mejor conservado, que estuvo ocupado hacia el año 1000 a. de J., permite ver las técnicas de ingeniería y construcción durante los reinados de Salomón y Acab. Los restos arquitectónicos han permitido a los investigadores modernos de Jerusalén construir un modelo a escala de la ciudad tal y como era durante la monarquía israelita (abajo y en las dos páginas siguientes).

Los visitantes entraban en Mageddo, como se muestra aquí, en un detalle de un modelo de la ciudad fortificada, por una pendiente que conducía al primero de un conjunto de portales construidos durante el reinado del rey Salomón. Las dimensiones del portal del centro, arriba —4 m. de ancho por 7,5 de profundidad—, son exactamente iguales a las de los portales de otras partes mandados hacer por Salomón, entre ellos uno para el gran templo de Jerusalén, que describió el profeta Ezequiel.





Para dar acceso secreto a un manantial que se hallaba afuera de las murallas, los ingenieros de Mageddo hicieron este túnel subterráneo de 50 m. de largo.



Estas ruinas, que desde hace mucho los peritos consideran que son de las casillas y pesebres de los establos de Salomón, tal vez son de los depósitos de Mageddo, del siglo IX a. de J.



La parte de Mageddo que se levantaba dentro de las murallas ocupaba una superficie de cinco hectáreas. El modelo, de dos metros de lado, muestra la ubicación de las principales construcciones: el palacio arriba, al centro; los depósitos abajo, a la izquierda; los edificios públicos en el centro, y el portal abajo, a la derecha. Las viviendas particulares han de haber estado en las laderas exteriores, y en tiempos de peligro los ciudadanos se refugiaban en la fortificación.

los oficiales montaban en mulos. Y cuando Absalón, montado así, cruzaba el bosque durante la batalla con los soldados de su padre, se le enredó el pelo en una rama baja de una encina. El mulo, sin jinete, siguió su camino, y Absalón quedó colgando en el aire, tratando en vano de soltarse. Joab lo vio desde lejos y, desobedeciendo caprichosamente la orden que había dado el rey, tomó tres dardos o rejonas y los arrojó, cual si fueran flechas, al pecho del desvalido Absalón, el cual cayó, sin conocimiento, del árbol. Envió entonces Joab a sus escuderos para acabar de matarlo. Con la muerte de Absalón, la rebelión llegó a su fin.

Los mensajeros enviados a David precedieron al ejército que retornaba, y lo primero que hizo el rey fue preguntar por su hijo. Informado de lo que había sucedido, David, lleno de tristeza, subióse a la azotea de sus habitaciones, inclinó la cabeza y rompió a llorar. “¡Absalón, hijo mío, hijo mío!”

En esta descripción bíblica de la congoja de un padre, la imagen del rey David adquirió dimensiones grandiosas, a diferencia de la actitud rígida, orgullosa e invulnerable en que se obstinaban los monarcas de otros países. Aquí aparecía un soberano poderoso, abatido por la pérdida de un hijo inquieto e inexperto, tribulación con la que el más humilde súbdito de David podía identificarse.

Pero las presiones de la política impidieron que el rey se entregara mucho tiempo a sus sentimientos personales. Sus soldados regresaron de la batalla consternados. Habían visto cómo Joab se burló de una orden real, y “entraron en la ciudad escondidamente, como suele entrar a escondidas el ejército que viene huyendo de la batalla”. Todos, menos Joab. Despiadado y arrogante, el general entróse en la casa donde estaba el rey y lo recriminó por no haber salido a recibir a “todos tus siervos, que han salvado tu vida”, y ordenó al afligido rey: “Ahora, pues, ven y sal fuera, habla a tus soldados



Este altar del siglo X a. de J., de piedra caliza y 55 cm. de altura, de la ciudad israelita de Mageddo, es igual al descrito en el Libro de los Reyes. Según la escritura, el general rebelde Joab, amenazado de muerte por apoyar a un rival del rey Salomón, buscó la divina protección entrando en el templo y aferrándose a las protuberancias o cuernos que se ven en las esquinas. Los vestigios de cuernos parecen haberse derivado de las figuras de toro adoradas por los antiguos cananeos. Tal vez se quemaba incienso en la parte superior del altar.

y manifiéstales que estás satisfecho de ellos; porque si tú no sales", agregó, "ni un hombre solo ha de quedar contigo esta noche".

Así pues, David, sobreponiéndose a su honda aflicción, fue a la puerta de la ciudad y, silencioso, pero sin lanzar un solo reproche, tranquilizó a sus desconcertados hombres con su presencia. Después de eso, esperó la hora propicia antes de tomar venganza por etapas. En primer lugar, dejó de dar públicamente su apoyo a las opiniones del general. Y luego encomendó a Joab tareas degradantes e impopulares lejos de la corte, entre ellas la de formar un censo. Al final, advirtió a su sucesor que no era posible confiar en Joab.

"Tú sabes ya", dijo David a Salomón, "cómo se ha portado conmigo Joab, hijo de Sarvia, y lo que hizo... Tú, pues, obrarás conforme a tu sabiduría, y no aguardarás a que su vejez lo conduzca tranquilamente a la sepultura".

Con esa advertencia, David sembró la semilla que andando el tiempo indujo a Salomón a ordenar la ejecución del general. Mientras tanto, el reino seguía siendo de David; nadie podía dudar, y nadie podía impugnar, su derecho a disponer de él como le pareciera. La cuestión de la sucesión quedó zanjada por fin hacia fines del reinado de 40 años de David, cuando —un poco a instancias de Betsabé, su esposa favorita— designó heredero a Salomón, el hijo que había tenido con ella, y ordenó que se le ungiera en público para dar fe de la elección.

El reinado de Salomón llevó la monarquía israelita a su pleno florecimiento. Heredó un dominio tan seguro que, fuera de sofocar algún desorden sin importancia aquí o allá, su ejército tenía poco que hacer, aparte de vigilar por medio de las extensas guarniciones del reino. Aprovechando la situación, Salomón dedicó sus energías al desarrollo interno.

En Jerusalén, Salomón construyó el monumento

más grande de su reinado: el templo en que se debería dar albergue al Arca de la Alianza, la cual había estado guardada, hasta ese tiempo, en una tienda. La Biblia dedica más de ocho páginas a los detalles de la construcción del templo, sus accesorios y solemnísimas dedicación. Era una maravilla de vigas de cedro, columnas de bronce fundido, puertas con paneles de marfil, vasos de oro y adornos de piedra labrada, los cuales iban desde pesadas estatuas que dominaban la entrada hasta delicadas flores esculpidas que embellecían las paredes interiores. Salomón edificó también un palacio para él, y otros menores en las cercanías para las más agraciadas de las 700 esposas que se le atribuyen, cuyos orígenes extranjeros y linajes reales ampliaron el campo de Salomón para las maniobras diplomáticas, sobre todo para formar alianzas. La más célebre de sus esposas era hija del faraón egipcio.

Para entonces, los israelitas habían dejado muy atrás la humillación de Egipto. Su fama era casi universal. Cuando la reina de Sabá vino de su reino en la Arabia sudoccidental para visitar con gran pompa a Salomón, le dijo: "Verdadera es la fama de lo que oí en mi tierra sobre tus cosas y sobre tu sabiduría; y no he dado crédito a los que la contaban, hasta tanto que yo misma he venido y lo he visto con mis ojos, y he experimentado que no me habían dicho la mitad de lo que es en realidad."

Fuera de Jerusalén, extendidas a través del reino, Salomón fundó nuevas ciudades y restauró las antiguas. La puerta que los arqueólogos han desenterrado en Maggedo data de su reinado, lo mismo que los depósitos de Esionguéber, puerto sometido al gobierno de Salomón en el golfo de Aqaba, donde cambiaban de mano artículos de todas clases. De Esionguéber, algunos cargamentos iban al oeste, a Egipto, y al este, a Arabia, en barcos que proporcionaba Hiram de Tiro. Otros envíos iban por tierra, en caravanas, al este. Salomón sacó también

provecho de la alianza de su padre con Hiram para importar artesanos de Tiro, que enseñaron a sus obreros las artes de labrar la piedra y construir barcos; de extraer minerales y beneficiarlos, de fundir y forjar el cobre, el bronce, la plata y el oro.

Salomón encontró modos innovadores de aumentar la riqueza de la nación. No sólo adoptó el caballo y el carro de guerra, que su padre había desdenado, sino que también los aprovechó para el lucro comercial. Los mejores carros de guerra se construían en Egipto; los mejores caballos se criaban en Cilicia, parte de Anatolia. El reino de Salomón se extendía directamente entre esos países, y no le pasó inadvertido que los imperios que lo rodeaban por todos lados tenían por necesidad que importar sus monturas de Cilicia y sus carros de guerra de Egipto, tal y como él lo hacía. Salomón vio en esta situación una ocasión para que su pueblo —y él mismo— sirvieran de intermediarios y negociantes para unir los caballos con los carros de guerra y los compradores con los vendedores, sobre la base de ganar una comisión. La empresa contribuyó considerablemente a llenar las arcas de la nación.

De todas las empresas del reinado de Salomón, el logro que las coronó fue el comienzo de esa monumental creación de la literatura humana sobre la que se basa este volumen: la Biblia. Los escribas de la corte de David habían puesto ya por escrito algunas relaciones reales, algunos relatos y algunos poemas; pero los historiadores creen que fue en la época de Salomón cuando los israelitas crearon en los libros de Samuel los retratos humanos vívidos, elocuentes, que son verdaderos exámenes de conciencia, de los predecesores reales de Salomón y de quienes intervinieron en sus vidas. Igualmente trascendental fue el comienzo de los esfuerzos por compilar los relatos que, después de muchas generaciones y revisiones, se convirtieron en los libros del Génesis, los Números y el Éxodo. Antes de Sa-



Jehú, rey de Israel, hace una reverencia ante el monarca asirio Salmanasar III en este detalle, de 25 cm. de largo, de un obelisco de basalto; los cortesanos asirios rodean a los dos soberanos. Salmanasar mandó hacer el relieve hacia el año 830 a. de J., después de que Jehú, pacíficamente, se sometió a las amenazas asirias. Los historiadores estiman mucho la escena porque ofrece el retrato más antiguo de un israelita, identificado como tal. Los nombres de los dos reyes aparecen grabados en la inscripción del monumento.

lomón, los antiguos relatos habían sido tan diversos y distintos como una serie desordenada de fotografías; por primera vez se reunieron de un modo sistemático y completo las concepciones del hombre y sus especulaciones sobre sus orígenes.

Cuando murió Salomón en el año 922 a. de J., dejó un reino muy diferente del que se había iniciado con Saúl apenas cien años antes. La población, según los cálculos de un arqueólogo, se había duplicado en ese breve tiempo, y había pasado de 400.000 a 800.000 habitantes. La corte era mucho más opulenta de lo que hubiera podido imaginar Saúl.

Pero lo que había ganado el reino se había obtenido a costa de un inmenso cambio en la estructura social. No toda la riqueza nacional podía provenir de las aventuras comerciales en el extranjero ni de los tributos que pagaban los vasallos. Gran parte del ingreso del Estado tenía que provenir de la tributación de los propios súbditos de Salomón. Este método de obtener entradas era excepcionalmente intolerable para los orgullosos israelitas, que abrigan un largo recuerdo de los días patriarcales en que cada familia era, virtualmente, una ley para sí misma; cuando el rendimiento de la tierra de un hombre le pertenecía, y gobernaba a su familia con absoluta libertad. En los días de Salomón aún vivían israelitas que tenían recuerdos personales de la era de los patriarcas, recuerdos llenos de inquietantes contrastes entre el pasado y el presente.

En la época de Salomón, la vida sufrió la influencia de cambios que afectaban a todos los israelitas. El rey dividió el país en 12 distritos, cada uno de ellos con un gobernador que no respondía ante los ancianos de las tribus que el pueblo conocía personalmente, sino ante Salomón y su corte, una multitud de generales y burócratas extraños que, necesariamente, estaban alejados del pueblo. Un mes al año, cada distrito tenía la obligación de proporcionar los alimentos, el aceite y el vino que daban sos-

tén a la corte. La exigencia era onerosa: según lo que dice la Biblia, en un solo día la corte consumía unos 5.500 litros de flor de harina y 11.000 de harina común, 10 bueyes cebados y 20 de pasto, 100 carneros y un número no especificado de ciervos, corzos, búfalos y aves cebadas.

Además de aportar estas provisiones, al pueblo se le imponían contribuciones de trabajo. Se reclutaban cuadrillas de trabajadores que transportaban los grandes cedros que crecían en el Líbano, para dar apoyo a los muros del templo y del palacio. Salomón hizo una leva de 30.000 hombres de todo el país y los envió al Líbano por su turno, 10.000 cada mes, de manera que cada uno de ellos pasaba un mes de cada tres lejos de su hogar. Era un triste estado de cosas para un pueblo cuyo ideal poético era que cada hombre viviera "bajo su viña y su higuera." Y en esa cifra no se incluían otros 150.000 que tenían que trabajar como canteros, acarreadores de piedras y mineros. Todo esto constituía un paralelo irónico y angustioso de una experiencia que los israelitas consideraban la más dolorosa de su historia: algunos de los capataces israelitas de las cuadrillas de trabajo azotaban a los seres humanos que tenían a su cargo con tan pocos miramientos como lo habían hecho los odiados capataces de Egipto en los tiempos de Moisés.

Así pues, a su muerte, junto con sus grandes logros dejó Salomón un pueblo que ardía de resentimiento contra el trabajo forzado y la tributación confiscatoria. Por consiguiente, se hizo más grande la distancia que separaba a los soberanos de los gobernados. A estos nuevos problemas se agregaron el resurgimiento de la desunión y el separatismo basados en la vieja separación geográfica. Los cismas se ahondaron aún más con las nuevas realidades. Bajo la federalización instituida por Salomón, el norte había adoptado un papel especializado: panera del reino, daba los alimentos para el sur, el

cual debía su poder, en gran parte, al comercio.

Roboam, hijo de Salomón, lo sucedió en el trono. Era un mozo imprudente, incapaz de habérselas con el creciente descontento. Los antiguos consejeros de su padre dijeron al joven rey: "Si tú, en el día, condesciendes con este pueblo, y te acomodas a él, y otorgas su petición, y le hablas con dulzura, serán para siempre vasallos tuyos." Pero Roboam no quiso escucharlos, y en vez de ello dijo a sus súbditos del norte: "Mi padre os impuso un yugo pesado; pues yo añadiré aún más peso a vuestro yugo."

Los ancianos del norte se sintieron afrentados. "¿Qué tenemos nosotros que ver con la familia de David?", exclamaron, recordando que su inexperto soberano era nieto de un hombre al que al principio únicamente se le había proclamado rey de las montañas meridionales de Judá. "Gobierna ahora tu casa, oh hijo de David", dijeron.

Con estas palabras, los israelitas se dividieron en dos reinos, división que el régimen de Roboam, por su debilidad, no pudo impedir. Los del norte eli-

gieron su propio rey y designaron a Jeroboam, antiguo oficial del estado mayor de Salomón, que era miembro de la tribu de Efraín, del norte, y dieron a su nuevo Estado el nombre de reino de Israel. Los israelitas del sur formaron el reino de Judá, tomando su nombre del de la tribu de Judá, del que proviene la palabra "judío".

Los reinos israelitas no volverían a unirse nunca políticamente. Pero conforme sus pueblos se enfrentaban con nuevos problemas sociales, su vida religiosa adquiría una nueva significación. Ahora no serían los reyes quienes plantearan las preguntas y encontraran las respuestas, sino otro grupo de hombres: los profetas. Desempeñando un papel único en su género entre los israelitas, las actividades de los profetas sobrepasaron los límites políticos. Unos 200 años después de la muerte de Salomón, los profetas habrían de empezar a cristalizar la herencia común y las creencias de los israelitas en un cuerpo refinado, organizado, de conceptos que forman el fundamento del monoteísmo moderno.

Un Modo de Vivir Común a los Amigos y Enemigos

Después de que pasaron a Canaán hacia el año 1200 a. de J., los israelitas adoptaron costumbres muy parecidas a las de otros pueblos sedentarios del Próximo Oriente. Las tecnologías antiguas diferían poco de un lugar a otro: los agricultores atendían las cosechas; los artesanos hilaban, forjaban el metal, modelaban vasijas, tallaban los instrumentos cuya música alegraba sus días y daba expresión a su fe. Con el tiempo, la estructura tribal de los israelitas fue sustituida por la del clan, o *mishpahah*. Estas familias se estratificaron entre ricos y pobres, aunque no había distinciones de clase y, en una región geográfica dada, todos los israelitas gozaban de los mismos derechos en la comunidad.

No hay un documento gráfico fidedigno de los esfuerzos de los israelitas durante ese tiempo para dominar los principios de la agricultura. Empero, es posible ver reflejos de su vida diaria examinando los artefactos de sus vecinos y de sus enemigos, todos los cuales ilustraron pródigamente sus vidas, parecidas a las de los israelitas.

Usando un método que se inició en el tercer milenio a. de J., los alfareros israelitas de Canaán hacían sus vasijas en ruedas sencillas, como la que hace girar esta figura de piedra caliza de un artesano egipcio, de 12 cm. de alto.



Un Vislumbre de Actividades Pacíficas



Una mujer del siglo VIII a. de J. hiñe la masa hecha con harina de trigo o de cebada, que se molía diariamente, en una artesa de tres patas. La figura de cerámica, de 8 cm., fue hallada en una tumba fenicia de Achzib, cerca de Tiro.



Los pueblos de la Tierra de Canaán han de haberse bañado de esta manera, en grandes bañeras ovaladas llenas de agua traída de pozos lejanos. Los eruditos piensan que tal vez el reborde de la bañera facilitaba el aseo de los pies. La escultura de 10 cm., hallada en Achzib, fue hecha hacia el 900 a. de J.



Al igual que la mujer fuerte que, según el Libro de los Proverbios, "busca lana y lino, de que hace labores con la industria de sus manos", una elamita linajuda devana hilo de lana en un huso, mientras una criada la abanica. El relieve del siglo VIII o VII a. de J., de menos de 10 cm. y tallado en piedra bituminosa, fue descubierto en Susa, en Irán.

Ruedas y Monturas Para un Pueblo



El diseño de este carro ligero de guerra, con ruedas de rayos, tenía ya 500 años de antigüedad cuando los israelitas entraron en Canaán. Se dice que hacia el año 950 a. de J., el rey Salomón importó 1.400 de ellos, y los caballos necesarios, para usarlos en el combate. El relieve de arriba, de 53 cm. de altura, fue mandado hacer en el siglo IX a. de J. por los neohititas, que no sólo usaban los carros en la guerra, sino también, como aquí, para cazar leones con arcos y flechas.

Los cananeos del siglo XIII a. de J. usaron este carro de cerámica, hallado en una tumba familiar de Ugarit, como ofrenda votiva. Después de reconstruir el modelo con los fragmentos hallados, los arqueólogos acomodaron los tres objetos descubiertos cerca de ellos: dos "pasajeros" de unos 15 centímetros de altura y la cabeza de un caballo, que montaron sobre una nueva pértiga.



Un guerrero sirio, montado y equipado de modo muy parecido a los incursores del desierto con los que luchó el rey David, domina este relieve de piedra caliza del siglo IX a. de J., hallado en el palacio de Kapara, en Tell Halaf. Además de usarlo como montura para la guerra, el camello era la bestia de carga más resistente del Próximo Oriente, capaz de acarrear 225 kilos o más por distancias de 115 km. diarios. Según la Biblia, la silla, parecida a una caja, servía también para esconder contrabando.

Maestros de las Artes de la Guerra



Los aurigas del rey Salomón lucharon con jinetes arameos como este, que aparece en un relieve del palacio de Kapara. La escultura revela que estos agresores nómadas usaban cascos, montaban sin silla ni estribos y enlazaban el escudo en un hombro para que les quedaran libres las dos manos.

Estas dos figuras —un arquero y un lancero— son cautivos de Judá que fueron reclutados para servir como guardias personales del rey asirio después de la toma de Laquís en el año 701 a. de J. Lo anterior resulta evidente para los investigadores porque, aunque pertenecen al ejército de su antiguo enemigo, aún llevan el tocado israelita típico. El detalle es de un relieve de piedra, descubierto en Nínive, que representa un desfile militar para celebrar la victoria del rey Senaquerib.





Los conquistadores asirios hostigaron a los israelitas durante los siglos IX y VIII a. de J. Este detalle, de un relieve del palacio de Asurnasirpal II en Nimrod, solemniza la invencibilidad del rey. Sus tropas se dirigen hacia el lado opuesto del río, indicado por remolinos, para lanzar un ataque. Dos remeros, que conducen un bote lleno de pertrechos, son seguidos por un palafrenero que nada junto a un caballo y un guerrero que flota sobre una piel inflada de cabra.

El Papel Vital de los Músicos



Los cananeos honraban a sus dioses con plegarias a las que ponían música. Estas figuras de músicos, de 15 cm., fueron hechas en la ciudad de Achzib. Una bate un pandero; la otra toca la doble flauta tradicional, que produce un sonido muy parecido al del oboe.



Cuando los súbditos del rey David llevaron el Arca de la Alianza a Jerusalén en el año 1000 a. de J., manifestaron su alegría con música de arpa, la cual tal vez se parecía a esta versión de 7 cuerdas que aparece en una placa de terracota hecha en Babilonia.

Un detalle de un friso de alabastro hallado en un palacio asirio ofrece pormenores de otros instrumentos antiguos. Estos músicos del siglo VII a. de J. arrancan sonidos de un tambor, unas liras —una, de 8 cuerdas; la otra, de 5— y un par de pequeños címbalos.



Capítulo Sexto: Al Largo Exilio



Durante el reinado del rey Salomón, los israelitas habían disfrutado por primera vez de seguridad, paz, prosperidad y crecimiento cultural. Ahora, después de su muerte, ocurrida en el año 922 a. de J., se inició una serie de crisis cada vez más graves con una división interna por la sucesión, y culminaron cuando los gigantes imperiales extranjeros arrancaron al pueblo de su suelo. En ese proceso, que duró tres siglos, su fe se vio sometida a pruebas muy severas. Pero alcanzaron una nueva concepción de su propia naturaleza moral —la relación de las vidas individuales con los problemas del bien y el mal— y del papel que representaba el Todopoderoso en relación con toda la vida humana.

Era axiomático que la tierra les pertenecía por virtud de una promesa sagrada. Pero el período de crisis hizo que se pusiera ese axioma en grave duda; cuando las estructuras políticas de los israelitas comenzaron a dar señales de relajación, y cuando el poder brutal de los imperios vecinos los abrumó, el pueblo empezó a percibir contradicciones en la fidelidad que les guardaba su dios. Al permitir la victoria de los enemigos de su pueblo, el Señor parecía incomprensiblemente indigno de confianza; en el mejor de los casos, parecía sordo a sus súplicas; en el peor, impotente para proteger a los israelitas contra los ejércitos que asolaban el país y los atormentaban. ¿Cómo, se preguntaban, podían seguir creyendo en una deidad que, al parecer, era capaz de invalidar su parte de un pacto solemne?

Una procesión de exiliados de Judea —dos mujeres, dos chicas y un hombre que conduce una carreta de bueyes con dos niños pequeños— abandona con tristeza su ciudad natal de Laquís después de que fue tomada por los agresores asirios en el año 701 a. de J. La escena es un vaciado de un bajo relieve labrado originalmente en yeso. Fue mandado hacer por el tirano Senaquerib para conmemorar su triunfo.

Los israelitas encontraron la respuesta en una reinterpretación de los principios religiosos, que lograron en parte usando el capital espiritual de una antigua herencia, y en parte buscando nuevos recursos en los conceptos morales de su fe que no habían pensado hasta sus últimas consecuencias.

Todo esto fue obra de un grupo de profetas: Amós, Oseas, Isaías, Jeremías, y tal vez otra decena. El movimiento profético duró mucho tiempo, desde el año 900 a. de J., más o menos, hasta bien entrado el siglo vi a. de J. Pero quienes predicaron entre el año 750 a. de J., cuando el Imperio asirio se estaba encumbrando, y el 600 a. de J., cuando su sucesor, el Imperio babilónico, se hallaba en su apogeo, fueron los caudillos religiosos más importantes que aparecieron entre los israelitas desde la época de Moisés, en el siglo xiii a. de J.

Aludiendo con tristeza cada vez más honda a los desastres que sobrevenían a los israelitas, los profetas, con sus críticas, introdujeron el concepto revolucionario de que su dios gobernaba el destino de todos los pueblos del mundo, no nada más del suyo. Las terribles reconvenções que hacían estos hombres reafirmaron también, paradójicamente, los ideales más elevados de los israelitas: la insistencia en la justicia, la misericordia y el amor. Los profetas se basaron en estos principios positivos fundamentales y, con ello, intensificaron la apreciación de la benevolencia intencional de la deidad en relación con quienes la adoraban. Al hacerlo así, llevaron el monoteísmo —que había estado tomando gradualmente forma en el curso de los siglos— a su culminación y prepararon el concepto para la transición a su fase final en el judaísmo, y más tarde en el cristianismo y el islamismo.

Las disputas políticas que poco después de la muerte de Salomón dividieron al pueblo en dos reinos —Judá en el sur, Israel en el norte— dieron dos estirpes de soberanos. Los monarcas de Judá

comprobaban su descendencia directa de la dinastía de David, y podían reclamar la ventaja de la continuidad. El trono de Israel, sin esa base, era inestable. Los reinos persistieron uno al lado del otro unos 200 años, hasta que los asirios conquistaron la capital de Israel, Samaria, y deportaron a los israelitas del norte, diseminando a la población en los confines de su Imperio. Judá sobrevivió hasta el año 587 a. de J., cuando gran parte de la población fue enviada al desierto en Babilonia.

En ambos reinos —a pesar de la división en dos Estados políticos y a pesar de las disputas intermitentes—, el pueblo había permanecido vigorosamente vinculado por su pasado común. Cada reino producía profetas cuyos mensajes, según se conservan en la Biblia, reflejan vívidamente las presiones políticas sobre los reinos y las circunstancias de la vida diaria en todas las clases sociales. Estas condiciones han sido corroboradas en grado asombroso por las excavaciones arqueológicas y por los documentos escritos de los pueblos con los que entraron en pugna los israelitas. Sin embargo, pese a la fascinación de estos detalles políticos y domésticos, la verdadera significación de los mensajes de los profetas era espiritual; sus palabras rebasaban los intereses nacionales y sobrevivieron a los males políticos y sociales contemporáneos de que pretendían ocuparse.

La palabra "profeta" según se usa para designar a ciertos israelitas de los siglos VIII y VII a. de J., no se refiere principalmente a la aptitud para predecir los sucesos. Sin duda, las sombrías predicciones de los profetas parecían confirmarse con espeluznante exactitud. Mas lo que les importaba, sobre todo, era el comportamiento corriente del pueblo y sus consecuencias morales. La influencia —y significación fundamental— de los profetas provenía del talento para analizar los sucesos contemporáneos e interpretarlos para demostrar que la maldad

y la corrupción se traducirían inevitablemente en la ruina política.

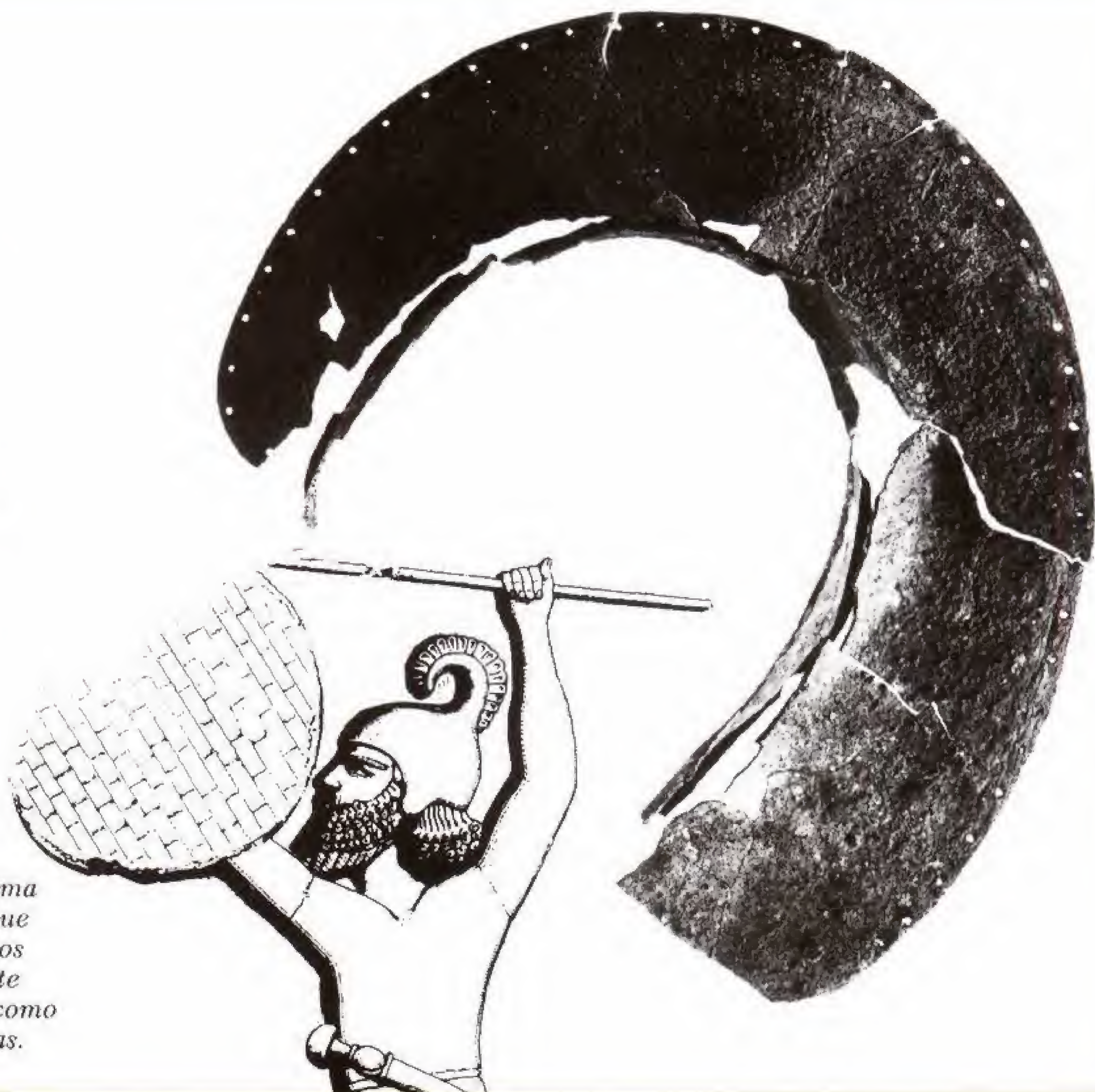
Esta formulación de un imperativo moral fue un nuevo logro enaltecedor para el hombre. En efecto, los profetas fueron únicos en su género para los israelitas; ninguna otra sociedad del mundo antiguo había visto nada semejante. Otras culturas —entre ellas los propios israelitas— habían honrado a sus oráculos. Mas tales hombres eran adivinos y magos que pronosticaban la buena o mala fortuna usando augurios: leyendo el vuelo de las aves, o interpretando la forma del hígado de un animal disecado, o el curso de las estrellas. Los profetas israelitas de los siglos VIII y VII a. de J. no recurrían a tales artificios. Se atenían a la voz interior de la conciencia, que ya era audible en la fe de sus padres. Como voceros en que se erigían de la palabra del Señor, se reflejaba en ellos la vieja tradición de los jueces, quienes hablaban según dictaba la conciencia y lograban influir en sus contemporáneos tan sólo por su fuerza carismática personal. Pero las observaciones de los profetas se hallaban en un nivel más refinado; era más difícil entender objetivamente sus conceptos y escucharlos subjetivamente para que despertaran sentimientos de culpabilidad después de un penoso examen de conciencia. Por eso, a diferencia de los jueces, los profetas no eran escuchados de manera consistente.

Tal suele ser el destino de los visionarios que se expresan en términos muy generales. Empero, al decir la verdad según la veían, los profetas podían ser muy persuasivos cuando, como solía suceder, se referían a acusaciones concretas de maldad. Por supuesto, esto solía significar a menudo el desafío a las autoridades civiles y religiosas de sus días: el rey y sus consejeros de la corte, y los sacerdotes de los templos. Los profetas denostaban a estas potestades por su hedonismo, codicia, falsedades e idolatría, y por cometer los pecados de la carne pro-



Modas en el tocado de los poderosos asirios

La cabeza de marfil de arriba, de 8 cm., de una dama de Nimrod del siglo VIII a. de J., tiene un tocado que tal vez tenía piedras preciosas tomadas por los asirios de enemigos tales como los israelitas. La luna creciente de la derecha, de Laquis, remataba un casco asirio como el del dibujo; en los orificios tenía engastadas plumas.



hibidos por los Diez Mandamientos. No estaban contra la monarquía como tal, ni se oponían al templo y sus ritos. (Por lo menos un profeta, Isaías, afirmaba haber recibido su vocación en una visión que tuvo en el templo.) Pero los profetas atacaban abusos que toleraban reyes y sacerdotes. En efecto, la mayoría de los profetas recordaba el reino de David como un modelo, y querían resucitar esa época idílica exhortando al pueblo a enmendarse.

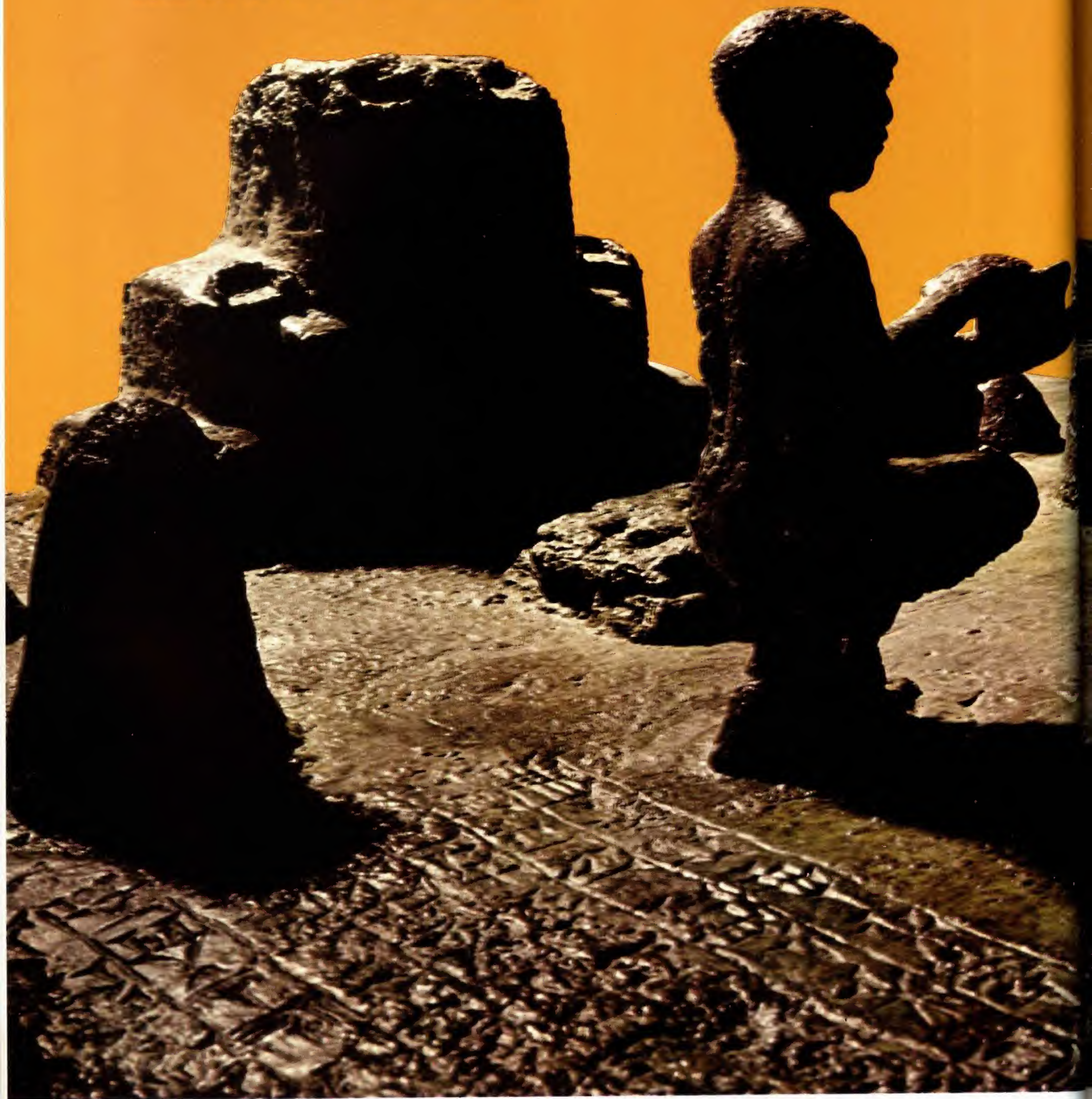
Muy apropiadamente, dado su papel de voceros del Señor para todo el pueblo, la extracción de los profetas era más diversa en la sociedad israelita, la cual tenía ahora muchos estratos. Eran individuos muy variados en su vida personal y estado civil. Al igual que los patriarcas, Amós era un pastor, aunque sabía leer y escribir. Isaías era un aristócrata culto, marido y padre de familia, y posiblemente sobrino del rey Amasías, que reinó en Judá de los años 800 a 783 a. de J. Jeremías, soltero toda su vida, era hijo de un sacerdote y probablemente des-

cendiente de Abiatar, uno de los dos sacerdotes a quienes David había encargado la custodia del Arca de la Alianza cuando la llevó a Jerusalén. No se sabe cuál haya sido la ocupación de Oseas, pero, según algunas interpretaciones, estaba casado con una prostituta.

Amós fue el primer profeta cuyos escritos han sobrevivido en forma de un libro de la Biblia. Nacido en la aldea de Tecua, al sur de Belén, en Judá, fue al norte a predicar en Israel, probablemente en Samaria, que en su tiempo era capital de Israel; y seguramente en Betel, que en el siglo x a. de J. se convirtió en un santuario real durante el reinado del primero de los reyes del norte, y donde, según la tradición, Abraham había adorado a su dios en la época de los patriarcas.

Los historiadores estiman que el período de actividad de Amós fue entre 760 y 750 a. de J., ya que él mismo habla de haber predicado en el reinado de Jeroboam II, de quien se sabe que gobernó de 786 a 746 a. de J. Los indicios textuales colocan los

Dos sacerdotes desnudos —uno con un cuenco de agua para purificar las manos del otro— se acucillan en un bosque sagrado. La escultura de bronce, de 60 cm. de largo, fue un santuario personal del rey de Elam en el segundo milenio a. de J. Hallada en Susa, tal vez representa un rito consagrado a la salida del sol; entre los elamitas florecieron los cultos dedicados a los astros, y, aunque prohibidos a los israelitas, en el siglo VIII a. de J. aún los seguían algunos.





escritos de Amós bastante hacia el final de ese reinado. Su actividad se desarrolló en una época de paz y prosperidad general, más dichosa —al menos superficialmente— que ningún otro período en cualquiera de los dos reinos desde los mejores años del reinado de Salomón. Mas junto a la riqueza de que gozaban algunos había una intensificada pobreza para otros. La situación puede deducirse de las increpaciones de Amós contra las clases adineradas y su modo de vivir, y la confirman los indicios arqueológicos. “¡Ay de vosotros los que nadáis en la abundancia en medio de Sión!”, decía, refiriéndose a la montaña de la rica ciudad de Jerusalén, donde se levantaba el templo y se agasajaban los ricos de Judá, “¡y de vosotros, los que vivís sin ningún recelo en el monte de Samaria!”, decía a sus hermanos del reino de Israel, “vosotros, los que dormís en camas de marfil y os solazáis en vuestros mullidos lechos; los que coméis los mejores corderos de la grey y los más escogidos becerros de la vacada”.

Que Amós no exageraba los caprichos de los acomodados de Israel lo confirman las excavaciones hechas en Samaria, de las que han salido las ruinas de casas que tenían muebles de marfil. Los arqueólogos han descubierto también 63 fragmentos de cerámica inscrita que enumeran el inventario del palacio de Samaria. Indican un consumo pródigo, en la corte, del vino y el aceite que venían como tributación de los campesinos del reino, al igual que corderos y becerros cebados.

Amós enderezó sus acusaciones de franca improbidad y crueldad contra los poderosos y los ricos, imputándoles que “achican la medida, y aumentan el peso del siclo, sustituyendo balanzas falsas”. Peor aún, decía: “Se hacen con el dinero dueños de los miserables, y con un par de sandalias compran por esclavo al pobre”, y “no se afligen por la ruina” de sus contemporáneos menos afortunados. Se refería a la práctica común de que los acreedores ejecuta-

ran las hipotecas que gravaban las propiedades de los pequeños agricultores y vendieran como esclavos a quienes no podían pagar sus deudas.

Estas invectivas contra los ricos por oprimir a los pobres pueden parecer lugares comunes a los oídos modernos, pero eran revolucionarias en el siglo VIII a. de J. Al aguijonear la conciencia de los afortunados, Amós se convirtió en el primer profeta conocido que afirmó que el destino de un pueblo está determinado por el temple moral de su sociedad. Por la injusticia económica que veía en su tiempo, Amós predijo la ruina final de los israelitas, unas tres décadas antes de que el reino del norte cayera en manos de los asirios en el año 722 a. de J.

“Un enemigo rodeará la tierra”, decía al pueblo; “vuestras fortalezas serán derribadas y saquearán vuestros palacios”. En el santuario de Betel declaró: “Serán pasados a cuchillo tus hijos e hijas, y tu país será repartido con una cuerda de medir; y tú morirás en una tierra profana, o idólatra, e Israel saldrá cautivo fuera de su país.” Pero Amós ofrecía alguna esperanza de que pudieran evitarse estos desastrosos sucesos. “Buscad el bien, y no el mal, a fin de que tengáis vida”, aconsejaba al pueblo; y también instaba a los soberanos a “restablecer la justicia en el foro”.

En todas sus prédicas sobre las flaquezas y fechorías de los ricos y poderosos —y las horrendas penas que tendrían que pagar por ellas—, Amós eludía culpar personalmente al rey. A pesar de ello, y esto no debe sorprendernos, las autoridades consideraron sediciosas las palabras de Amós. Lo echó de Betel el sumo sacerdote, quien exclamó: “¡Oh tú que ves visiones!, vete, huye al país de Judá.” Evidentemente, después de eso Amós renunció a predicar, mas no sin dejar por escrito sus enseñanzas.

Cuando el pueblo del reino del norte fue invadido y conquistado, como había predicho Amós, sus palabras parecieron haber sido clarividentes. Sin

El texto continúa en la página 136

Jonás: Una Fábula del Dios Universal

Los 12 libros de los profetas con que termina el Antiguo Testamento son volúmenes cortos. Todos, menos uno, son recopilaciones de dichos proféticos y aforismos. La excepción es la historia del profeta Jonás, parábola escrita hacia el año 400 a. de J. para exponer la máxima de que la protección y misericordia del dios de los israelitas se extendía a todos los pueblos.

A Jonás, que simboliza a quienes se aferraban a la creencia de que el legado religioso de los judíos era exclusivo, le ordena su dios que advierta a los asirios que deben enmendarse o serán destruidos. Indiferente a ello, Jonás quiere huir de la orden de Dios y se hace a la mar. Pero el Señor provoca un tifón y, para evitar el desastre, Jonás se ofrece a arrojar al mar. Entonces, se lo traga un monstruo. Después de tres días, lo vomita, y Jonás, de mala gana, cumple las instrucciones divinas; los asirios se arrepienten, y, para consternación de Jonás, son perdonados.

Los artistas cristianos medievales veían en la historia un símbolo del entierro y la resurrección de Cristo, y la ilustraron de muchas maneras.

A Jonás lo engulle una serpiente alada en esta talla de mármol de 1,35 m. de largo hecha en el año 1260. Los artistas medievales, basándose en versiones griegas o latinas de la Biblia, representaban al pez como una bestia marina, nunca como una ballena. El error de traducción provino de una adaptación inglesa del texto hebreo original.



Cuatro hombres tiran de los remos mientras los otros se disponen a soltar a Jonás en la abierta boca de una ávida serpiente marina. Tallado en un panel de marfil de 10 por 35 cm., el relieve es uno de los muchos que cubren un relicario hecho en el norte de Italia en el año 360



En una de las representaciones más antiguas y grandes de la leyenda del profeta, Jonás pende de la borda del barco, y está a punto de que se lo trague un monstruo de largo cuello. La escena —parte de un mosaico de 9 m. de ancho que está en el piso de una iglesia de Aquilea (Italia)— fue creada en el año 314. Los materiales son piedras cortadas, mármol y terracota.

Una frágil nave de vela se mece en las olas junto al animal que devora a Jonás; el animal tiene dientes y ojos de león, pero su sonrisa parece la de un tiburón. Esta obra, reproducida en su tamaño natural, es un panel de un retablo que se encuentra en una abadía cerca de Viena. Hecha de esmalte y cobre dorado, fue creada por un artista francés en 1181.



embargo, cualquier ciudadano bien informado de la época —y Amós era, ciertamente, un hombre instruido— habría adivinado las ambiciones de los grandes imperios que rodeaban a Israel por todos lados. Entendido este hecho, no habría sido difícil hacer un análisis de las desigualdades políticas y militares que favorecían a los agresores imperiales.

En la época en que Amós predicaba, el Imperio asirio se hallaba en vísperas de entrar en una nueva fase de su historia. En Asiria habría de iniciarse muy pronto una sucesión de tres de los soberanos más brutales que hayan pasado por la Historia: Tiglatpileser III, Sargón II y Senaquerib. Expoliando, saqueando, arrasando las murallas de las ciudades y desvalijando los templos y las salas de los palacios, estos monarcas asirios salieron de Mesopotamia a partir del año 745 a. de J. y durante casi un siglo, para dirigirse al este, al oeste y al sur. El Imperio asirio habría de sucumbir ante sus vecinos del sur, los babilonios, hacia fines del siglo VII a. de J.; pero en su apogeo, que se produjo, quizá, entre los años 735 y 650 a. de J., el territorio asirio se extendía desde las montañas de Irán, pasaba por la Siria y el Israel actuales, dejaba atrás los antiguos baluartes filisteos de la costa del Mediterráneo y llegaba hasta la frontera de Egipto. Por algún tiempo, el otrora poderoso imperio de los faraones fue su vasallo.

Aunque el rey Sargón II acompañaba a sus fuerzas a la batalla, dispuso de tiempo para dejar constancia de sus hazañas, algunas veces en forma de cartas abiertas a Asur, su dios nacional. Algunos de estos documentos sobreviven en estelas —las tabletas de piedra usadas por los conquistadores antiguos para señalar su tumultuosa marcha— que han sido encontradas en varios puntos del camino que recorrió Sargón entre Irán y el Mediterráneo. Al igual que con las inscripciones murales desenterradas en las antiguas puertas de las ciudades, las

estelas ofrecen un horripilante contrapunto a los lastimeros gemidos de dolor que brotan de las páginas de la Biblia.

De su campaña en Israel, que produjo la ruina profetizada por Amós, Sargón se jactaba: “Me llevé prisioneros a 27.290 habitantes” de Samaria, y del ejército israelita tomó “50 carros de guerra para mi guardia real”. Habiéndolo hecho, seguía diciendo —con la presunción de quien no conoce la duda— que reconstruyó Samaria “mejor de lo que estaba antes y establecí allí gentes de otros países que yo mismo había conquistado.”

Para los vencidos, la deportación y el nuevo asentamiento fueron los azotes más amargos del encumbramiento asirio. La táctica no era un invento asirio, y tampoco era algo nuevo en la guerra imperial; pero los asirios hicieron de ella su sello distintivo y la practicaron con ferocidad. Dondequiera que iban, arrancaban del país a las clases superiores —realeza, ancianos, artesanos, mercaderes— y los llevaban a una de sus remotas provincias. Allí, sin vínculos de fidelidad y sin prerrogativas, los deportados no podían provocar disturbios. Pero se podían aprovechar sus aptitudes de financieros, administradores, arquitectos, trabajadores de metales o escribas en beneficio del creciente imperio.

Se dejaba en la tierra a los campesinos que labraban el suelo y a los aldeanos de poca monta. Mas para mantenerlos sometidos, los conquistadores colocaban gobernadores asirios y nuevas clases superiores de su propia tierra o de algún otro país conquistado, hombres en quienes podían confiar que gobernarían en nombre del Imperio. Estos advenedizos seguían la antigua costumbre de llevar consigo sus dioses nacionales, lo cual explica en parte las crecientes quejas contra las prácticas paganas proferidas por los profetas durante el siglo siguiente.

Suponiendo que Amós haya visto que se desplegaba la amenaza externa, muy bien pudo suceder

que su juicio se robusteciera por el intercambio de opiniones con un profeta del mismo parecer, llamado Oseas. No hay pruebas de que se hayan conocido, pero fueron contemporáneos. Oseas vivió y predicó mucho más tiempo que Amós, durante las tres décadas que median entre los años 755 y 725 a. de J., aproximadamente. En ese período, Oseas agregó una nueva dimensión a la imagen que de su dios tenían los israelitas. Sus enseñanzas religiosas aportaron importantes elementos de esperanza para compensar el desaliento y la frustración que él, como todos los profetas, presagiaba a su pueblo.

Gran parte de las prédicas de Oseas se produjo en una época en que la amenaza asiria se acercaba cada vez más a Israel. Aún no había ocurrido la destrucción total del reino del norte, pero en el año 733 a. de J., los ejércitos asirios destruyeron las ciudades israelitas de Mageddo y Hazor, y dejaron superintendentes militares a cargo de las provincias arrancadas de la tierra israelita, arrebatando al reino gran parte de su territorio. Examinando la destrucción, Oseas amonestó a su pueblo, recordando el anhelo con que los israelitas habían instituido su reinado unos 300 años antes. “¿Dónde está tu rey? Ahora es la ocasión de que te salve a ti y a tus ciudades; puesto que me dijiste tú: Dame un rey y príncipes que me gobiernen.”

Al igual que todos los profetas, Oseas increpaba ásperamente a quienes no podían verse a sí mismos ni a su indolencia bajo su verdadera luz, diciendo: “Será azotado este pueblo insensato que no quiere darse por entendido.” No perdonaba a nadie. “Escuchad esto, ¡oh sacerdotes! Tú, ¡oh casa de Israel!, oye con atención; atiende bien tú, ¡oh casa real!, porque a vosotros se os va a juzgar.” Y de los fieles, que creían que la ciega observancia del rito los salvaría, dijo: “Irán a buscar al Señor con la ofrenda de sus rebaños y vacadas, y no lo hallarán.”

Sin embargo, en Oseas no había nada más deses-

peranza y reproches. En efecto, de sus prédicas surge una nota vigorosamente positiva, un tema combinado de amor, misericordia y confianza. Para Oseas, el dios israelita era algo más que el celoso Yavé de los Diez Mandamientos, aunque todavía se ponía de manifiesto ese elemento del carácter divino. Este profeta concebía al Todopoderoso como algo más que un mero legislador que era inmutable y punitivamente autoritario: un pueblo arrepentido podía esperar su protección, además de su perdón. Sin embargo, el precio de la absolución —y de evitar el castigo— era la fidelidad constante al Señor.

Así, a pesar de todas sus transgresiones, según sostenía Oseas, los israelitas podían aspirar a recobrar su grandeza si abjuraban de sus costumbres necias, que los llevarían a la ruina. Repetía las palabras del Señor: “No dejaré obrar el furor de mi indignación, porque yo soy Dios y no un hombre”, indicando con ello que el perdón es un atributo divino, en tanto que la venganza está en cualquier mano humana. “Conviértete tú al Dios tuyo”, instaba Oseas a los israelitas, y les ordenaba: “Observa la misericordia y la justicia; confía siempre en tu Dios.” Y con acento nostálgico que añoraba un pasado feliz, Oseas repetía una vez más las palabras del Todopoderoso: “Soy el Señor tuyo desde que te saqué de la tierra de Egipto; aún te dejaré reposar en tus tiendas como en aquellos días.”

Después de la destrucción del reino del norte y la deportación de su pueblo al este, las palabras de Amós y Oseas llegaron al sur. Se cree que allí, durante el reinado del rey Ezequías, los escribas copiaron los manuscritos que contenían las revelaciones de los dos profetas. Ezequías había heredado el trono del reino de Judá en gran parte porque su padre, Acaz, contuvo la embestida asiria despojando al templo de su oro y tesoros enjoyados para entregar los primeros pagos del tributo que exigían

los conquistadores. Subsecuentemente, Ezequías impuso una contribución a los propietarios de tierras para seguir haciendo con regularidad los pagos. Aunque el reino estaba reducido al vasallaje, siguió prosperando en un nivel modesto.

Después de muchos años, Ezequías vio la oportunidad de dejar de pagar el tributo en un tiempo en que Asiria parecía estar distraída en otras partes. Pero calculó mal. Senaquerib, el rey asirio, contestó con una salvaje invasión de Judá. Tomó por asalto 46 de sus ciudades, esclavizó a más de 200.000 personas y se apoderó del acostumbrado botín de caballos, mulas, camellos, vacas, ovejas y metales preciosos. Puso sitio a la misma Jerusalén, mas no pudo conquistar la capital. "En cuanto a Ezequías", se ufana Senaquerib, "lo encerré como a un pájaro enjaulado en Jerusalén, su ciudad real". Senaquerib no agregó que tuvo que volverse a su tierra porque entre los hombres de su ejército apareció la plaga, circunstancia que da a conocer la Biblia y que más tarde fue corroborada en cierta medida por el historiador griego Heródoto. Así sobrevivió el reino de Judá, aunque se habían reducido tanto su tamaño como su población.

Aquí fue donde predicó Isaías. Originario de Jerusalén, era un firme creyente en el pacto divino con David. Consideraba a su dios una figura divinamente digna de confianza que al final intervendría siempre en bien del pueblo, lo salvaría de la opresión y establecería un reino de justicia. En otras palabras, Isaías desarrolló los temas de Oseas de misericordia y confianza, y les agregó un punto de vista utópico sobre el futuro de los israelitas.

El sumo idealismo era la esencia de la visión de Isaías; aunque sería muy difícil considerarlo un hombre alegre, era considerablemente menos sombrío que los otros profetas. Y la fe de Isaías en la paz, expresada en una época de guerra brutal, figura entre las paradojas perdurables que han con-

fortado al espíritu humano hasta nuestros días.

No dudaba de que por lo menos algunos de los que formaban el pueblo se arrepentirían y abandonarían los pecados de la idolatría, la venalidad, el robo y el libertinaje. Confiaba en que, a pesar de la marcha inexorable de los despiadados asirios, a un resto de los israelitas se les perdonaría el castigo final impuesto a los prevaricadores. Dada esta fervorosa convicción de que su dios estaba obligado a ver por el bienestar de los israelitas, no debe sorprendernos advertir que el pasaje más característico de Isaías —y el más frecuentemente citado— termina con una clarinada de esperanza para las naciones del mundo: "De sus espadas forjarán rejas de arado, y hoces de sus lanzas; entonces no desenvainará la espada un pueblo contra otro, ni se adiestrarán más en el arte de la guerra."

La extraordinaria visión de Isaías introdujo también una concepción más amplia y original del dios de los israelitas, que erigió a su deidad en árbitro divino de todos los hombres. En esta noción universal, incluso al opresor se le daba el papel de instrumento del poder del Señor. "¡El asirio!", decía Isaías, repitiendo las palabras de su dios, "es mi vara y bastón de mi furor; en su mano he puesto mi ira. Enviarle he contra un pueblo fementido que ha provocado mi indignación."

Con ese pasaje, Isaías añadió un corolario profundo y trascendente al concepto de que los israelitas estaban sufriendo porque habían desobedecido a su dios. Isaías afirmaba que los tiranos asirios bajo cuya opresión sufría su pueblo formaban parte integrante del propósito del dios israelita para todos los hombres. "El Señor de los ejércitos ha jurado", decía Isaías a los israelitas, "que este es el plan preparado para la tierra entera, esta es la mano tendida a todas las naciones."

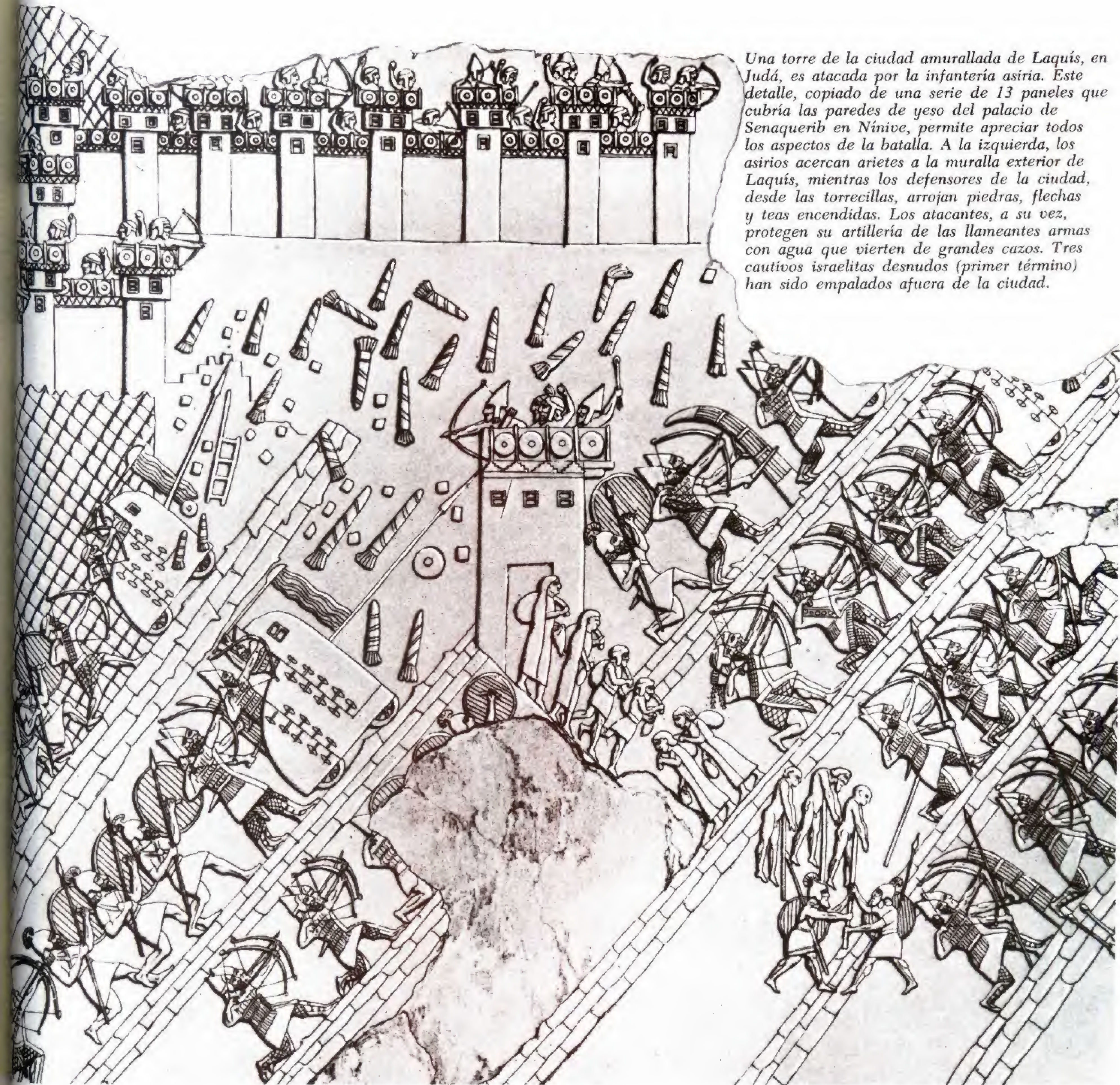
Un dios familiar para Abraham. Un dios tribal para Moisés y los jueces. Un dios nacional para

El texto continúa en la página 143

El Horror de la Embestida Asiria

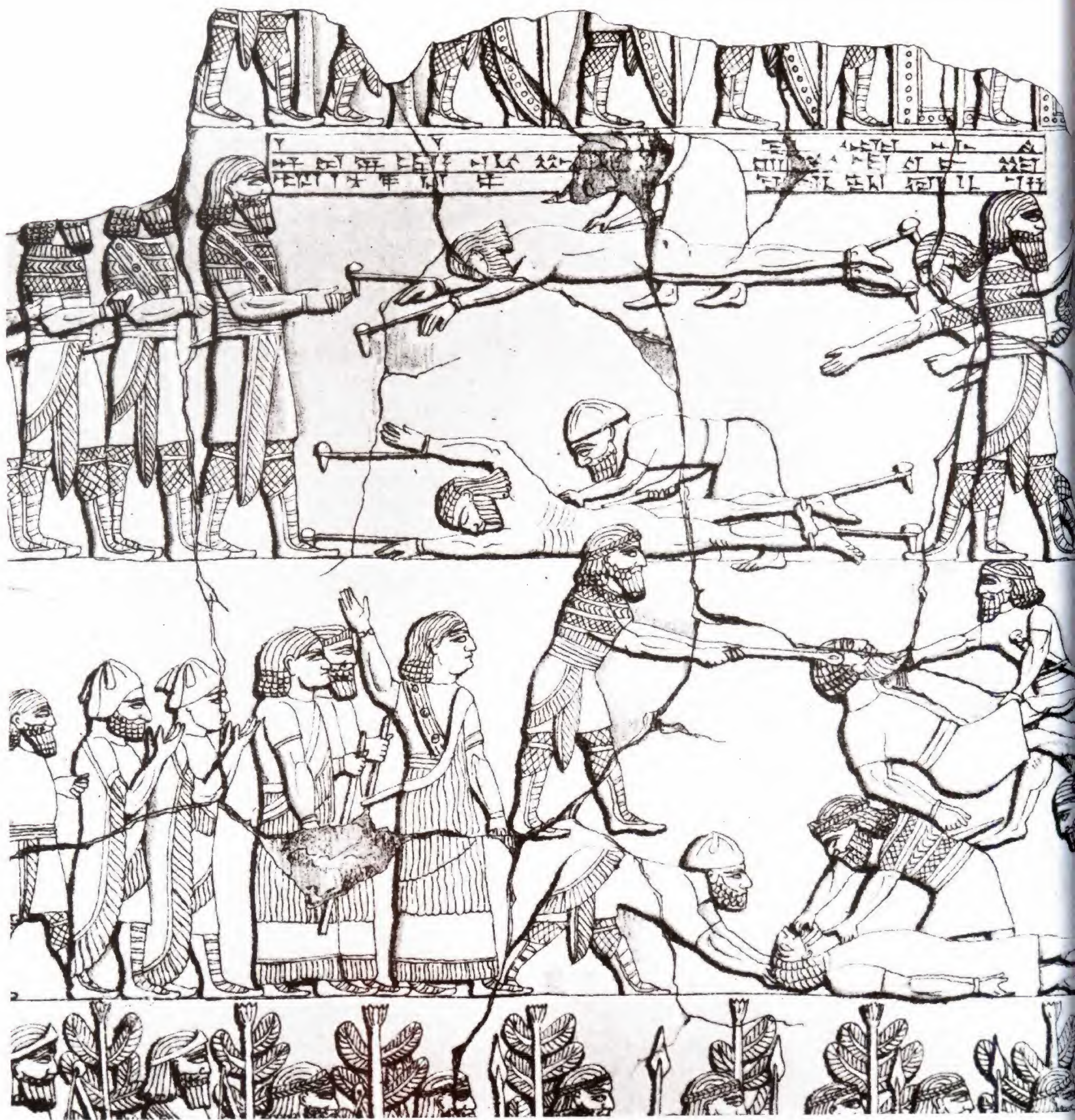
Durante los siglos VIII y VII a. de J., los asirios organizaron campañas brutales para dominar a los pueblos cuyos territorios los rodeaban. En Judá, el profeta israelita Isaías vio en la amenaza asiria la expresión de la cólera de Dios, y proclamó que era inútil la resistencia. A pesar de ello, muchas ciudades de Judá intentaron ofrecer la resistencia a los implacables ataques, mas fue en vano. Cuando la ciudad de Laquís cayó por fin en el año 701 a. de J., Senaquerib, rey de los asirios, mandó hacer bajo relieves de la batalla (*abajo*). Más tarde, el nieto de Senaquerib conmemoró de la misma manera su propia ferocidad militar (*páginas siguientes*). Los relieves fueron copiados por un explorador inglés que descubrió los frisos en Nínive en el año 1849.

Una torre de la ciudad amurallada de Laquís, en Judá, es atacada por la infantería asiria. Este detalle, copiado de una serie de 13 paneles que cubría las paredes de yeso del palacio de Senaquerib en Nínive, permite apreciar todos los aspectos de la batalla. A la izquierda, los asirios acercan arietes a la muralla exterior de Laquís, mientras los defensores de la ciudad, desde las torrecillas, arrojan piedras, flechas y teas encendidas. Los atacantes, a su vez, protegen su artillería de las llameantes armas con agua que vierten de grandes cazos. Tres cautivos israelitas desnudos (primer término) han sido empalados afuera de la ciudad.



Historia de Torturas y Mutilaciones

Herederero de la tradición asiria de trato despiadado al enemigo caído, Asurbanipal, nieto de Senaquerib, dejó constancia de las atrocidades que siguieron a su victoria sobre los elamitas. Ordenó que se tallara un bajo relieve para un palacio de Nínive, que representa la humillación de los cautivos. Arriba de este detalle, a dos de ellos, con las extremidades clavadas en el suelo, los desuellan vivos. Abajo, otro se retuerce mientras lo golpean con una barra de hierro; y a otro, sujeto por el pelo, le arrancan la lengua.



En el fragmento de otro friso de Nínive, los asirios llevan cabezas cortadas de enemigos para amontonarlas ante los escribas, que las cuentan.

Ni siquiera la sangre real podía mover a piedad a los asirios. Arriba, a la izquierda, el rey elamita tiende el arco mientras su hijo, arrodillado, pide clemencia. Después, a la derecha, el rey es derribado a golpes junto al cuerpo sin cabeza de su hijo. Por último, a la derecha, decapitan al rey.



Sentado sobre un trono frente a su tienda real, el rey Senaquerib exige tributos a sus cautivos, los habitantes de Laquís, en Judá. Encima del rey, la inscripción cuneiforme confirma lo que dicen las imágenes: Senaquerib está recibiendo el botín —en su mayor parte, armas— tomado por sus soldados. La escena se representa en el país montuoso de la ciudad israelita, donde abundaban huertos y viñedos.



Saúl, y David, y Salomón. Ahora, el dios de los israelitas se había convertido en un dios para los pueblos de todas las partes del mundo.

Después de Isaías, recogieron a los israelitas las fuerzas históricas desatadas por la invasión y la división interna, y su fortuna política se eclipsó. Allí estaba Jeremías, tal vez el más famoso de los profetas, y sin duda el más atribulado, para presenciar el golpe final a los israelitas, que se descargó en el año 587 a. de J., cuando los conquistadores babilonios despojaron a Jerusalén y el reino de Judá de todos sus ciudadanos principales y se los llevaron a Babilonia.

Durante los 50 años anteriores al cataclismo final, Jeremías predicó la ley fundamental de los israelitas, basada en la relación inmemorial entre el pueblo y su dios. Mas la aportación personal de Jeremías a la evolución de esa fe entrañaba una nueva perspectiva del antiguo pacto. En lo sucesivo, declaraba, las palabras que comprometen al hombre con el Todopoderoso estarán escritas en los corazones de las gentes en lugar de estarlo en tablas de piedra. Aceptando esta enseñanza, los israelitas podían llevar su religión con ellos a cualquier parte, fuera en la esclavitud o en la libertad; podían practicar su fe sin templos ni símbolos religiosos.

El concepto de Jeremías vinculaba la fe del pueblo con su vida interior, particularmente con su conciencia privada. También significaba que nunca podía observarse falsamente el culto y que era pecado celebrar maquinalmente los ritos. Jeremías hablaba tan vigorosamente a este respecto que las autoridades le prohibieron toda expresión pública dentro del recinto del templo de Jerusalén.

La exhortación que suscitó esta prohibición impuesta al profeta es, justificadamente, la más famosa de Jeremías. Pronunció el sermón durante el otoño del año 609 a. de J., o en el invierno del año 608

a. de J., poco después de que murió el rey Josías.

Josías había sido un vigoroso reformador religioso que abolió todos los santuarios rurales con el intento de centralizar el culto en la ciudad capital y de esa manera sofocar el paganismo que tendía a propagarse en la campiña. Al parecer, Jeremías aprobó la reforma en principio, mas pensó que no iba lo bastante lejos en la práctica. "Vosotros hurtáis, matáis, cometéis adulterios; vosotros juráis en falso, hacéis libaciones a Baal, y os vais en pos de dioses ajenos que no conocíais", decía al pueblo en nombre de su dios; "y después de eso venís aún, y os presentáis delante de mí en esta casa", seguía diciendo, refiriéndose al templo. "Pues qué, ¿este templo mío ha venido a ser para vosotros una guarida de ladrones?"

Aunque oficialmente se le impuso silencio después de este sermón, Jeremías no se quedó completamente callado. Dictó otros sermones a su amigo Baruc, escriba profesional, quien llevaba los textos en un rollo y, como representante de Jeremías, los leía en voz alta en el templo. Baruc escribió también el libro que conserva las palabras de Jeremías. Es una obra extensa en la que se combinan la autobiografía, la biografía, algunos poemas y un poco de historia, comprendiendo la descripción que como testigo presencial hace Jeremías del incendio de Jerusalén, del palacio y el templo. Contiene también lo que ha de haber sido una descripción de oídas del doloroso trato que se dio a los últimos descendientes de David que ocuparon el trono de Judá. Según el libro, Nabucodonosor, soberano babilonio, obligó al rey Sedecías a presenciar la flagelación y ejecución de la familia real y la corte, entre ellos los propios hijos de Sedecías. Nabucodonosor puso luego los ojos en Sedecías y ordenó que lo llevaran a Babilonia cargado de cadenas.

Casi todos los varones de Judá acompañaron a Sedecías al largo destierro. "El capitán de la guar-

dia", dice el libro, describiendo la última reunión de prisioneros, "sólo dejó a los más débiles para que sirvieran de viñadores", es decir, de peones del campo. El reino de los israelitas llegó a su fin con esta funesta nota.

Pero entre los epílogos más grandiosos de la historia de la humanidad figura la eventualidad de que la pérdida de su tierra —originalmente, la base misma del sagrado pacto de los israelitas— sirvió para estimular la propagación del monoteísmo. En el destierro, los israelitas no tenían lugar donde adorar a su dios, y su templo había sido arrasado por el incendio. Mas el espíritu de su dios no necesitaba ya alojarse en una edificación: residía en el corazón del hombre. Siendo así, los israelitas llevaban su identidad con ellos mismos, en tanto que otros pueblos de sus tiempos dependían, para que se les reconociera, de su situación geográfica o de su singularidad política.

Sin la restricción de las fronteras nacionales, los

principios espirituales y éticos enunciados por los israelitas se difundieron lenta pero continuamente, evolucionando aún más y refinándose sin cesar. El legado de los israelitas sobrevive todavía en las religiones monoteístas que florecen en nuestros días. Los tres credos veneran a Abraham por haber sido el primer hombre que celebró un pacto obligatorio con el dios personal que todos adoran. Los tres respetan la ley escrita resumida en los Mandamientos formulados por Moisés. Y los tres veneran los ideales morales y sociales de rectitud, benevolencia, integridad y fidelidad que por primera vez expresaron los israelitas.

La conjunción original de estos ideales representa una obligación que el mundo moderno debe a un pueblo oscuro en los demás aspectos, la cual sólo puede pagarse con la moneda acuñada por los mismos israelitas: su fe en que todos los hombres pueden vivir algún día en un mundo gobernado por los principios de la paz, la justicia y el amor.



Llamado por el rey David, Uriás el hitita, con un escudero, es recibido por el soberano, que deseaba sofocar el escándalo. Betsabé, esposa de Uriás, estaba esperando un hijo del rey; David ordenó al soldado, ausente largo tiempo, que durmiera con ella. Uriás se negó y salió a la guerra... y a la muerte.

Tres Grandes Soberanos que Hicieron una Nación

Los tres primeros reyes de los israelitas figuran entre los personajes de carne y hueso más antiguos del gran número de ellos que aparecen en el Antiguo Testamento. Se han acumulado suficientes indicios arqueológicos y literarios para indicar que existieron Saúl, David y Salomón; y que los sucesos de sus vidas —según los relatan los libros de Samuel y I y II de los Reyes— ocurrieron realmente de manera muy parecida a como se describen. Además, las tres figuras reales que aparecen en esas páginas del Antiguo Testamento tenían seguramente los atributos personales, de debilidad y de fortaleza, que les atribuyen los autores de las escrituras.

Los anales que llevaban los escribas de la corte israelita durante el siglo x a. de J. proporcionaron mucho del material que aparece en los relatos bíblicos. No todos los detalles de las crónicas reales llegaron a las escrituras, y escritores posteriores adornaron los hechos y agregaron algunas parábolas. Como resultado de ello, los historiadores no han podido separar la ficción de la historia.

Otros, más tarde, aportaron su imaginación. Artistas que vivieron mucho después de la época de los israelitas —sobre todo los monjes cristianos de la Edad Media— tradujeron las descripciones que de los tres reyes hace la Biblia en ilustraciones vívidas para los textos sagrados. Inspirándose en las palabras escritas en el primer milenio a. de J., los artistas retrataban a Saul, David y Salomón con vestidos y en ambientes medievales, como aparecen en esta página y las siguientes.



En un raro respiro de las batallas que llenaron su reinado, el rey Saúl acepta el homenaje de sus hombres y los insta a seguir peleando.

Un Soldado Agobiado por la Tragedia

Saúl, soldado de la tribu de Benjamín, fue designado primer rey de los israelitas hacia el año 1025 a. de J. por el juez Samuel y los ancianos de la tribu. Todo su reinado lo pasó en la guerra; murió como había vivido, luchando para expulsar a los filisteos que invadieron Canaán. Pero era un héroe auténtico, cuyas victorias —y derrotas— se convirtieron en tema constante de las pinturas bíblicas posteriores, en las que la imagen de Saúl aparece siempre afectada por la tristeza. Perdió a tres de sus cuatro hijos en la batalla, y el sobreviviente fue rechazado por el pueblo israelita, así que no había quien heredara legítimamente el trono. David, que fue elegido sucesor de Saúl, brilló más que él como jefe militar y por su encanto personal.

En su última batalla con los filisteos, en el monte Gelboé, cerca del mar de Galilea, el rey Saúl (arriba, derecha), con flechas enemigas en el pecho y la cabeza, se arroja sobre su espada para evitar la humillación de caer prisionero.





Un fervoroso rey David tañe un acompañamiento de lira para uno de los muchos salmos que compuso en alabanza del dios de los israelitas.



Sin ser visto, David mira a Betsabé en el baño y queda embelesado. Poco después, la llamó, ordenó que su marido, un soldado, fuera enviado a la muerte en la batalla, y luego se casó con ella.

Poeta, Político, Conquistador

David fue un monarca multifacético, amado por su pueblo, cuyo reinado de 40 años estuvo lleno de éxitos. Arrojó a los filisteos de Canaán y extendió las fronteras de su reino. Gracias a su magnetismo personal, unió a la confederación tribal de Judá con el reino de Israel y estableció la capital en Jerusalén, a la que llevó el objeto que su pueblo consideraba sagrado por encima de todas las cosas: el Arca de la Alianza. Era también un músico consumado y autor de poemas y canciones, entre las que figuran muchos de los salmos de la Biblia.

Pero la Biblia recuerda también sus debilidades, como la indulgencia con que trató a Absalón, su hijo rebelde, y sus amoríos con Betsabé, mujer casada. El hijo que tuvo con Betsabé, Salomón, lo sucedió en el trono y llevó al reino a su mayor gloria.



Jubiloso, el rey David, que toca un salterio parecido a una cítara, encabeza la procesión de israelitas que llevan el Arca de la Alianza a Jerusalén, capital israelita. La fecha de este suceso ha de haber sido hacia el año 1000 a. de J.

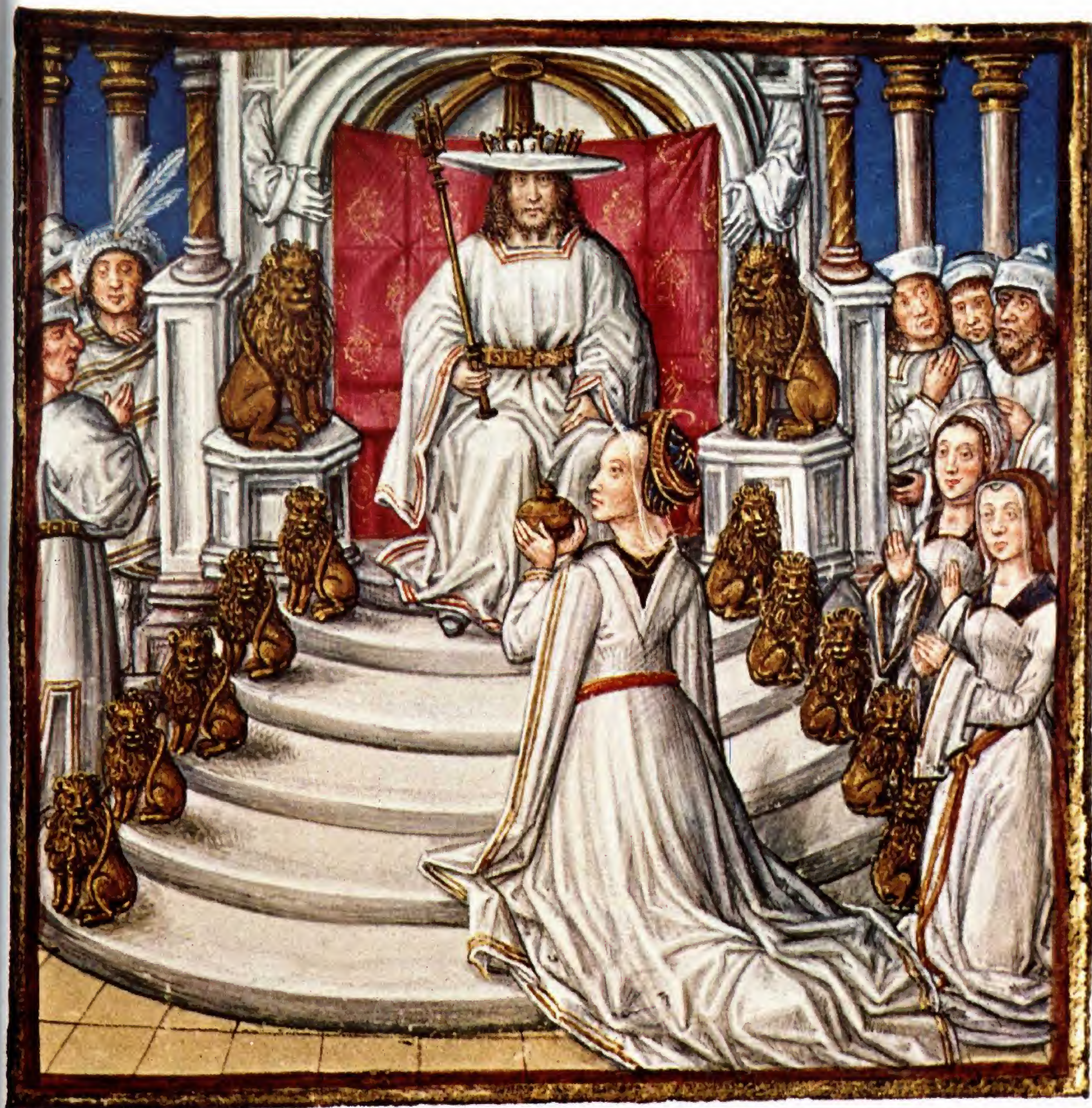
Importunado por dos mujeres que pretendían ser madres del mismo niño, el rey Salomón ordenó partir en dos al niño y dar la mitad a cada una. El pequeño fue entregado a la que pidió que no lo mataran, renunciando a su pretensión.



Constructor, Negociante, Sabio

Aunque la historia del reinado de Salomón está incompleta, en la Biblia figuran muchos detalles significativos. Para garantizar la seguridad de Israel, el rey fortificó las ciudades importantes, comprendiendo a Jerusalén, donde construyó un espléndido templo. A fin de obtener materiales para sus muchos y ambiciosos proyectos, se ocupó de la explotación de las minas y la navegación comercial; y al extender el comercio, inevitablemente emprendió nuevas aventuras diplomáticas con los pueblos vecinos. También se le atribuye haber sido el autor de los epigramas que aparecen en el Libro de los Proverbios; y aunque quizá no haya sido el primero que los pronunció, muchos de ellos fueron, sin duda, concebidos en su corte a fines del siglo x a. de J.

La reina de Sabá lleva regalos a Salomón, sentado en un trono de marfil que tiene 12 leones de oro, los cuales representan a las tribus de Israel. La reina deseaba aliviar las tensiones entre los dos reinos: la flota de Salomón estaba invadiendo sus rutas de comercio.



El Origen del Hombre

Este esquema muestra la progresión de la vida en la Tierra, desde sus primeras apariciones en las aguas del planeta recién formado, hasta la evolución del hombre; señala sus desarrollos físicos, sociales, tecnológicos e intelectuales hasta la Era Cristiana. Para ubicar estos avances en

GEOLOGÍA		DATADO EN MILES DE MILLONES DE AÑOS		GEOLOGÍA	ARQUEOLOGÍA	DATADO EN MILLONES DE AÑOS	
Precámbrico era más primitiva		4,5	Creación de la Tierra	Pleistoceno Inferior período más antiguo de la época más reciente	Paleolítico Inferior período más antiguo de la Edad de Piedra Antigua	2	Las herramientas más antiguas son fabricadas por el hombre en África El primer hombre verdadero, el <i>Homo erectus</i> aparece en las Indias Orientales y en África
		4	Formación del mar primitivo			1	El <i>Homo erectus</i> emigra a lo largo de los trópicos del Viejo Mundo
		3	Origen de la vida: algas y bacterias unicelulares aparecen en el agua			DATADO EN MILES DE AÑOS	
		2		Pleistoceno Medio período medio de la época más reciente		800	El hombre aprende a controlar y a usar el fuego
		1				600	En gran escala, progresa la caza organizada de elefantes en Europa
Paleozoico vida antigua		DATADO EN MILLONES DE AÑOS		Pleistoceno Superior último período de la época más reciente	Paleolítico Medio período medio de la Edad de Piedra Antigua	400	El hombre comienza a construir refugios artificiales con ramas
		800	Aparecen los primeros animales respirando oxígeno			250	Aparece el hombre de Neanderthal en Europa
		600	Los primitivos organismos desarrollan células especializadas interdependientes			100	Aparece el <i>Homo sapiens sapiens</i> en África
Mesozoico vida media		400	Aparecen los animales con concha invertebrados multicelulares	Ultimo período glacial	Paleolítico Superior último período de la Edad de Piedra Antigua	80	Enterramientos rituales en Europa y el Oriente Medio sugieren la creencia en la vida futura
		200	Evolución de los peces armados, primeros animales que poseen espina dorsal.			60	Mamuts lanudos son cazados por los neanderthales en el norte de Europa
		400	Los pequeños anfibios se aventuran hacia la tierra firme			40	El oso de las cavernas llega a ser el centro de culto en Europa
Cenozoico vida reciente		200	Aparecen los reptiles y los insectos.				Mamuts lanudos son cazados por los neanderthales en el norte de Europa
		80	Aparece el tecodonto, antepasado del dinosaurio				El oso de las cavernas llega a ser el centro de culto en Europa
		60	Comienza la era de los dinosaurios				El hombre se extiende hasta Australia
		40	Aparecen los pájaros				El documento escrito más antiguo conocido, un calendario lunar en hueso, es hecho en Europa
		20	Los mamíferos viven al amparo de los dinosaurios				Los primeros artistas decoran los muros y los techos de las cavernas en Francia y España
		10	Termina la era de los dinosaurios			30	Son esculpidas estatuillas para la adoración de la naturaleza
		8	Los prosimios, los primates más primitivos, se desarrollan en los árboles			20	La invención de la aguja hace posible la costura
		6	Se desarrollan los primates inferiores y los primates antropoides			10	Los cazadores asiáticos cruzan el estrecho de Bering para poblar América del Norte y del Sur
		4	El <i>Ramapithecus</i> , el primate más antiguo conocido con evidentes rasgos de hombre, evoluciona en la India y África			9	Comienza la caza de bisontes en los grandes llanos de Norteamérica
			El <i>Australopithecus</i> , el antepasado primate más cercano al hombre, aparece en África	Holoceno época actual	Mesolítico Edad de Piedra Media		Se inventa el arco y la flecha en Europa
							La alfarería empieza en Japón
							Se domestica la oveja en el Próximo Oriente

▼ 4.000 millones de años

▼ 3.000 millones de años

▲ Origen de la Tierra (4.500 millones)

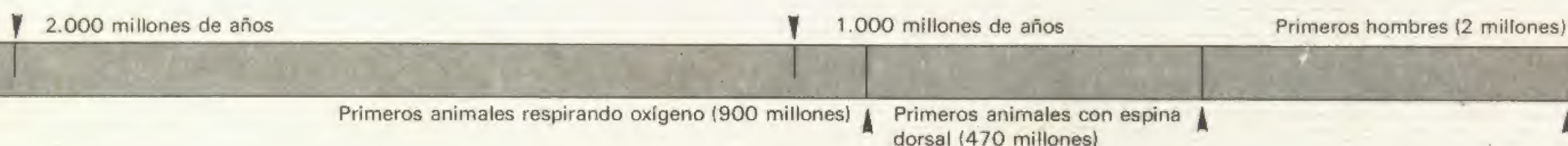
▲ Origen de la vida (3.500 millones)

secuencias cronológicas utilizadas en forma común, la columna de la izquierda de cada una de las cuatro secciones del esquema identifica las grandes Eras geológicas en las que se divide la historia de la Tierra, mientras que la segunda columna registra las edades arqueológicas de la historia

humana. Las fechas claves de los orígenes de la vida y de los logros principales del hombre aparecen en la tercera columna. El gráfico no está a escala; la razón es clara con la franja de abajo, la cual representa en escala lineal los 4.500 millones de años comprendidos en el esquema.

GEOLÓGIA	ARQUEOLOGÍA	AÑOS a. de C.	
Holoceno (cont.)	Neolítico	9000	El perro es domesticado en Norteamérica
	Edad de Piedra Moderna	8000	Se funda Jericó, la primera ciudad Se domestica la cabra en Persia El hombre cultiva sus primeras mieses, trigo y cebada en el Oriente Medio El maíz es cultivado en México
		7000	Un modelo de vida de pueblo nace en el Oriente Medio Çatal Hüyük, lo que ahora es Turquía, llega a ser el primer centro comercial Se inventa el telar en el Oriente Medio
		6000	El ganado es domesticado en el Próximo Oriente La agricultura comienza a reemplazar a la caza en Europa El cobre es usado en la industria en la región mediterránea
		4800	El monumento de piedra maciza más antiguo conocido es construido en Bretaña
	Edad del Cobre	4000	Los botes de vela son usados en Egipto Las primeras ciudades surgen en los llanos de Sumer Los sellos cilíndricos comienzan a ser usados como señas de identificación en el Oriente Medio
		3500	Se inventa la rueda en Sumer El hombre comienza a cultivar el arroz en el Lejano Oriente Se domestica el caballo en Rusia del Sur Los mercaderes navegantes egipcios comienzan a recorrer el Mediterráneo El primer escrito pictográfico redactado en el Oriente Próximo El gusano de seda es domesticado en China
	Edad del Bronce	3000	El bronce es usado por primera vez para hacer herramientas en el Oriente Medio La vida ciudadana se propaga hasta el valle del Nilo El arado se desarrolla en el Oriente Medio Un calendario preciso basado en observaciones estelares se inventa en Egipto
		2800	Stonehenge, el más famoso de los monumentos megalíticos antiguos, es comenzado en Inglaterra Las pirámides son construidas en Egipto
		2600	Una variedad de dioses y héroes son glorificados en <i>Gilgamesh</i> y otras epopeyas del Oriente Medio
		2500	Surgen las ciudades en el valle del Indo

GEOLOGÍA	ARQUEOLOGÍA	AÑOS a. de C.
Holoceno (cont.)	Edad del Bronce	<p>Evidencia más antigua del uso de esquís en Escandinavia</p> <p>El código de leyes más primitivo es redactado en Sumer</p> <p>Las sociedades minoas de palacio comienzan en Creta</p> <p>2000 Se domestican las gallinas y los elefantes en el valle del Indo</p> <p>El uso del bronce se propaga a Europa</p> <p>Comienza la cultura esquimal en la región del estrecho de Bering</p> <p>1500 Embarcaciones que pueden navegar por el océano, le permiten al hombre llegar a las islas del Pacífico Sur</p> <p>Esculturas ceremoniales de bronce se funden en China</p> <p>Se establece el gobierno imperial, que incluye provincias distantes, por los hititas</p> <p>1400 Se usa el hierro en el Oriente Medio</p> <p>El primer alfabeto completo manuscrito es inventado por las gentes de Ugarit, en Siria</p> <p>Moisés conduce a los israelitas fuera de Egipto</p>
	Edad del Hierro	<p>1000 El reno es domesticado en Eurasia</p> <p>900 Los fenicios desarrollan el alfabeto moderno</p> <p>800 El uso del hierro se propaga por toda Europa</p> <p>Los nómadas a caballo aparecen en el Próximo Oriente como nueva fuerza poderosa</p> <p>El primer sistema de carreteras es construido en Asiria</p> <p>Homero compone <i>La Ilíada</i> y <i>La Odisea</i></p> <p>Se funda Roma</p> <p>700 Comienza la civilización etrusca en Italia</p> <p>Ciro el Grande gobierna el imperio persa</p> <p>Se establece la República de Roma</p> <p>500 Se inventa la carretilla en China</p> <p>200 Son escritos los épicos <i>Mahabharata</i> y <i>Ramayana</i> acerca de los dioses y los héroes de la India</p> <p>Se inventa la rueda de agua en el Oriente Medio</p> <p>0 Comienza la era cristiana</p>



Procedencia de las ilustraciones

A continuación se detalla el origen de las ilustraciones de este libro. Las mencionadas de izquierda a derecha se separan por punto y coma; de arriba abajo, por guión.

8—Ted Spiegel de Black Star. 12, 13—Mapas por Rafael D. Palacios. 15—Cortesía de los Síndicos del Museo Británico, Londres. 16, 17—David Harris, fotografiado y exhibido en el Museo de Israel, de las colecciones del Departamento de Antigüedades y Museos de Israel. 18, 19—Derek Bayes cortesía del Museo Británico (Historia Natural), excepto centro, Eileen Tweedy cortesía del Museo Británico (Historia Natural). 21, 22, 23—David Harris. 27—Graham Finlayson de Woodfin Camp and Associates. 28—David Harris. 29—James Whitmore, de la Agencia de Ilustraciones TIME-LIFE. 30—David Harris cortesía del Santuario del Libro, Museo de Israel, Jerusalén; David Harris. 31—Cortesía del Santuario del Libro, Museo de Israel, Jerusalén. 32—David Rubinger, de la Agencia de Ilustraciones TIME-LIFE. 33—Eliot Elisofon cortesía de la Testamentaria de Eliot Elisofon. 34—Erich Lessing de Magnum cortesía del Museo del Louvre, París. 38, 39—David Lees, de la Agencia de Ilustraciones TIME-LIFE. 40—David Lees. 42—Cortesía del Fondo de Excavaciones de Jeriscó. 44 a 47—Dibujos por Michael A. Hampshire. 49—Erich Lessing de Magnum. Copia por E. Weidebach de la tumba de Knum-Hotep en Beni Hasán, Museo de Historia del Arte, Viena. 50—Fred Anderegge en *Símbolos judíos en el periodo greco-romano* por Erwin R. Goodenough, Series Bollingen XXXVII, copyright © 1964 Bollingen Foundation. Reproducido con autorización de la Princeton University Press. 52—Erich Lessing de Magnum. Tumba de Menna, escriba de Tutmosis IV, Tebas. 54, 55—Brian Brake de Rapho Guillumette cortesía del Museo Egipcio, El Cairo. 56—Cortesía del Museo de Brooklyn;

Charles Edwin Willbour Fund; Bildarchiv Foto Marburgo cortesía del Museo Egipcio, El Cairo; Galería Walters de Arte. 57—Cortesía del Museo de Brooklyn; Museo Metropolitano de Arte, fotografía de Harry Burton. 58, 59—Fred Anderegge en *Símbolos judíos en el periodo greco-romano* por Erwin R. Goodenough, Series Bollingen XXXVII, copyright © 1964 Bollingen Foundation. Reproducido con autorización de la Princeton University Press. 62—Archiv für Kunst Geschichte cortesía del Museo Roemer-Pelizaeus, Hildesheim—Hirmer Fotoarchiv, Munich cortesía del Museo de Irak, Bagdad. 63—Erich Lessing de Magnum cortesía del Museo del Louvre, París. 66, 67—Dmitri Kessel cortesía del Cabinet des Estampes, Biblioteca Nacional, París. 69—Mapa por Rafael D. Palacios basado en un mapa de la *Encyclopaedia Judaica*. Todos los mapas de las páginas 70 a 76 son por Rafael D. Palacios. 70, 71, 72—David Harris. 73—David Harris—David Lees, de la Agencia de Ilustraciones TIME-LIFE. 74, 75—David Harris. 76, 77—David Lees, de la Agencia de Ilustraciones TIME-LIFE. 78—Frank J. Scherschel, de la Agencia de Ilustraciones TIME-LIFE cortesía del Instituto Oriental, Universidad de Chicago. 80, 81—Scala cortesía del Bautisterio, Catedral de Florencia. 82—Mapa por Rafael D. Palacios. 84—Profesor Ygael Yadin cortesía del Museo de Hazor. 85—Profesor Ygael Yadin; Plano adaptado de un dibujo de la *Enciclopedia de excavaciones arqueológicas en la Tierra Santa*, vol. I, 1970, pág. 162. 87—Erich Lessing de Magnum cortesía del Departamento de Antigüedades y Museos de Israel. 89—David Harris, fotografiado y exhibido en el Museo de Israel, de las colecciones del Departamento de Antigüedades y Museos de Israel. 90—Erich Lessing de Magnum. Templo de Ramsés III en Medinet Habu. 93 a 99—Dibujos por Michael A. Hampshire. 100—Dr. Georg Gester de Rapho Guillumette. 103—Erich Lessing de Magnum, fotografía de un vaciado de yeso cortesía del Departamento de Antigüedades y Museos de Israel. Original en el Museo Británico, Londres—Cortesía de los Síndicos del Museo Británico, Londres. 106—Erich Lessing de Magnum cortesía del Departamento de Antigüedades y Museos de Israel. 109—Werner Braun cortesía del Museo de Maggedo. 110, 111—Cortesía del Instituto Oriental, Universidad de Chica-

go; Werner Braun cortesía del Museo de Maggedo. 112—David Harris, fotografiado y exhibido en el Museo de Israel, de las colecciones del Departamento de Antigüedades y Museos de Israel. 114—Cortesía de los Síndicos del Museo Británico, Londres. 117—Cortesía del Instituto Oriental, Universidad de Chicago. 118—Cortesía del Departamento de Antigüedades y Museos de Israel—Erich Lessing de Magnum cortesía del Departamento de Antigüedades y Museos de Israel. 119—Archives Photographiques cortesía del Departamento de Antigüedades Orientales, Museo del Louvre, París. 120—Giraudon cortesía del Departamento de Antigüedades Orientales, Museo del Louvre, París. 121—Galería Walters de Arte. 122—Bildarchiv Foto Marburgo cortesía del Museo Antasiático, Berlín; Cortesía de los Síndicos del Museo Británico, Londres. 123—Giraudon cortesía de los Síndicos del Museo Británico, Londres. 124—Erich Lessing de Magnum cortesía del Departamento de Antigüedades y Museos de Israel; Cortesía del Instituto Oriental, Universidad de Chicago. 125—Archives Photographiques cortesía del Museo del Louvre, París. 126—Erich Lessing de Magnum, fotografía de un vaciado de yeso cortesía del Departamento de Antigüedades y Museos de Israel. Original en el Museo Británico, Londres. 129—De *Nimrod y sus restos* por sir Max Mallowan, William Collins Sons and Co., Ltd., 1966; Cortesía del Departamento de Antigüedades y Museos de Israel—Dibujo tomado de *Monumentos de Nínive*, vol. II por P. E. Botta y Flandin, París, 1849, lámina 147. 130, 131—Erich Lessing de Magnum cortesía del Museo del Louvre, París. 133—Scala cortesía de la Catedral de San Pedro, Minturno. 134—Scala cortesía de la Basílica, Aquilea. 135—Erich Lessing de Magnum cortesía del Stift Klosterneuburg, Austria. 139 a 142—Paulus Leoser cortesía del Departamento Oriental, Biblioteca Pública de Nueva York, Fundaciones Astor, Lenox y Tilden. 145—Bulloz cortesía del Museo del Petit-Palais, París. 146, 147—Cortesía de la Biblioteca Pierpont Morgan, M. 636, ss. 23 y 34v. 148—Scala cortesía de la Catedral, Cividale del Friuli. 149—Bulloz cortesía del Museo del Petit-Palais, París; Ann Münchow cortesía de la Staatsbibliothek Preussischer Kulturbesitz, Berlín. 150—Biblioteca Británica. 151—Denise Bourbonnais cortesía del Museo Condé de Chantilly.

Agradecimientos

Por la ayuda prestada para la preparación de este libro, los editores están agradecidos a Pierre Amiet, Conservador en Jefe, Departamento de Antigüedades Orientales, Museo del Louvre; Aline Bassot, Bi-

bliotecaria Auxiliar, Biblioteca Municipal, Moulins; Brigitte Baumbusch, Florencia; Catherine Bélanger, Museo del Louvre; Denise Bourbonnais, París; Luigi Capuano, Agencia de Turismo, Minturno, Italia; Annie Caubet, Conservadora, Departamento de Antigüedades Orientales, Museo del

Louvre; Madelin Caviness, Lexington, Massachusetts; Raymond Cazelle, Conservador de Colecciones, Museo Condé de Chantilly; P. I. Edwards, Departamento de Botánica, Museo Británico (Historia Natural), Londres; Pierre Gasnault, Conservador, Departamento de Manuscritos, Biblio-

teca Nacional, París; Béatrice el Habib, Conservadora, Museo del Petit-Palais, París; David Harris, Jerusalén; Monseñor Luigi Marcuzzi, Basílica de la Asunción de María, Aquileia, Italia; Francine Masson, Conservadora del Comte Robert du Mes-

nil de Buisson, París; Gerhard Rudolf Meyer, Profesor Director, Depto. del Próximo Oriente, Museo del Estado de Berlín, Berlín Oriental; T. C. Mitchell, Depto. de Antigüedades Asiáticas, Museo Británico, Tony Rees, Londres; J. Rosenwasser, De-

partamento de Libros Impresos Orientales, Museo Británico, C.F.A. Schaeffer, Instituto Francés, París; Françoise Tallon, Investigadora, Depto. de Antigüedades Orientales, Museo del Louvre; Gabrielle de Witwicky, Museo Condé de Chantilly.

Bibliografía

Aharoni, Yohanan, y Michael Avi-Yonah, *The Macmillan Bible Atlas*. The Macmillan Company, 1972.

Amiran, Ruth, *Ancient Pottery of the Holy Land*. Rutgers University Press, 1970.

Anati, Emmanuel, *Palestine before the Hebrews*. Alfred A. Knopf, 1963.

Au-Yonah, Michael, y Emil Kraeling. *Our Living Bible*. McGraw-Hill, 1962.

Beek, Martin A., *Atlas of Mesopotamia*. Traducida del alemán por D. R. Welsh. Thomas Nelson and Sons Limited, 1962.

Bottéro, Jean, Elena Cassin, y Jean Vercoutter, recopiladores, *The Near East: The Early Civilizations*. Traducida del francés por R. F. Tannenbaum. Delacorte Press, 1967.

Bright, John, *A History of Israel*. Westminster Press, 1959.

De Vaux, Roland, *Ancient Israel*. Traducida del francés por John McHugh. McGraw-Hill Book Company, sin fecha.

Edwards, I. E. S., C. J. Gadd, N. G. L. Hammond, E. Sollberger, recopiladores, *The Cambridge Ancient History*, vol. II. Cambridge University Press, 1973.

Ellison, John, *Nelson's Complete Concordance of the Revised Standard Version Bible*. Thomas Nelson & Sons, 1957.

Encyclopaedia Judaica. Keter Publishing House Ltd., 1972.

Erman, Adolf: recopilador, *The Ancient Egyptians*. Harper & Row, 1966.

Life in Ancient Egypt. Dover Publications, 1971.

Farb, Peter, *The Land, Wildlife, and Peoples of the Bible*. Harper & Row, 1967.

Frank, Henry Thomas, *Bible, Archaeology and Faith*. Abingdon Press, 1971.

Frankfort, Henri, *Kingship and the Gods*. The University of Chicago Press, 1948.

Frankfort, H., y H. A., John A. Wilson, Thorkild Jacobsen, William A. Irwin, *The Intellectual Adventure of Ancient Man*. The University of Chicago Press, 1946.

Gardner, sir Alan, *Egypt of the Pharaohs*. Oxford University Press, 1961.

Gaster, Theodor H., *Myth, Legend and Custom in the Old Testament*. Harper & Row, 1969.

Gehman, Henry Snyder, recopilador, *The New Westminster Dictionary of the Bible*. Westminster Press, 1970.

Ghirshman, R., *Iran*. Penguin Books, 1954.

Gray, George Buchanan, *Sacrifice in the Old Testament*. KTAV Publishing House, Inc., 1971.

Gray, John, *The Canaanites*. Frederick A. Praeger, 1964.

Heidel, Alexander, *The Gilgamesh Epic and Old Testament Parallels*. The University of Chicago Press, 1946.

Holt, John M., *The Patriarchs of Israel*. Vanderbilt University Press, 1964.

Jacobsen, Thorkild, *Toward the Image of Tammuz*. Harvard University Press, 1970.

Jastrow, Morris, *Aspects of Religious Belief in Babylonia and Assyria*. Benjamin Blom, Inc., 1971.

Kaufmann, Yehezkel, *The Religion of Israel*. Traducida y resumida por Moshe Greenberg. University of Chicago Press, 1960.

Kees, Hermann, *Ancient Egypt*. Traducida del alemán por Ian F. D. Morrow. Faber and Faber, 1961.

Kenyon, Kathleen M.: *Archaeology in the Holy Land*. Praeger Publishers, 1970.

Digging Up Jericho. Ernest Benn Limited, 1957.

Landay, Jerry M., *Silent Cities, Sacred Stones*. McCall Publishing Co., 1971.

Lange, Kurt, y Max Hirmer, *Egypt*. Traducida del alemán por R. H. Boothroyd, Judith Filson y Barbara Taylor. Phaidon Press, 1968.

Mazar, B., recopilador, *World History of the Jewish People: Patriarchs* (vol. II) y *Judges* (vol. III). Rutgers University Press, 1970, 1971.

Moller-Christensen, V., y K. E. Jorgensen, *Encyclopedia of Bible Creatures*. Fortress Press, 1965.

Montet, Pierre, *Eternal Egypt*. Traducida del francés por Doreen Weightman. The New American Library, 1964.

Moscatti, Sabatino:

The Face of the Ancient Orient. Anchor Books, 1962.

The World of the Phoenicians. Traducida del italiano por Alastair Hamilton. Frederick A. Praeger, 1968.

Netanyahu, B., y E. A. Speiser, recopiladores, *World History of the Jewish People: At the Dawn of Civilization* (vol. I). Rutgers University Press, 1964.

Noth, Martin, *The History of Israel*. Harper & Row, 1960.

Oesterley, W. O. E., *Sacrifices in Ancient Israel*. Hodder and Stoughton, 1937.

Oppenheim, A. Leo, *Ancient Mesopotamia*. The University of Chicago Press, 1964.

Pearlman, Moshe, *Moses*. Abelard-Schuman Limited, 1974.

Pritchard, James B.: *The Ancient Near East in Pictures*. Princeton University Press, 1969.

recopilador, *Ancient Near Eastern Texts*. Princeton University Press, 1955.

Rothenberg, Beno, *God's Wilderness*. Thomas Nelson and Sons, 1962.

Saggs, H. W. F., *The Greatness That Was Babylon*. Hawthorn Books, Inc., 1972.

Sandmel, Samuel, *The Hebrew Scriptures*. Alfred A. Knopf, 1963.

Smith, Morton, *Palestinian Parties and Politics That Shaped the Old Testament*. Columbia University Press, 1971.

Ucko, Peter J., y G. W. Dimbleby, recopiladores, *The Domestication and Exploitation of Plants and Animals*. Aldine Publishing Co., 1969.

Van Deurgen, A., *Illustrated Dictionary or Bible Manners and Customs*. Zondervan Publishing House, 1958.

Wilson, John A., *The Culture of Ancient Egypt*. The University of Chicago Press, 1951.

Wiseman, D. J., recopilador, *Peoples of Old Testament Times*. Oxford University Press, 1973.

Wright, G. Ernest, *Biblical Archaeology*. Westminster Press, 1957.

Wright, G. Ernest, y David Noel Freedman, recopiladores, *The Biblical Archaeologist Reader*. Anchor Books, 1971.

Yadin, Yigael, *Hazor*. Oxford University Press, 1972.

Índice

Los números en cursiva indican páginas ilustradas.

A

Aarón, 53, 62-63, 64
 Abastecimiento de agua de las ciudades, 24, 100, 101, 110
 Abiatar, 129
 Abner, 101
 Abraham, patriarca, 11, 13, 14, 35-36, 37, 39, 40, 43, 88, 129; pacto con su dios, 35, 48, 144; dios y religión de, 35, 47-49, 143; honrado por todas las fes monoteístas, 144; posiblemente jefe de caravanas, 40, 41-43; Tierra Prometida de, 35, 43
 Absalón, 108-11, 149
 Abu Simbel, templo de, 57
 Acab, rey, 109
 Acacia, 19, 74
 Acadios, 15, 18, 37
 Acáz, rey de Judá, 138
 Accarón, 91
 Achzib, estatuillas de, 118, 124
 Afganistán, 41
 Agricultura: en el antiguo Canaán, 17, 20; cambio a la, por los israelitas, 83, 96
 Akhenatón, faraón, 54-55, 60-61, 82
 Alalakh, *mapa* 13
 Alepo, *mapa* 12-13, 20
 Alfarero, 117
 Altar de Mageddo, 112
 Altares familiares, 43, 88
 Amalecitas, 104-105
 Amasías, rey de Judá, 129
 Ammón, reino de, *mapa* 12-13, *mapa* 82; como vasallo de David, 108
 Ammonitas, 18, 83; incursiones detenidas por Saúl, 104
 Amorreos, 18, 36-37
 Amós, profeta, 10, 127, 129-136, 137; predicción de la caída de Israel, 132, 136; escritos de, 129, 132, 137
 Amri, rey de Israel, 10
 Amurru, 37
 Anatolia, 20, 41, 32, 114
 Antiguo Testamento, 11, 39, 145; autores del, 11-14; libros de los profetas, 133; Rollos del Mar Muerto, 27, 28, 30-31, 32, 33; flora descrita en el, 18-19; traducción y discrepancias, 27, 65, 133
 Anubis (dios egipcio), 57
 Apis-Osiris (dios egipcio), 62
 Aqaba, golfo de, *mapa* 69, 113
 Aquilea, Italia, mosaico de Jonás, 134
 Aramea, reino de, *mapa* 12
 Arameos, 10, 18, 122
 Arán (hermano de Abraham), 43
 Arca de la Alianza, 66-67, 68, 80; llevada a Jerusalén, 10, 107, 124, 129, 149; fri-so, 8; alojada en el Templo de Jerusalén, 85, 113; hecha de madera de acacia, 19, 74; en manos filisteas, 10, 107
 Armas, 87, 103, 121-123, 139

Arnón, río, *mapa* 12, *mapa* 82
 Arquitectura, 109-111; de los templos, 85
 Arroyo de Egipto, *mapa* 12, *mapa* 82
 Artesanías, 114
 Ascalón, *mapa* 12, 91
 Aser, tribu de, 66-67, *mapa* 82, 87
 Asirios, *mapa* 13, 15, 109, 125, 127; atrocidades de los, 140-141; conquista de Israel, 10, 114, 122, 123, 126, 128, 132, 136, 137; decadencia de los, 10; deportación de los pueblos vencidos, 126, 136; extensión del imperio, 136; apogeo del imperio, 136; Jonás y, 133; Judá invadido por los, 10, 138, 139, 142; Judá como estado vasallo de los, 10, 138; sitio de Jerusalén, 10, 138; subyugados por Babilonia, 136; tributos exigidos por los, 10, 138, 142; guerreros, 103, 123
 Asno, como bestia de carga, 41, 49, 112
 Astarot, *mapa* 12
 Asur, *mapa* 13
 Asur (dios asirio), 64, 136
 Asurbanipal, rey asirio, 64, 140
 Asurnasirpal II, rey asirio, 123
 Atón (dios egipcio), 54, 55, 56, 61
 Atrahasis, 26
 Avaris (Ramasés), *mapa* 13, 53, 60
 Ayn al Quadayrat, *mapa* 69. Véase también Cades-Barnea
 Azoto, *mapa* 12, 91

B

Baal (dios cananeo), 78; culto de, 10, 143
 Babilón, 9-10, *mapa* 13
 Babilonia, 15, 18, 124, 127; captura y destrucción de Jerusalén, 9, 10, 143-144; conquista de los asirios, 136; dioses, 25, 26; ley, 68; historia del diluvio, 26
 Bahrein, 41
 Barac, 86, 87
 Baruc, 143
 Bastet (diosa egipcia), 56
 Beduinos, 21-23, 53
 Belén, *mapa* 12
 Beni Hasán, *mapa* 13
 Benjamín, 67
 Benjamín, tribu de, 66-67, *mapa* 82, 102, 103, 107, 146
 Bersabé, *mapa* 12-13, 43, *mapa* 82
 Betel, *mapa* 12, 43, 48, *mapa* 82, 86, 91; culto de Abraham en, 43, 129; Amós en, 129, 132; significado de la palabra, 48
 Betsabé, 101, 113, 145, 149
 Betsamés, *mapa* 12, 80
 Betsán, *mapa* 12, 105
 Biblia, 11, 13, 114-115; comparaciones con los documentos egipcios sobre el trabajo de esclavos, 56-50, 82-83; concepción cíclica de la historia, 83-86; traducciones griega y latina, 65; como historia, 11-14, 51, 52, 79, 101; a la luz de los descubrimientos arqueológicos, 11, 14, 53, 81-82, 86, 100, 101, 128, 145; mención de Yavé, 48, 51; el Antiguo y el Nuevo Testamento, 11;

pueblos de la, 18; iniciación de su escritura, 114. Véase también Antiguo Testamento

Biblos, *mapa* 12-13, 20, 63

C

Caballo, 112; adoptado por los israelitas, 114, 120
 Cades-Barnea, *mapa* 12, *mapa* 69, 75
 Camello, uso del, 87, 121
 Canaán, *mapa* 12-13, 15-17; clima, 17, 19; antiguos nómadas de, 17-18, 20, 36-37, 40, 53; antigua religión de, 25, 49; como provincia egipcia, 56, 57; como vasallo egipcio, 83, 86; aparición de ciudades en, 18, 20-25; hambre en, 36, 49, 52; primera aparición de, en documentos escritos, 56; flora, 19; patriarcas israelitas en, 35-37, 43, 47-49; regreso de los israelitas y su asentamiento en, 10, 52, 65-68, 79-81, *mapa* 82; paisaje, 17; incursiones filisteas en la costa de, 10, 57, 65, 87, 90, 91; la Tierra Prometida, 35, 43, 51, 52, 83, 127; pobladores semitas, 18-20, 57; rutas de comercio a través de, 20, 41, 43
 Cananeos, 83; ciudades-estado de los, 20, 80-81, 86 (véase también Ciudades cananeas antiguas); dioses de los, 78, 83, 84-85, 89; templos, 84-85
 Cántico de Débora, 83-86, 87
 Carros de guerra, 20, 86, 112, 114, 120
 Cedros del Líbano, 115
 Cerámica, 42
 Cilicia, 114
 Cisternas, 24
 Ciudades cananeas antiguas, 18, 20-24; gobierno, 20; viviendas, 24; los israelitas se apoderan de las, 80-81, 86, 91; templos, 24-25, 84-85; abastecimiento de agua, 24
 Ciudades israelitas, 80-81, *mapa* 82, 86, 91, 109-111, 113, 139; portales y fortificaciones, 109, 111, 139, 150; palacios, 111, 113, 132, 151; depósitos, 101, 110-111; abastecimiento de agua, 100, 101, 110
 Comercio, 17, 20, 53, 113-114, 150; caravanas, 36, 40-43, 113; artículos de, 41, 114; por mar, 113
 Creciente Fértil, *mapa* 13
 Creta, 20
 Cría de animales, entre los antiguos nómadas israelitas, 17, 20, 36, 37-40
 Crimen y castigo, 68
 Cristianismo, 11, 127
 Crónicas, Libro de las, 14
 Cultos del toro, 62, 89, 112

Ch

Chipre, 20

D

Dabir, *mapa* 12, 82
 Dalila, 79
 Damasco, *mapa* 12-13, 15, 20, 24, *mapa*

82, 108
 Dan, tribu de, 66-67, *mapa* 82, 89-91
 Dan (Lais), *mapa* 12-13, 80, *mapa* 82, 91
 David, rey, 10, 87, 101, 106-113, 114, 121, 124, 127, 129, 138, 145, 148-149; es ungido, 105, 107; y Betsabé, 101, 113, 145, 149; imperio de, 108, 113; Jerusalén constituida en capital, 10, 107, 149; rey de los israelitas, 107, 149; rey de Judá, 107, 116, 149; y pérdida de Absalón, 108-113, y rivalidad con Saúl, 105, 106, 107, 146; monarquía secular establecida por, 107
 Débora, 83, 86
 Democracia tribal, 103
 Depósitos de Salomón, 101, 110-111
 Desierto de Arabia, 15, 41, 51, 65, 68
 Destierro a Babilonia, 9-10, 93, 128, 143, 144
 Deuteronomio, Libro del, 14-15, 51; citado, 19
 Diez Mandamientos, 11, 14, 51, 52, 65, 68, 83, 114
 Dignidad real, 20, 25, 26, 79, 88, 92, 103. Véase también Monarquía
 Diluvio, historias del, 26
 Dios(es), 25-26; antropomórficos, 26; cultos del toro, 62-63, 89, 112; cananeos, 78, 83, 84-85, 89; acceso directo a, como sello distintivo de los israelitas, 48, 49, 61, 88, 143, 144; de Egipto, 54-55, 56-57, 60-61, 62; idolatría, 9, 16-17, 25, 83, 84-85, 88-89; de los patriarcas israelitas, 34, 47-49, 143; de los israelitas, 51, 55, 83, 127, 138-143 (véase también Yavé); mesopotámicos, 25, 26, 60, 62; universalidad de, 143; estatuillas votivas de, 16-17, 45, 46-47
 Diplomacia por matrimonios, de Salomón, 113
 Dothan, *mapa* 12
 Dura Europos, frescos de la sinagoga de, 50, 58-59

E

Ea (dios babilonio), 26
 Edad de Hierro, tecnología de la, 86, 91
 Edom, reino de, *mapa* 12-13, 37, *mapa* 82; sometido por David, 108
 Edomitas, 18, 53, 83; incursiones detenidas por Saúl, 104
 Efraín, tribu de, 66-67, *mapa* 82, 116
 Efraín (región), 67, 81
 Egipto, *mapa* 13, 18, 36, 103; iconoclasia de Akhenatón, 55, 60-61; servidumbre en, 10, 49, 51, 52, 56, 57-60, 64, 93; Canaán como provincia de, 56, 57; Canaán como vasallo de, 83, 86; capitales de, 60; divinidad del faraón, 26, 55, 60, 61; Éxodo, 10, 51, 52, 56-57, 58-59, 64-65, 66-67, 68, *mapa* 69, 94, 98; dioses, 54-55, 56-57, 60-61, 62, 65; los hijos de Jacob en, 36, 49, 51-52; alfarero en, 117; y documentos sobre el trabajo forzado comparados con la Biblia, 56-60, 82-83; ritos religiosos en,

48; del segundo milenio a. de J., 53-57, 60-61; nómadas semitas en, 49, 53; templos de, 48, 57, 60; comercio, 20, 41, 43, 53; como vasallo de Asiria, 136; guerra con los filisteos, 90, 91
 El, significado de la palabra, 48
 El Elyon, 48
 El Olam, 48
 El Shaddai, 48
 Elamitas, 119; atrocidades asirias contra los, 140-141; santuario de bronce de los, 130-131
 Endor, *mapa* 12
 Enlil (dios babilonio), 26
 Epopeya de Gilgamés, 26
 Ernutet (diosa egipcia), 60
 Esaú, 37-40
 Esclavitud, 132
 Escritura, 101-102, 114-115
 Esionguéber, *mapa* 13, *mapa* 69, 113; depósitos en, 113
 Estatuillas: dioses toros, 63-62, 112; cananeas, 78, 84-85, 124; molde cananeo para vaciados metálicos de, 89; egipcias, 56-57, 62, 117; filisteas, 18-17; fenicias, 118; votivas, 16-17, 46-47, 124
 Ethrog, 99
 Éufrates, río, *mapa* 13, 56
 Éxodo, 10, 51, 52, 56-57, 58-59, 64-65, 66-67, 68; época histórica del, 51, 56; y ritos de la Pascua, 93-95; posible ruta del, 51, 65, 68, *mapa* 69, 70-77; y ritos del Succoth, 98-99
 Éxodo, Libro del, 14, 51, 53, 61, 64, 65, 93, 94, 114; citado, 18-19, 60, 65-66
 Ezequiel, profeta, 109
 Ezequías, rey de Judá, 10, 137-138
 Ezequías, como nombre, 64

F

Faraón: divinidad del, 26, 55, 60, 61; superioridad de Yavé demostrada al, 64-65
 Feirán, *mapa* 69, 74
 Fenicia, *mapa* 12-13, 91; estatuillas, 118
 Fiestas de las cosechas, 83, 96-99
 Filisteas, *mapa* 12-13, *mapa* 82
 Finees, 53
 Fitom, *mapa* 13, 60, *mapa* 69
 Fortificaciones, 109, 111, 139, 150

G

Gabaa, 101
 Gabaón, *mapa* 12; abastecimiento de agua, 100, 101
 Gad, tribu de, 66-67, *mapa* 82
 Gálgala, *mapa* 12, 91
 Galilea, 81
 Gavillas, 96; ofrendas de, 96-97
 Gaza, *mapa* 12, *mapa* 82, 91
 Gazer, *mapa* 12, 49
 Gedeón, 87-88
 Génesis, Libro del, 14, 21, 24, 36, 40, 43, 48, 52, 114; el dios de Abraham como punto central del, 47, 48; historia del diluvio, 26; citado, 35

Get, *mapa* 12, 91
 Ghiberti, Lorenzo, relieve de bronce de la caída de Jericó, 80-81
 Gilgamés, Epopeya de, 26, 106
 Gobierno: ciudades cananeas, 20; los israelitas se encaminan a la monarquía, 79, 88, 91-92, 101; durante el reinado de Salomón, 115
 Goliath, 105
 Granada, 19
 Guerra, 20, 80, 86, 91, 107-108, 121-123; amalecitas, 104-105; asirios, 123, 136, 138, 139; filisteos, 87, 90, 91, 102-103, 104, 105, 107, 147; uso de carros de guerra, 86, 112, 114, 120

H

Haber, 86
 Hambre, en la Biblia, 36, 49, 52
 Harán, *mapa* 13, 24, 35, 39, 40, 43-46, 47
 Hazor, *mapa* 12-13, 20, 41, 80, *mapa* 82; saqueo de, por los israelitas, 86; saqueada por los asirios, 137; depósitos en, 101; templos de, 84-85
 Hebrón, *mapa* 12, 20, 43, 107
 Heket (diosa egipcia), 60
 Herencia, leyes de, 46-47
 Heródoto, 138
 Hicsos, 53, 56, 60
 Hiram, rey de Tiro, 107, 113-114
 Hititas, 15, 18, 57, 86
 Honda (arma), 103
 Horus (dios egipcio), 57
 Hurrianos, 15

I

Idolatría, 9, 16-17, 25, 83, 84-85 88-89; prohibida en la doctrina israelita, 9, 17, 83, 85, 88
 Idrimi, rey sirio, 15
 Indoeuropeos, 18
 Ingeniería, 24, 109
 Instrumentos musicales, 124-125, 148-149
 Investigaciones arqueológicas, 11, 14, 15, 53, 81-82, 86, 101, 128, 145
 Isaac, patriarca, 11, 14, 35, 36, 37, 43-44, 49; hijos de, 37, 40
 Isacar, 82
 Isacar, tribu de, 66-67, *mapa* 82
 Isaías, Libro de, 30; Rollos del Mar Muerto, 31, 32, 33
 Isaías, profeta, 127, 129, 138, 139, 143
 Ishtar (diosa babilonia), 26
 Islamismo, 11, 127
 Israel, Jacob recibe el nombre de, 48, 52
 Israel, reino de (primer), 10, 102-116, 149; capital, 10, 107, 149; expansión bajo David, 107-108; cisma entre el norte y el sur, 10, 115-116, 127; población, 115; cambios sociales, 115
 Israelitas, 18, 26; historia ancestral, 35-49; legado de los, 10, 144; identidad nacional de los, 51, 107-108; origen y significado de la palabra, 48; orígenes de los, 11, 12; tribus de, 35, 52, 66-67, *mapa* 82

J

Jabes de Galaad, *mapa* 12
 Jaboc, río, *mapa* 12, *mapa* 82
 Jahel, 86
 Jarras de terracota, 30
 Jebel Halal, *mapa* 69
 Jebel Katherina, *mapa* 69
 Jebel Musa, *mapa* 69, 76-77
 Jebel Sinn Bishr, *mapa* 69
 Jebel Sirbal, *mapa* 69
 Jebel Ya'llaq, *mapa* 69
 Jebuseos, 107
 Jehová, 11. Véase también Yavé
 Jehú, rey, 114
 Jeremías, Libro de, 143
 Jeremías, como nombre, 64
 Jeremías, profeta, 9-10, 11, 127, 129, 143; sermones de, 143
 Jericó, *mapa* 12, 20, *mapa* 82; caída de las murallas de, 79, 80-81; tumba de, 42
 Jeroboam, rey de Israel, 116
 Jeroboam II, rey de Israel, 129
 Jerusalén, *mapa* 12-13, 20, 24, *mapa* 82, 150; Arca de la Alianza llevada a, 10, 107, 124, 129, 149; sitio asirio de, 10, 138; conquista babilónica de, y destierro de la ciudad, 9, 10, 143-144; capital de los israelitas, 10, 107, 149; capital de Judá, 10, 132; crecimiento durante el reinado de Salomón, 101; abastecimiento de agua, 24; riqueza de, 132, 138. Véase también Templo de Jerusalén
 Jezabel, reina de Israel, 10
 Jezrael, valle de, 105
 Joab, general, 108, 112-113
 Joaquín, rey de Judá, 10
 Jonás, profeta, 133; representaciones de su historia, 133-135
 Jonatás (hijo de Saúl), 101
 Jordán, río, *mapa* 12-13, 17, 80, *mapa* 82
 José, tribu de, 66-67
 Josías, rey de Judá, 10, 14, 15, 143
 Josué, 79, 80-81
 Josué, Libro de, 79, 82
 Judá, reino de, 10, 116, 127-128, 132, 137-144; invasión asiria, 10, 138, 139, 142; caída del, 10, 128, 143-144; Jerusalén como capital de, 10, 132; estado vasallo de Asiria, 10, 138
 Judá, tribu de, 66-67, *mapa* 82, 106, 107; "clan del gremio de los trabajadores del lino", 82; David como rey de, 107, 116, 149; papel principal de, 82
 Judá (región), 81, 106
 Judaísmo, 11, 127, 144; el Todopoderoso visto como soberano de todos los pueblos, 127, 133, 138-143; ideales fundamentales de amor, piedad y justicia, 127, 137, 138, 144; concepto de la conciencia, 26, 128, 132; acceso directo a la deidad, sin sacerdotes, 48, 49, 61, 88, 143, 144; gracia divina, 137; castigo divino, 68, 132, 137, 138; elementos de ética y moral, 26, 68, 127, 128, 144;

evolución del concepto israelita de Dios, 143; idolatría prohibida en el, 9, 17, 83, 85, 88; ley vinculada al, 26, 36, 51, 68

Judío, origen de la palabra, 116
 Jueces, 79-80, 83, 86-88, 128; Samuel, 91-92, 102, 104-105, 106
 Jueces, edad de los, 10, 79-92, 108, 115; concepto de la deidad durante la, 143; fechas, 10, 79
 Jueces, Libro de los, 79, 83
 Junco, 18

K

Kapara, palacio de, relieves en el, 121-122
 Knum (dios egipcio), 60

L

Labán, 44-46, 47
 Lagos Amargos, *mapa* 69, 71
 Lais (Dan), *mapa* 12-13, 80, *mapa* 82, 91
 Laquis, *mapa* 12, 80; captura asiria de, 122, 126, 139, 142; artefacto de bronce, 129
 Leví, 52, 53, 68
 Levitas, 66-67
 Levítico, Libro del, 14, 46, 51
 Ley: comienzos de la, 68; vinculada a la religión, 26, 36, 51, 68
 Lía, 44, 47
 Líbano, 15, 41; cedros del, 115
 Lirio, de Canaán, 19
 Litani, río, *mapa* 12
 Literatura, 102, 106, 108, 114-115
 Lot, 41
 Lulav, 99
 Lutero, Martín, 65

M

Madián, montes de, *mapa* 69
 Madianitas, 86-88
 Mageddo, *mapa* 12-13, 20, 24, *mapa* 82, 109; altar de, 112; puertas de, 109, 111, 113; cuerno de marfil de, 106; modelo de, 109, 111; saqueado por los asirios, 137; depósitos de, 101, 110-111; como vasallo de Egipto, 82-83
 Manantiales, abastecimiento de agua, 24
 Manasés, 67
 Manasés, tribu de, 66-67, *mapa* 82, 87
 Mandamientos. Véase Diez Mandamientos
 Manzala, lago de, *mapa* 69
 Mar de Galilea, *mapa* 12-13, *mapa* 82
 "Mar de las Cañas", del Éxodo, 65, *mapa* 69, 70, 71
 Mar Muerto, *mapa* 12-13, *mapa* 82
 Mar Rojo: de la actualidad, *mapa* 13, 65, *mapa* 69, 70; "Mar de las Cañas", del Éxodo, 58-59, 65, *mapa* 69, 70, 71
 Mari, palacio de, pintura mural, 34
 Masfat, *mapa* 12-13, 91
 Matrimonio: diplomacia mediante el, 113; en la edad de los patriarcas, 43-46; tabletas de contratos, de Nuzi, 46-47
 Menfis, 62

Merari, 53

Merneptah, 53

Mesopotamia, *mapa* 13, 15, 18, 20, 36, 53; concepto de la dignidad real, 26, 103; leyes de, 68; panteón de, 25, 26, 60, 62; religión de, 26; ritos religiosos en, 43, 48; torres templos, 43

Metales, uso de los, 114; uso retrasado de los israelitas, 81, 86, 91; armas, 89

Micás, 88-89, 91

Micenas, 20

Mishpahah, 117

Moab, reino de, *mapa* 12-13; sometido por David, 108

Moabitas, 18, 83; incursiones detenidas por Saúl, 104

Moisés, 13, 18, 49, 61, 144; linaje de, 52; como autor de libros del Antiguo Testamento, 11-14; dios de, 55, 143; heredero de, 80; dirige el Éxodo, 50, 52, 53, 56-57, 58-59, 64, 65, 66-67, 68; origen y significado del nombre, 52-53; visión de su dios, 64

Monarquía, 20, 25, 26, 103; unción de los reyes, 102, 106; concepto del derecho divino de los reyes, 26, 103; los israelitas se encaminan a la, 79, 88, 92; de los israelitas, 101-116; problemas de la sucesión, 102, 108, 113, 127, 146; críticas de los profetas, 128-129, 137; secular, 107

Monoteísmo, 9-11, 25, 116, 144; intento de Akhenatón, 55, 60-61; evolución de sus elementos fundamentales, 26, 35, 49, 68; expresado en el Primer Mandamiento, 51. Véase también Judaísmo

Monte Carmelo, *mapa* 12

Monte Ebal, *mapa* 12

Monte Garizim, *mapa* 12

Monte Gelboé, batalla del, 147

Monte Hermón, *mapa* 12

Monte Horeb, 65

Monte Sinaí, bíblico, posible ubicación del, 65-68, *mapa* 69, 73, 76-77

Monte Tabor, *mapa* 12, 86

Muebles, 42

Mujeres, papel de las, 86

Museo de Israel, Jerusalén, 27, 32-33

N

Nabucodonosor, rey babilonio, 143-144

Nápoles, Italia, talla en mármol de la leyenda de Jonás, 133

Nashwi, 46

Nefertiti, reina, 54

Neftalí, tribu de, 66-67, *mapa* 82, 86, 87

Nehemías, como nombre, 64

Neobabilonios, 15

Neohitas, 120

Nilo, río, *mapa* 13, 18, 53

Nimrod: artefacto de marfil, 129; relieve de piedra, 123

Nínive, *mapa* 13; relieves de piedra, 122, 139-141

Noé, 26

Nombres propios, elementos de los nom-

bres de los dioses en los, 52-53, 64
 Noveno Mandamiento, 68
 Nubia, 41
 Nuevo Testamento, 11
 Números, Libro de los, 14, 51, 114
 Nuzi, *mapa* 13; tabletas de, 46-47

O

Ofni, 53
 Organización social: clan (*mishpahah*), 117; tradiciones democráticas, 103; abismo entre los ricos y los pobres, 117, 132; monárquica, 79, 88, 92, 101-102, 115; modo patriarcal, 35-36, 49, 79, 91, 102, 115; tribal, 35, 51, 79, 91-92, 102, 117
 Orontes, río, *mapa* 12
 Oseas, Libro de, citado, 19
 Oseas, profeta, 10, 127, 129, 137, 138; escritos de, 137

P

Pacto, 9, 35, 48, 49, 65, 68, 83, 127, 138, 143, 144. Véase también Arca de la Alianza
 Palacios, 113, 151; de Mageddo, 111; de Samaria, 132
 Papiro, 41; planta, 18
 Pascua, 93; ritos, 93-95
 Patriarcas, 11, 14, 35-36, 37, 40, 43-49, 57; como pastores o como jefes de caravanas, 36, 37-43; matrimonios de los, 43-46; lugar de origen, 39; religión, 35, 43, 47-49
 Patriarcas, edad de los, 10, 35-49; concepto del dios familiar, 35-36, 49, 143; fechas de la, 36
 Península de Siná, 15, 21, 51, 65, 66, 68, *mapa* 69, 72-77
 Per-Ramasés. Véase Ramasés (Avaris)
 Población, cifras de la, 115
 Poesía, 102, 114, 149
 Politeísmo, 25-26, 35, 55
 Primer Mandamiento, 51
 Profetas, 116, 127, 129; libros de los, 133; significado de la palabra, 128; advertencias contra la idolatría y el paganismo, 9-10, 136, 143. Véase también Amós; Isaías; Jeremías; Jonás; Oseas
 Profetas, edad de los, 127-144; concepto de la deidad durante la, 143; fechas de la, 127
 Proverbios, Libro de los, 119, 150
 Ptahmosis, como nombre, 52, 64
 Pueblos del Mar, 24, 57, 83, 86

Q

Querubines, 85

R

Rabbat de Amón, *mapa* 12
 Ramot de Galaad, *mapa* 12
 Ramasés (Avaris), *mapa* 13, 60, *mapa* 69
 Ramsés, como nombre, 52, 64
 Ramsés II, faraón, 56, 57, 60
 Ramsés III, faraón, 90, 91
 Raquel, 24, 44, 45-46, 47

Rebeca, 44

Religión: concepto de la gracia divina, 137; concepto del castigo divino, 68, 132, 137, 138; evolución, 25-26; introducción de los conceptos de conciencia, moralidad y ética, 26, 68, 127, 128; de los patriarcas israelitas, 35, 43, 47-49; ley vinculada a la, 26, 36, 51, 68; politeísmo del Próximo Oriente, 25, 55, 60. Véase también Judaísmo; Monoteísmo

Reyes, edad de los, 101-116; concepto de la deidad durante la, 143; fechas de la, 10, 101

Reyes, Libro de los, 112, 145

Reyes de las ciudades cananeas, 29

Ritos religiosos, 93; fiestas de las cosechas, 83, 96-99; de los israelitas, comparados con los egipcios y los mesopotámicos, 48; la Pascua, 93-95; sacrificios, 34, 43, 44-47, 48, 49, 94, 137; Shavuoth, 96-97; Succoth, 98-99

Roboam, rey, 115-116

Rollos del Mar Muerto, 27-30, 31, 32 33; edad de los, 27; descubrimiento, 27, 28; encontrados en jarras, 30; fragilidad, 30

Rosh Hashanah, 93

Rubén, tribu de, 66-67, *mapa* 82

S

Sabá, reina de, 113, 151

Sacerdocio: aparición del, 89; críticas de los profetas, 128-129, 132, 137

Sacrificios religiosos, 104; de animales, 34, 43, 44, 46-47, 48, 94, 137; ofrendas de las cosechas, 45, 83, 96-99; humanos, 49

Salmanasar III, rey asirio, 114

Salmos, 48, 149

Salomón, rey, 10, 101, 112, 113-115, 116, 120, 122, 145, 149, 150-151; unción de, 113; la Biblia iniciada en el reinado de, 114-115; construcción de ciudades, 109, 110, 113, 150; corte de, 115; muerte, 115, 127; explotación de su pueblo, 115, 116; gobierno bajo, 115; prosperidad del reino, 113-114, 127; templo de (véase Templo de Jerusalén); esposas, 113

Samaria, *mapa* 12; Amós en, 129, 132; ocupación asiria, 136; como capital del reino de Israel, 10, 128, 129; viviendas de, 132; palacio de, 132; riqueza de, 132

Samuel, 91-92, 102, 104-105, 106, 107, 146

Samuel, Libros de, 53, 79, 114, 145

Sansón, 79

Santuario del Libro, Museo de Israel, 32-33

Sara, 41

Sargón II, rey asirio, 136

Saúl, rey, 10, 101, 102-106, 115, 145, 146; consagración, 102; de la tribu de Benjamín, 107, 146; muerte, 105, 107, 147; rivalidad con David, 105, 106; intrusión de Samuel en su poder, 104-105, 106, 107; guerra contra los amalecitas, 104-105; guerra contra los filisteos, 10, 102-103, 104, 105

Semitas, 17-18, 34, 36-37, 49, 53, 57

Senaquerib, rey asirio, 122, 127, 136, 138, 139, 140, 142

Shavuoth, 93, 96; ritos, 96-97

Sidón, *mapa* 12-13, 20, *mapa* 82

Silo, 80, *mapa* 82

Simeón, tribu de, 66-67, *mapa* 82

Sinuhé, 37

Sión, 132

Siquem, *mapa* 12-13, 20, *mapa* 82; Abraham en, 35, 43; como capital del reino de Israel, 10

Sirbonis, lago, *mapa* 69

Siria, 15, 41, 43, 56, 108; guerrero de, 121

Sísara, 86

Succoth, 93, 98

Suez, golfo de, *mapa* 13, *mapa* 69, 70

Sukkah, 98-99

Sumerios, 18, 62, 68

Susa, *mapa* 13; santuario de bronce, 130-131; relieve, 119

T

Tanac, *mapa* 12

Tare, 39

Tawaret (diosa egipcia), 56

Tebas, *mapa* 13, 53, 60

Tell Beit Mirsim, 62

Tell el Amarna, *mapa* 13, 55; tabletas de arcilla, 41

Templo de Jerusalén, 14, 113, 138, 150; descripción bíblica, 113; prototipos cananeos, 84-85; construcción, 85; destrucción, 143; dimensiones, 85; puerta, 109; Jeremías expulsado del, 143; como depósito del Arca de la Alianza, 85, 113; rito del Shavuoth en el, 97

Templos, 24-25, 43; cananeos, como prototipo del templo de Salomón, 84-85; egipcios, 48, 57, 60; mesopotámicos, 36-39, 43, 48; críticas de los profetas a las prácticas de los, 128-129

Thot (dios egipcio), 60

Tierra Prometida, 35, 43, 83, 127; regreso a la, 51, 52, 68

Tiglatpileser III, rey asirio, 136

Tigris, río, *mapa* 13

Tiro, *mapa* 12-13, 20, *mapa* 82, 113, 118; alianza de David con, 107-108

Trabajo forzado: en Egipto, 52, 56, 57-60, 82-83; bajo Salomón, 115

Trabajo público, 115

Transjordania, 81

Tributación, 115, 132, 138

Tumbas, 42

Tutmosis, como nombre, 52-53, 64

Tutmosis III, faraón, 56-60

U

Ugarit, 20, 24, 41; objeto de una tumba, 120

Ur, *mapa* 13, 38-39; zigurat de, 38-39

Urías el hitita, 145

V

Vaciado en metal, molde cananeo, 89

Vestidos, 34, 78; antiguos nómadas israelitas, 23, 49

Vida nómada, 17-18, 20, 21-23, 36-37, 40-43, 53, 79, 88

Viena, Austria, panel del altar de Jonás, 135

Vivienda: antiguas ciudades cananeas, 24; de los antiguos nómadas israelitas, 21; de los israelitas después del asentamien-

to, 88; de Samaria, 132

Y

Yavé, 11, 48, 51, 52, 61-64, 83; antiguas menciones de su nombre en la Biblia, 48, 51, 64; evolución del dios familiar al dios universal, 143; como dios de todos los pueblos, 127, 133, 138-143; incorporación en nombres propios, 64; dios pia-

doso, 137; origen y significado del nombre, 61-64; dios personal, 48, 49, 61, 88, 143, 144

Yom Kippur, 93

Z

Zabulón, tribu de, 66-67, *mapa* 82, 86, 87

Zedequías, rey de Judá, 143-144.

Zigurat de Ur, 38-39

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

